COLECCION UNIVERSAL

N.os 373 y 374

H. DE BALZAC

Un asunto tenebroso

NOVELA

TOMO I



Precio: Una peseta

MADRID, 1921

COLECCION UNIVERSAL

H. de Balzac

UN ASUNTO TENEBROSO

TOMO I

MCMXXI

Papel expresamente fabricado por La Papelera Española.

COLECCION UNIVERSAL

H. DE BALZAC

Un asunto tenebroso

NOVELA

TOMO I

La traducción del francés ha
sido hecha por Juan Guixé



MADRID, 1921

"Tipográfica Renovación" (C. A.), Larra, 6 y 8.—MADRID

Pasa Balzac por ser el padre del realismo contemporáneo, "aunque fué—dice uno de sus críticos—un empedernido romántico; pero como carecía de sentido artístico, de genio poético y de estilo, las obras y las escenas de inspiración romántica son hoy las partes muertas de su obra, porque siempre han sido las no realizadas. Por el contrario, representó a la perfección las almas medias o vulgares, las costumbres burguesas y populares, las cosas materiales y sensibles; su temperamento estaba admirablemente apropiado a los asuntos a que parece confinarse el arte realista. Así, por sus defectos y por sus cualidades, Balzac fué quien trazó la separación en la novela entre el romanticismo y el realismo".

Su obra, enorme, tiene tal ímpetu, tal torrencial corriente de vida, que asombra. Como decía Gautier, por las venas de sus personajes corre roja sangre, en vez de la tinta negra que hacen correr por la de los suyos la mayor parte de los escritores.

UN ASUNTO TENEBROSO *corresponde a las escenas de la vida política, una de las partes en que Balzac dividió su colosal* Comedia humana.

El sentimiento de la intriga obscura llega en UN ASUNTO TENEBROSO *a los extremos más intensamente apasionadores. Mézclanse los inte-*

reses, retuércese la acción en manos de un astuto y tremendo policía, que hace y deshace y oculta como quiere.

Como toda obra de Balzac, es ésta una pintura "vigorosa y fiel de una parte de la sociedad francesa".

El hombre de negocios que Balzac llevaba dentro—y que fracasó siempre en sus empresas, lo que le obligó a trabajar día y noche en sus novelas—aumentó la complejidad de su obra. Los negocios, los cambios de fortuna de sus personajes están descritos con tal veraz minuciosidad, que una ráfaga de viva complejidad social pasa por las páginas de la Comedia humana.

Tanto como por los actos que realizan, conocemos a los personajes de Balzac por el ambiente en que viven, por las cosas que les rodean.

En Un asunto tenebroso *vemos la profundidad de las intrigas políticas con que los náufragos de la Revolución se salvaron durante el Imperio y pudieron algunos arribar incluso a las playas borbónicas de la Restauración. Y esas intrigas políticas no retrocedían ni ante el crimen ni ante la calumnia.*

AL SEÑOR DE MARGONE

su huésped agradecido del castillo de Saché

DE BALZAC.

UN ASUNTO TENEBROSO

PRIMERA PARTE

LOS SINSABORES DE LA POLICÍA

I

El Judas.

El otoño de 1803 fué, durante el primer período del siglo, que llamamos del Imperio, uno de los más hermosos. En octubre, una ligera lluvia había humedecido los prados, y en noviembre los árboles conservaban aún su verdor y sus hojas. El pueblo comenzaba a creer que entre el cielo y Bonaparte, nombrado por aquel tiempo cónsul vitalicio, existía una alianza, a la cual debe éste uno de sus mayores prestigios. Y, ¡cosa extraña!, el día en que en 1812 el Sol se le nubló, se nubló también la buena estrella de Bonaparte.

El 15 de noviembre de este año, cerca de las cuatro de la tarde, el Sol lanzaba como una pol-

vareda roja sobre las cimas centenarias de cuatro largas hileras de olmos de una avenida señorial, brillaba la arena bajo el resplandor de los rayos solares y los montones de hierba de uno de esos inmensos claros de forma circular que había en los campos cuando la tierra costaba poco y podía sacrificarse a la ornamentación. El aire era muy puro; la atmósfera, muy suave, y una familia podía tomar el fresco como si fuera verano. Un hombre vestido con una chaqueta de cazador, de terliz verde y botones verdes, pantalón del mismo color, y que llevaba calzado de suela muy delgada y polainas de cutí hasta la rodilla, limpiaba una carabina con el cuidado meticuloso que ponen en esta ocupación los cazadores diestros de los momentos de ocio. Este hombre no llevaba morral ni pieza de caza alguna, ni ninguno de esos aparejos que denotan la partida o la llegada del cazador. Dos mujeres sentadas cerca de él le miraban y parecían presas de un terror mal disimulado. Cualquiera que hubiera podido contemplar la escena oculto en un matorral hubiese temblado como la anciana suegra y la mujer de este hombre. Evidentemente, un cazador no toma tan minuciosas precauciones para matar una pieza, ni usa en la provincia del Aube una pesada carabina rayada.

—¿Quieres matar corzos, Michú?—le dijo su bella y joven esposa, tratando de sonreír.

Antes de responder, Michú examinó a su perro,

que se hallaba tumbado al Sol y tenía las patas estiradas y el hocico apoyado sobre las patas. El perro acababa de levantar la cabeza y olfateaba alternativamente delante de él a un cuarto de legua de distancia hacia el camino que desembocaba a la izquierda de la pradera.

—No—respondió Michú—, sino un monstruo que no quiero dejar escapar: un lobo cerval.

El perro, un magnífico sabueso blanco de pintas negras, gruñó.

"Bien—dijo Michú hablando consigo mismo—; espías tenemos; abundan en el país."

La señora Michú levantó dolorosamente los ojos al cielo.

Era una mujer bella, rubia, de ojos azules, parecida a una estatua clásica, pensativa y recogida en sí misma y con una expresión de profundo y amargo dolor. El aspecto del marido explicaba en cierto modo el de las dos mujeres. Las leyes fisiológicas son exactas no sólo aplicadas al carácter, sino en relación a la fatalidad de la existencia. Hay fisonomías proféticas. Si fuera posible—y tal estadística viviente interesa a la sociedad—obtener un dibujo de las personas que mueren en el patíbulo, la ciencia de Lavater y de Gall probaría indefectiblemente que existen en la cabeza de esas gentes, aun en las que son inocentes, signos extraños. ¡Sí, la fatalidad pone su marca en el rostro de aquellos que mueren de manera violenta, cualquiera que sea su forma!

Este sello mortal, visible a los ojos del observador, estaba impreso en la expresión del hombre de la carabina. Pequeño y grueso, brusco y vivo como un mono, aunque de carácter tranquilo, tenía una faz blanca, inyectada de sangre, concentrada como la de un calmuco, y a la cual los cabellos rubios y rizosos daban una expresión siniestra. Sus ojos amarillentos y claros tenían, como los del tigre, una profundidad interior donde la mirada del que los examinaba se perdía, sin encontrar movimiento ni calor. Fijos, luminosos y rígidos, sus ojos causaban espanto. El contraste continuo de la inmovilidad de los ojos con la vivacidad del cuerpo aumentaba todavía la impresión glacial que Michú producía a primera vista.

Pronto en este hombre la acción debía obedecer a un pensamiento único, lo mismo que en los animales la vida sin reflexión obedece al instinto. A partir del año 1793 se había dejado crecer la barba roja en forma de abanico. Aunque no hubiera sido durante el Terror presidente de un club de jacobinos, tal particularidad hubiera bastado para darle un aspecto terrible. Esta cara socrática, de nariz roma, estaba coronada por una frente hermosa, pero tan abombada, que parecía desplomarse sobre la faz. Las orejas, como desprendidas, tenían una movilidad vigilante parecida a la de ciertos animales, siempre en acecho. La boca entreabierta, por una costumbre frecuente en los campesinos, dejaba ver unos dientes só-

lidos y blancos como almendras, pero desiguales. Espesas y lucidas patillas completaban el marco de esta cabeza blanca y violácea. Los cabellos rojos, cortados por delante, largos, cayendo sobre las mejillas y por detrás de la cabeza, hacían resaltar perfectamente lo siniestro y fatal de la cara. El cuello corto, grueso, era una invitación a la cuchilla de la ley. En aquel momento el Sol caía oblicuamente sobre el grupo y daba de lleno sobre las tres cabezas que el perro miraba de vez en cuando. La escena tenía por teatro un lugar magnífico. El claro del bosque estaba situado en un extremo del parque de Gondreville, una de las tierras más ricas de Francia y, sin duda, más bellas de la provincia del Aube. Magníficas avenidas de olmos, un castillo construído con areglo al arte de Mansard, dentro de un parque de una extensión de mil quinientos arpentes, rodeado de muros, con nueve grandes granjas, un bosque, molinos y praderas. Esta tierra casi real, pertenecía antes de la Revolución a la familia de Simeuse. Simeuse es un feudo de Lorena. El nombre se pronunciaba Simeuse, y acabó por escribirse como se pronunciaba.

La enorme fortuna de los Simeuse, gentileshombres agregados a la casa de Borgoña, se remonta a los tiempos en que los Guisa amenazaban a los Valois. Richelieu primero, y Luis XIV después, recordando la fidelidad de los Simeuse a la casa facciosa de Lorena, los declararon en desgracia. Entonces el marqués de Simeuse, viejo

borgoñón, viejo correligionario de los Guisa, viejo partidario de la Liga, viejo frondero—había heredado estas cuatro rabias de la nobleza contra la realeza—, fué a vivir a Cinq-Cygne. El cortesano, rechazado del Louvre, se casó con la viuda del conde de Cinq-Cygne, de la rama menor de la famosa casa de Chargeboeuf, una de las más ilustres del viejo condado de Champaña, y que llegó a ser tan célebre y más opulenta que sus parientes de la rama mayor. El marqués, uno de los hombres más ricos de su tiempo, en vez de arruinarse en la corte, construyó Gondreville, recompuso los dominios y les agregó nuevas tierras, únicamente para tener buenos campos de caza. Construyó también en Troyes el palacio de Simeuse, a poca distancia del palacio de Cinq-Cygne. Las dos viejas casas y el palacio episcopal fueron, durante mucho tiempo, los únicos edificios de piedra en Troyes. El marqués vendió Simeuse al duque de Lorena. Su hijo disipó las economías y una parte de su gran fortuna durante el reinado de Luis XV; pero llegó a ser jefe de escuadra primero, vicealmirante después, y borró las locuras de su juventud realizando magníficos servicios. El marqués de Simeuse, hijo del marino, pereció en el cadalso de Troyes, dejando dos niños gemelos, que emigraron y que se encontraban en aquel momento en el extranjero, siguiendo la suerte de la casa de Condé.

La plazoleta era punto de cita para los de la casa, en vida del gran marqués. Así se llamaba en

la familia al que erigió Gondreville. Michú habitaba desde 1789 en aquella parte del parque, situada en el interior, el pabellón cuyo nombre era Cinq-Cygne, construído en tiempos de Luis XIV. La aldea de Cinq-Cygne está situada al final del bosque de Nodesme—corrupción de Notre-Dame—y a ella conduce la avenida de las cuatro hileras de olmos, donde el perro *Couraut* olfateaba a los espías. Desde la muerte del gran marqués el pabellón estaba completamente abandonado. El vicealmirante frecuentaba mucho más el mar y la corte que la Champaña, y su hijo dió a Michú el pabellón ruinoso.

El noble edificio era de ladrillo, ornado de piedra en los ángulos, en las ventanas y en las puertas. Detrás de las rejas se extiende un largo y profundo foso, donde se elevan los árboles macizos. Las paredes estaban erizadas de arabescos que brindaban innumerables púas a los malhechores.

Los muros del parque comienzan más allá del semicírculo a que da lugar la plazoleta. Fuera, la magnífica media luna está dibujada por débiles escarpas, plantadas de olmos, exactamente lo mismo que la parte que le corresponde dentro del parque, la forman macizos de árboles exóticos. El pabellón ocupa, pues, el centro del redondel, que tiene forma de herradura. Michú había convertido las antiguas salas del piso bajo en una cuadra, una cocina y una leñera. El único recuerdo del antiguo esplendor era una entecámara con losas de mármol blanco y negro, a la cual se en-

traba por una puerta que daba al parque, de vidrieras de cuadritos, como las que se conservaban aún en Versalles, antes que Luis Felipe lo convirtiese en hospital de las glorias de Francia. Una escalera de madera carcomida, pero sin ningún carácter, que conducía al primer piso, dividía por dentro el pabellón. El último piso se componía de un inmenso granero. El venerable edificio ostentaba un techo grande, de cuatro ángulos, cuya arista tenía por ornamentación dos ramilletes de plomo, atravesado por cuatro tragaluces, de esos que tanto afecto inspiraban a Mansard, pues en Francia los áticos y los techos planos a la italiana son una falta de sentido contra la que protesta el clima. Michú metía allí sus forrajes. La parte que rodea el viejo pabellón era de estilo inglés. A cien pasos, un ex lago, convertido en estanque pestilente, emponzoñado, delataba su presencia por una ligera niebla que se elevaba por encima de los árboles, y por el canto de mil ranas, sapos y otros anfibios locuaces al atardecer. La vetustez de las cosas, el profundo silencio del bosque, la perspectiva de la avenida, el bosque lejano, mil detalles, como el hierro enmohecido y herrumbroso, las masas de piedras aterciopeladas por el musgo, todo contribuía a poetizar este edificio, que no ha desaparecido aún.

En el momento en que comienza esta historia, Michú estaba apoyado en uno de los parapetos musgosos, sobre el cual se veía su frasco de pól-

vora, su gorra, su pañuelo, un destornillador, unos papeles, todos los utensilios, en pocas palabras, necesarios a la sospechosa operación que estaba realizando. La silla de su mujer se hallaba junto a la puerta exterior del pabellón. Encima de la puerta existen todavía las armas de los Simeuse esculpidas espléndidamente, ostentando su hermosa divisa: *¡Si mueres!* La madre, vestida de campesina, había puesto su silla delante de la señora Michú, apoyando los pies en el barrote de la otra silla para evitar la humedad.

—¿Está por ahí el pequeño?—preguntó Michú a su mujer.

—Corretea alrededor del estanque; se vuelve loco por las ranas y por los insectos—dijo la madre.

Michú silbó de un modo terrible y que infundía miedo. La rapidez con que su hijo acudió demostraba el despotismo del administrador de Gondreville. Michú, desde 1789, pero sobre todo desde 1793, era casi el dueño de estas tierras. El terror que inspiraba a su mujer, a su suegra, a un criadito llamado Gaucher y a una sirvienta llamada Mariana era compartido a diez leguas a la redonda. Tal vez no debamos retardar por más tiempo el referir las razones de estos sentimientos, y dar así la sensación exacta del carácter moral de Michú.

El viejo marqués de Simeuse vendió sus bienes en 1790; pero sorprendido por los acontecimientos, no tuvo tiempo de poner en manos fieles su her-

mosa tierra de Gondreville. Acusados de estar en relación con el duque de Brunswick y el príncipe de Cobourg, el marqués de Simeuse y su mujer fueron encarcelados y condenados a muerte por el tribunal revolucionario de Troyes, que presidía el padre de Marta. La hermosa finca fué, pues, vendida por cuenta de la nación. Al ser ejecutados el marqués y la marquesa, se notó con cierto horror la presencia del guarda general de las tierras de Gondreville, quien, nombrado presidente del club de jacobinos de Arcis, vino a Troyes expresamente para asistir a la ejecución. Hijo de un vulgar campesino y huérfano, Michú, protegido por la marquesa, que le había hecho guarda general, después de educarlo en el castillo, fué mirado como un nuevo Bruto por los exaltados; pero después de este rasgo de ingratitud, todo el mundo dejó de frecuentar su amistad. El comprador fué un hombre de Arcis, llamado Marion, nieto del administrador de la casa de los Simeuse. Este hombre, abogado antes y después de la Revolución, tuvo miedo del guarda, y lo hizo su administrador, dándole tres mil libras como garantía y un interés en las ventas.

Michú, que pasaba ya por ser poseedor de unos diez mil francos, se casó, protegido por su fama de patriota, con la hija de un curtidor de Troyes, el apóstol de la Revolución en la ciudad y presidente del tribunal revolucionario. El curtidor se parecía a Saint-Just, y se encontró más tarde complicado en la conspiración de Baboeuf, suici-

dándose para escapar al castigo. Marta era la joven más hermosa de Troyes, y, obligada por su terrible padre, tuvo que representar el papel de diosa de la Libertad en una ceremonia republicana. El comprador apenas si apareció por Gondreville tres veces en siete años. Su abuelo había sido administrador de los Simeuse, y todo Arcis creyó que el ciudadano Marion representaba a los señores de Simeuse. Mientras duró el Terror, el intendente de Gondreville, patriota ardiente, yerno del presidente del tribunal revolucionario de Troyes, adulado por Malin—del Aube—, uno de los representantes de la provincia, era objeto de una especie de respeto. Pero cuando la Montaña fué vencida, después del suicidio de su suegro, Michú fué el blanco de todos los ataques; todo el mundo se apresuró a atribuirles a él y a su suegro actos a los cuales Michú era personalmente ajeno. El administrador se mantuvo firme contra la injusticia de la multitud; resistió y adoptó una actitud hostil. Su palabra se hizo audaz. Sin embargo, desde el 18 de Brumario, guardó ese profundo silencio que es la filosofía de los fuertes, y no luchó contra la opinión general: se contentó con la acción; tan sabia conducta le valió que todo el mundo le mirase como a un ladino, pues poseía una fortuna, en tierras, muy próxima a los cien mil francos. No gastaba nada, y además esa fortuna la había obtenido legítimamente por la herencia de su suegro y por los seis mil francos al año que le daba su empleo, entre sueldo y beneficios.

Aunque era administrador desde hacía doce años y todos podían echar las cuentas de sus economías, cuando compró en los comienzos del Consulado una granja de cincuenta mil francos, se rehabilitó de las acusaciones de que había sido víctima en sus tiempos de campesino, y las gentes de Arcis le atribuyeron la intención de recuperar la consideración general, enriqueciéndose. Desgraciadamente, en el momento en que comenzaba a ser olvidado, un acontecimiento estúpido, envenenado por las murmuraciones campesinas, reavivó la creencia en la ferocidad de su carácter. Una tarde, al salir de Troyes, en compañía de algunos campesinos, entre los cuales se encontraba el colono de Cinq-Cygne, dejó caer un papel en la carretera; el colono que marchaba detrás de Michú lo recogió. Michú se volvió, y al ver el papel en manos de su acompañante, sacó la pistola que llevaba en el cinturón, levantó el gatillo y amenazó al campesino, que sabía leer, con levantarle la tapa de los sesos si abría el papel.

La acción de Michú fué muy rápida y muy violenta; el tono de su voz conminatorio, y sus ojos chispearon de tal modo, que un escalofrío de miedo estremeció a todos los presentes. El colono de Cinq-Cygne era, naturalmente, enemigo de Michú. La señorita de Cinq-Cygne, prima de los Simeuse, tenía por toda fortuna una granja y habitaba en su castillo de Cinq-Cygne. No vivía más que para sus primos gemelos, con los cuales había jugado en su infancia en Troyes y en

Gondreville. Su único hermano, Julio de Cinq-Cygne, emigró antes que los Simeuse y se suicidó delante de Mayence; pero por un privilegio algo raro, del cual hablaremos, el nombre de Cinq-Cygne no se extinguió por falta de sucesión masculina. Este altercado entre Michú y el colono de Cinq-Cygne produjo un escándalo enorme en toda la comarca, ensombreciendo aún más el misterio que rodeaba a Michú, pero no fué esta sola circunstancia la que le hizo aún más temible. Algunos meses después de esta escena, el ciudadano Marion vino acompañado del ciudadano Malin a Gondreville. Corrió el rumor de que Marion iba a vender las tierras al hombre a quien los acontecimientos políticos tanto habían favorecido y a quien el primer cónsul acababa de colocar en el Consejo de Estado, para recompensarle de sus servicios en el 18 de Brumario. Los políticos de la pequeña ciudad de Arcis adivinaron entonces que Marion había salido responsable por el ciudadano Malin, en lugar de serlo por los Simeuse. El todo poderoso consejero de Estado era el personaje más importante de Arcis. Había colocado a uno de sus amigos políticos en la Prefectura de Troyes, había salvado del servicio militar al hijo de unos colonos de Gondreville, llamado Beauvisage; hacía favores a todo el mundo. Este asunto no debía, pues, encontrar contradictores en la comarca donde Marion reinaba y reina todavía. Estaba en su plenitud la aurora del Imperio. Los que leen hoy historias

de la Revolución francesa no sabrán jamás los inmensos intervalos que el pensamiento público ponía entre los acontecimientos que tan rápidamente se sucedían en aquella época. La necesidad general de la paz y de la tranquilidad que todos deseaban, después de tan violentas emociones, engendraba el olvido completo de los acontecimientos anteriores, por graves que fueren. La historia envejece constantemente, aumentada por nuevos y ardientes intereses. Nadie, excepto Michú, buscó el pasado de este acontecimiento, que todo el mundo consideró como vulagr.

Marion había por aquel tiempo comprado Gondreville por seiscientos mil francos en emisiones, y lo vendio en un millón de escudos; pero Malin sólo desembolsó una cantidad por derechos de Registro. Grévin, un camarada de Malin, favoreció, naturalmente, estos enredos, y el consejero de Estado le recompensó haciéndole nombrar notario de Arcis. Cuando se supo la noticia en el pabellón, por medio del colono de una granja situada entre el bosque y el parque, a la izquierda de la hermosa avenida, llamado Grouage, Michú palideció y marchó en busca de Marion, acabando por encontrarle solo en un camino del parque.

—¿El señor vende Gondreville?

—Sí, Michú, sí. Tendrá usted a un hombre poderoso por señor. El consejero de Estado es amigo del primer cónsul, y le protegerá a usted.

—¿Guardaba usted, pues, las tierras para él?

—No he dicho eso—respondió Marion—. No sa-

bía cómo emplear mi dinero; hace ya tiempo que, para mayor seguridad, lo he colocado en los bienes nacionales; pero no me convenía guardar unas tierras que pertenecían a la casa donde mi padre...

—¡Ha sido criado!—dijo violentamente Michú—. Pero si usted no quiere venderla, yo la quiero y puedo pagarla.

—¿Tú?

—Sí, yo, seriamente, y en oro contante y sonante. ¡Ochocientos mil francos!...

—¡Ochocientos mil francos!—dijo Marion—. ¿Cómo...?

—Eso no le importa—respondió Michú.

Después, en tono más dulce y más quedamente, añadió:

—¡Mi suegro había salvado a muchas personas!

—¡Llegas demasiado tarde, Michú; el negocio está hecho!

—¡Lo deshará usted, señor!—gritó el administrador, cogiendo a su amo por la mano y apretándosela como un tornillo—. Soy odiado, y quiero ser rico y poderoso; Gondreville me es indispensable. ¡No lo olvide usted! La vida no me importa. ¡O me vende las tierras, o tendré que levantarle la tapa de los sesos!...

—Pero al menos necesito tiempo para arreglarme con Malin, que no es hombre a quien se convence fácilmente...

—Le otorgo veinticuatro horas. Ni una sola palabra de todo esto; le prevengo que para mí no tiene importancia el cortarle la cabeza...

Marion y Malin salieron del castillo durante la noche. Marion tuvo miedo y comunicó al consejero de Estado su encuentro, recomendándole tuviera la vista fija en el administrador. Era imposible a Marion substraerse a la obligación de dar la tierra al que realmente la había pagado, y Michú no parecía hombre dispuesto a comprender ni admitir tal razón. Y, justamente, este favor hecho por Marion a Malin debía ser, y fué, el origen de su fortuna política y de la de su hermano. Malin hizo nombrar en 1806 a Marion primer presidente de un tribunal imperial, y desde la creación de los delegados de Hacienda, gestionó la recaudación del Aube para el hermano del abogado. El consejero de Estado indicó a Marion que viviera en París, y previno al ministro de la policía, que puso guardia en acecho. Sin embargo, para no conducirlo a ciertos extremos y para vigilarle mejor tal vez, Malin dejó a Michú en su cargo de administrador, bajo la intervención del notario de Arcis. Desde este momento Michú se hizo más sombrío, taciturno y soñador y fué reputado como hombre capaz de llevar a cabo una mala acción. Malin, consejero de Estado, cargo que el primer cónsul elevó a la categoría de ministro, figurando entre los redactores del Código, representaba un gran papel en París, donde había comprado uno de los más hermosos palacios del barrio de Saint-Germain, después de haberse casado con la hija única de Sibuelle, un rico proveedor, bastante desacredi-

tado, y a quien asoció a la recaudación general del Aube con Marion. Por este motivo no fué más que una vez a Gondreville, confiando a Grévin todo lo concerniente a sus intereses. ¿Qué debía, pues, temer él, ex representante del Aube, de un ex presidente de un club de jacobinos de Arcis? Sin embargo, la opinión sobre Michú, ya muy desfavorable entre las clases bajas fué, naturalmente, compartida por la burguesía. Y Marion, Grévin y Malin, sin explicarse ni comprometerse, le señalaron como hombre excesivamente peligroso. Por otra parte, las autoridades obligadas a vigilarlo por orden de la policía no cuidaron tampoco de destruir esa creencia. En el país la gente se extrañaba, finalmente, de que Michú conservara su colocación, tomando la cosa como una concesión, hija del terror que inspiraba. ¿Cómo no comprender ahora la profunda melancolía de la mujer de Michú?

Marta había sido educada devotamente por su madre. Las dos, como buenas católicas, habían sufrido por las opiniones y la conducta del curtidor. Marta no recordaba nunca sin enrojecer el espectáculo de su paseo por la ciudad de Troyes vestida de diosa. Su padre la había obligado a casarse con Michú, cuya mala reputación aumentaba cada día, y a quien ella temía demasiado para poder juzgarle nunca. A pesar de todo, se sentía amada y se agitaba en el fondo de su corazón un afecto verdadero por aquel hombre terrible; jamás le vió hacer nada que no fuere justo, jamás sus palabras

eran brutales, al menos para ella. El pobre paria, creyendo que desagradaba a su mujer, pasaba casi todo el tiempo fuera de casa. Marta y Michú, desconfiando uno de otro, vivían en una especie de "paz armada", como hoy se dice. Marta, que no se trataba con nadie, sufría verdaderamente la reprobación que desde hacía siete años la señalaba como hija de un exaltado, y la condenación de traidor que pesaba sobre su marido. Más de una vez había oído a los empleados de la granja, situada en el llano, a derecha de la avenida, llamada Bellache, arrendada por Beauvisage, un hombre fiel a los Simeuse, decir al pasar por delante del pabellón:

—¡Esa es la casa de Judas!

La singular semejanza de la cabeza del administrador con la del tridécimo apóstol, que parecía como si él hubiera querido completar, le valía, en efecto, este odioso sobrenombre en toda la comarca. Esa desgracia, y un constante y vago presentimiento de lo porvenir, convertían a Marta en una mujer pensativa, recogida en sus meditaciones. Nada entristece más profundamente que una degradación inmerecida y de la que es imposible rehabilitarse. ¿No hubiera podido un pintor hacer un cuadro bello de esta familia de parias, habitante en el seno de los más encantadores lugares de la Champaña, donde el paisaje es generalmente triste?

—¡Francisco!—gritó Michú, para que su hijo se diera más prisa.

Francisco Michú, niño de diez años, gozaba del parque y del bosque; levantaba sus obvenciones y obtenía sus gajes como amo; comía los frutos, cazaba, carecía de cuidados y penas; era el único ser feliz de esta familia aislada en la comarca, entre el parque y la selva, y, moralmente, por la repulsión general.

—Recógeme todo lo que está ahí—dijo el padre al hijo, mostrándole el terraplén—, y guárdame esto. ¡Mírame!... ¿Tú quieres a tu padre y a tu madre?

El niño se echó en brazos de su padre para besarle; pero Michú hizo un movimiento para apartar la carabina, y le rechazó.

—¡Bueno! ¿Has contado alguna vez lo que se hace aquí?—le dijo, fijando en él sus temibles ojos de gato salvaje—. Acuérdate bien de esto: revelar lo más insignificante de lo que aquí pasa a Gaucher, a los de Grouage o de Bellache, y al mismo Marion, que nos quiere, es matar a tu padre. Que no vuelva a suceder más, y te perdono tu indiscreción de ayer.

El niño se echó a llorar.

—No llores; cuando te pregunten, contestas como los campesinos: ¡No sé! Rondan la comarca unos individuos que no me gustan. ¡Vete! ¿Habéis oído vosotras dos?—dijo Michú a las dos mujeres—. ¡Cerrad el pico!

—Amigo mío, ¿qué vas a hacer?

Michú, que medía atentamente una porción de pólvora y la vertía en el cañón de su cara-

bina, apoyó el arma en el parapeto y dijo a Marta:

—Nadie más que tú sabe que tengo esta carabina. ¡Ponte delante!

Couraut se levantó y ladraba con furor.

—¡Inteligente y hermoso animal!—exclamó Michu—. Estoy seguro que viene uno de los espías...

El que es espiado lo siente. El perro *Couraut* y Michú parecían tener una sola alma y vivían juntos, como el árabe y su caballo en el desierto. El administrador conocía todas las modulaciones de la voz de *Couraut* y las ideas que éstas expresaban, de la misma manera que el perro leía el pensamiento de su amo en sus ojos y lo olía en el aire, exhalación de su cuerpo.

—¿Qué dices a esto?—exclamó muy bajo Michú—. Estoy seguro que viene uno de los essiniestros personajes que aparecieron por una alameda lateral y se encaminaban hacia la plazoleta.

—¿Qué sucede por estas tierras? Son parisienses—dijo la vieja.

—¡Ah! Eso es—exclamó Michú—. Esconde mi carabina. Vienen hacia nosotros.

II

Proyectando un crimen.

Los dos parisienses atravesaban el centro del parque. Ofrecían un aspecto digno ciertamente, por lo típico, de interesar a un pintor. El uno, que parecía el subordinado, llevaba unas botas como vueltas al revés que le caían un poco bajas y descubrían unas piernas endebles y unas medias de seda color mezclilla, de una limpieza dudosa. El pantalón, de paño rayado, color de albaricoque y con botones de metal, era demasiado holgado; el cuerpo se encontraba dentro de él muy a sus anchas, y las arrugas indicaban, por la forma, al hombre de oficina. El chaleco, de piqué, recargado de bordados llamativos, abierto y abrochado por un solo botón en lo alto del vientre, daba a este personaje un aire tanto más destartalado, cuanto que sus cabellos negros, rizados en forma de tirabuzones, le tapaban la frente y descendían por las mejillas. Dos cadenas de reloj, de acero, colgaban sobre el pantalón. La camisa estaba adornada por un alfiler de camafeo blanco y azul. El frac, color canela, hubiera llama-

do la atención de un caricaturista por su cola, muy semejante, vista por detrás, al ala de un pichón, y por esta causa se le aplicó este nombre. La moda de los fracs de ala de pichón duró diez años, casi tanto como el imperio de Napoleón. La corbata, deshecha y formando grandes y numerosos pliegues, permitía a este personaje esconder la cara hasta cerca de la nariz. La cara era granujienta; la nariz, larga y bermeja; los pómulos, encendidos; la boca, desdentada, pero amenazadora y glotona; la frente, baja; adornaba las orejas con grandes bucles de oro. Todos estos detalles, que parecían grotescos, convertíanse en terribles merced a dos ojuelos situados en dos agujeros como los de los cerdos, y que denotaban una implacable voracidad y una crueldad burlona y casi regocijada; ojos escudriñadores y perspicaces, de un azul glacial, inmóviles, que podían ser tomados como modelo del ojo famoso, terrible emblema de la policía, inventado durante la Revolución. Llevaba guantes de seda negra y una varita en la mano. Debía ser algún personaje oficial, pues tenía en sus modales, en la manera de tomar su rapé y metérselo en la nariz, la importancia burocrática de un hombre secundario, pero que se da a conocer ostensiblemente y al que las órdenes de arriba convierten momentáneamente en soberano.

El otro personaje, cuyo traje era semejante al anterior, pero elegante y muy elegantemente llevado, cuidado en los más pequeños detalles, ha-

cía rechinar al andar sus botas de montar a lo Suvorof, puestas encima de un pantalón apretado; llevaba sobre el frac un justillo, moda aristocrática adoptada por la juventud dorada, y que sobrevivió a la juventud dorada. En aquel tiempo hubo muchas modas, que duraron más que los partidos, síntoma de anarquía que 1830 nos ha revelado ya. El perfecto gomoso parecía tener unos treinta años. Sus ademanes delataban la buena sociedad, y llevaba joyas de valor. El cuello de su camisa llegaba a la altura de las orejas. Su aire fatuo y casi impertinente demostraba una especie de superioridad oculta. Su cara, pálida, parecía no tener una sola gota de sangre; su nariz, roma y fina, tenía las líneas sardónicas de la nariz de una calavera, y sus ojos, verdes, eran impenetrables; su mirada era tan discreta como debía serlo su boca, pequeña y apretada. El primero parecía un niño bonachón comparado con este joven, seco y delgado, que azotaba el aire con un junco cuyo puño de oro brillaba al Sol. El primero podía cortar por sus propias manos una cabeza; pero el segundo era capaz de prender en las redes de la calumnia y de la intriga a la inocencia, a la belleza y a la virtud; de ahogarlas o envenenarlas fríamente. El hombre rubicundo habría consolado a su víctima con unos *lazzi* o chanzas; el otro no habría sonreído siquiera. El primero tenía cuarenta y cinco años; debían gustarle la buena comida y las mujeres. Este género de hombres tienen unas pasiones que los

convierten en esclavos de su profesión. Pero el joven no era hombre de pasiones ni de vicios. Si era espía, pertenecía a la diplomacia y trabajaba por puro amor al arte. El concebía, el otro ejecutaba; él era la idea, el otro la forma.

—¿Estamos en Gondreville, buena mujer?—dijo el joven.

—Aquí no se dice *buena mujer*—respondió Michú—. Tenemos aún la ingenuidad de llamarnos *ciudadanas* y *ciudadanos*.

—¡Ah!—respondió el joven con aire sencillo y sin sorprenderse por ello.

Los jugadores experimentan a veces, en el juego del *ecarté* especialmente, como una derrota interior al ver sentarse delante de ellos, cuando más favorable les es la fortuna, un jugador cuyos modales, mirada, voz y manera de barajar las cartas les auguran la mala suerte. Al ver al joven, Michú sintió una profecía y un decaimiento parecidos. Un presentimiento mortal le hacía entrever confusamente el cadalso; una voz interior le decía que aquel pisaverde le sería fatal, aunque nada de común hubiese pasado entre ellos. Por eso su palabra fué ruda, y quiso mostrarse grosero, y lo consiguió.

—¿Está usted al servicio del consejero Malin?—preguntó el segundo de los parisienses.

—Yo no tengo amo—respondió Michú.

—Díganme, señoras, si estamos en Gondreville, pues nos espera el señor Malin—dijo, tomando el aire más cortés que pudo, el parisiense.

—Este es el parque—dijo Michú, señalando la puerta de la verja, que estaba abierta.

—¿Y por qué esconde usted esa carabina, mi querido amigo?—dijo el alegre compañero del joven, que al pasar por la verja vió el cañón de la carabina.

—Tú siempre *trabajando*, aun en el campo—exclamó el joven sonriendo.

Los dos policías coincidieron en un mismo pensamiento de desconfianza que, a pesar de la impasibilidad de sus rostros, Michú comprendió. Marta dejó ver adrede la carabina, en tanto que el perro ladraba. Marta tenía la convicción de que Michú meditaba algún golpe, y tuvo una alegría íntima al ver la perspicacia de los dos desconocidos. Michú lanzó a su mujer una mirada que la hizo temblar; tomó la carabina y se puso a descargarla, resignado ante la fatal contingencia del descubrimiento y del encuentro, como si la vida ya no le importara nada. Su mujer comprendió entonces la fatal resolución de su marido.

—¿Hay lobos por aquí?—dijo el joven a Michú.

—Siempre hay lobos donde hay ovejas. Están ustedes en la Champaña y en la selva, y hay jabalíes y toda clase de animales—dijo Michú burlonamente.

—Apostaría algo, Corentin—dijo el más viejo de los policías, después de haber cambiado una mirada con su compañero—, a que este hombre es Michú...

—No hemos comido juntos en un mismo plato—dijo el administrador.

—No; pero hemos presidido jacobinos, ciudadano—replicó el viejo cínico—. Tú en Arcis, y yo en otra parte. Tú conservas la cortesía de la carmañola, amigo mío.

—El parque me parece muy grande; se puede uno perder en él; puesto que usted es el administrador, llévenos al castillo—dijo Corentin en tono perentorio.

Michú silbó, llamando a su hijo, y continuó descargando la carabina. Corentin contempló a Marta con indiferencia; en cambio, su compañero parecía encantado de ella, observando las huellas de una angustia que pasaba desapercibida al viejo jacobino, al cual la carabina había puesto de mal talante. Los dos hombres, de carácter opuesto, estaban pendientes de una cosa tan pequeña como Marta, y, sin embargo, tan grande.

—Tengo una cita más allá del bosque—dijo el administrador—, y no puedo servirles; pero mi hijo les llevará hasta el castillo. ¿Por dónde han venido ustedes a Gondreville? ¿Por el camino de Cinq-Cygne?

—Nosotros tenemos, como usted, algo que hacer en el bosque—dijo Corentin sin que en sus palabras hubiera aparentemente ironía.

—¡Francisco!—dijo Michú—, conduce a estos señores al castillo, por el sendero, para que no los vean pasar, ya que tienen costumbre de tomar los caminos de atajo. Ven aquí antes—añadió

cuando los dos extranjeros volvieron la espalda y marchaban hablando en voz baja. Michú cogió a su hijo, le abrazó casi santamente y de modo tan expresivo, que confirmaba la aprensión de su mujer. Marta sintió un estremecimiento glacial y miró a su madre secamente. ¡Le era tan difícil llorar!

—Vete—dijo Michú, y siguió con la mirada a su hijo hasta que lo hubo perdido de vista.

El perro ladró, mirando hacia la granja de Grouage.

—Es Violette—repitió Michú—. Es la tercera vez que pasa esta mañana; ¿qué estarán tramando? Es demasiado ya, ¿no te parece, amigo *Couraut?*

Unos instantes después oyóse el trote ligero de un caballo.

Violette, montado en una de esas jacas que usan los colonos de los alrededores de París, mostraba, bajo un sombrero de forma redonda y alas grandes, su cara cetrina y arrugada, lo que le daba un aire más sombrío que de costumbre. Sus ojos grises, maliciosos y brillantes, disimulaban la perfidia de su carácter. Sus piernas flacas, con botines blancos hasta la rodilla, colgaban sin apoyarse en los estribos, y parecían sostenerse por el peso de sus grandes zapatos, fuertemente claveteados. Llevaba encima de un sobretodo azul un capote de rayas blancas y negras. Los bucles grises de sus cabellos caían por encima de su espalda. El traje, el caballo gris,

de patas cortas y bajas, la manera de montar y el vientre abultado, el cuerpo echado hacia atrás, la mano grande, agrietada y terrosa, que sostenía una mala rienda carcomida y estropeada, todo denotaba al campesino avaro y ambicioso que quiere apoderarse de la tierra y comprarla a cualquier precio. La boca, de labios amoratados, partida como si un cirujano la hubiera abierto con el bisturí; las innumerables arrugas de la cara y de la frente, dificultaban la movilidad de las facciones, en las cuales sólo los contornos tenían expresión. Las líneas duras y fijas parecían expresar como una amenaza, pese a su aire humilde, peculiar en los campesinos, que ocultan sus emociones y sus cálculos, como los orientales y los salvajes envuelven los suyos bajo una imperturbable gravedad. De simple jornalero llegó a colono de Grouage, valiéndose de un sistema de maldad progresiva, al cual continuaba rindiendo culto, a pesar de haber satisfecho sus primeras ambiciones. Quería el mal del prójimo y lo deseaba ardientemente. Cuando podía contribuir a hacerlo, se entregaba a esta tarea con amor. Violette era francamente envidioso; pero en todas sus maldades permanecía en los límites de la legalidad, lo mismo que ocurre en la oposición parlamentaria. Creía que su suerte dependía de la desgracia ajena, y aquel que se encontraba por encima de él, era un enemigo contra el cual todos los medios eran lícitos. Tal carácter es muy común entre los campesinos. El gran negocio de

momento era para él obtener de Malin una prórroga del arrendamiento de la granja, que expiraba dentro de seis años. Celoso de la suerte del administrador, le vigilaba de cerca; la gente del contorno le combatía por sus tratos con Michú; pero en la esperanza de prorrogar el contrato durante otros diez años, el astuto campesino aguardaba la ocasión de ser útil al Gobierno o a Malin, que desconfiaba de Michú. Violette, ayudado por el guarda rural de Gondreville y por algunos leñadores, tenía al corriente al comisario de policía de Arcis de las menores acciones de Michú. Este funcionario había intentado inútilmente interesar a Mariana, la criada de Michú, en los planes del Gobierno; pero Violette y sus fieles lo sabían todo por Gaucher, el joven criado, de cuya fidelidad Michú no dudaba, y que le traicionaba por fruslerías como un chaleco, unos bucles, unas medias de algodón o golosinas. El mozo no sospechaba la importancia de su locuacidad. Violette exageraba tenebrosamente todas las acciones de Michú, las convertía en criminales, valiéndose de las más absurdas suposiciones, sin que el administrador lo supiera. Sin embargo, éste conveía el innoble papel representado en su casa por el colono y se complacía en afectar ignorancia.

—¿Tiene usted mucho que hacer todavía, que se le ve aún por aquí?—dijo Michú.

—¡Ya lo creo! ¿Son palabras de reproche, señor Michú? No será para echar migas de pan a los pájaros esa carabina...

—Ha crecido en uno de mis campos, donde crío carabinas—respondió Michú—. Mire usted cómo las siembro.

El administrador apuntó a una culebra, se colocó a treinta pasos de ella, disparó y la partió por la mitad.

—¿Tiene usted este arma de bandido para guardar al señor? ¿Se la ha regalado él tal vez?

—Ha venido de París expresamente para traérmela.

—En toda la comarca se murmura mucho a costa de su viaje. Unos dicen que ha caído en desgracia y que se retira a la vida privada; otros, que viene a estudiar los asuntos del país. En resumen: ¿por qué viene sin anunciar su viaje ni decir nada a nadie, como si fuera el Primer Cónsul? ¿Sabe usted a qué viene?

—No estoy en tan íntimas relaciones con él para ser su confidente.

—¿No le ha visto usted todavía?

—No he sabido su llegada hasta que he vuelto de hacer mi recorrido por el bosque—replicó Michú, cargando su carabina.

—Han mandado llamar al señor Grévin de Arcis. ¿Van a *juzgar* a alguien?

Malin había sido magistrado.

—Si va usted por el lado de Cinq-Cygne—dijo el administrador a Violette—, lléveme, que también voy allí.

Violette era demasiado miedoso para llevar a la grupa a un hombre de la fuerza de Michú, y picó

espuelas. El Judas se echó la carabina al hombro y se lanzó hacia el camino.

—¿Con quién está enfadado Michú?—dijo Marta a su madre.

—Desde que ha sabido la llegada del señor Malin está muy sombrío—repuso ella—. Noto que hay humedad; entremos en casa.

Estando sentadas junto a la chimenea las dos mujeres oyeron ladrar al perro.

—¡Ahí está mi marido!—gritó Marta.

Michú subía la escalera; su mujer, inquieta, fué a buscarle a su habitación.

—Mira si hay alguien—dijo él a Marta con voz temblorosa.

—Nadie—respondió ella—. Mariana está en el campo con la vaca, y Gaucher..

—¿Dónde está Gaucher?—repuso él.

—No lo sé.

—Desconfío de este muchacho. Sube al granero y registra por todos los rincones.

Marta obedeció. Al volver encontró a Michú de rodillas en tierra, rezando.

—Pero ¿qué tienes?—dijo ella múy asustada.

El administrador cogió a su mujer por el talle, la atrajo junto a él, la besó en la frente, y con voz temblorosa respondió:

—Por si no volvemos a vernos, debes saber, pobre esposa mía, que yo siempre te he amado. Sigue punto por punto las instrucciones que encontrarás escritas en una carta enterrada al pie de

ese árbol corpulento—dijo después de una pausa, designándole el árbol—. La carta está dentro de un rollo de hoja de lata. No la toques hasta después de mi muerte. Sólo te pido una cosa: que suceda lo que suceda, pienses que, a pesar de la injusticia de los hombres, mi brazo ha servido a la justicia de Dios.

Marta palidecía por momentos, se puso blanca como la cera; miró a su marido con ojos fijos, agrandados por el terror; quería hablar, pero su garganta estaba seca. Michú se evadió como una sombra. El perro, que su amo había atado al pie de la cama, se puso a ladrar desesperadamente.

III

La malicia de Malin.

La enemiga de Michú contra Marion se fundaba en motivos muy serios; pero se había concentrado contra un hombre mucho más criminal, a su juicio, contra Malin, cuyos secretos habían sido descubiertos por el administrador, pues su posición le ponía en condiciones de apreciar mejor que nadie la conducta del consejero del Estado. El suegro de Michú había tenido, políticamente hablando, el cargo de representante del Aube en la Convención gracias a Grévin.

Tal vez no sea inútil exponer las circunstancias que pusieron a los Simeuse y los Cinq-Cygne ante Malin, y que tanto influyeron en el destino de los dos gemelos, de la señorita de Cinq-Cygne y más todavía en el de Marta y de Michú. En Troyes, el palacio de Cinq-Cygne estaba situado frente al de Simeuse. Cuando el populacho, desbordado por manejos hábiles y calculados, hubo saqueado el palacio de los Simeuse y descubierto que el marqués y la marquesa estaban acusados de correspondencia con el enemigo, y los hubo entregado a la guardia nacional, que los condujo a la prisión, la muchedumbre, consecuente

consigo misma, gritó: "¡Abajo los Cinq-Cygne!" No concebía que los Cinq-Cygne fuesen inocentes de los crímenes de los Simeuse. El digno y valeroso marqués de Simeuse, para salvar a sus dos hijos, que contaban diez y ocho años de edad, a los que su valor podía comprometer, los confió pocos momentos antes de la catástrofe a su tía, la condesa de Cinq-Cygne. Dos criados afectos a la casa de Simeuse escondieron a los jóvenes. El anciano no quería ver extinguirse su nombre, y en caso de extrema desgracia había recomendado que se ocultara a sus hijos lo que sucedía. Lorenza tenía entonces doce años y era amada por sus dos hermanos, a los que ella amaba también. Como sucede casi siempre entre hermanos gemelos, los dos Simeuse se parecían tanto que durante mucho tiempo su madre los vestía con trajes de diferente color para no confundirlos. El que primero vió la luz, el mayor, se llamaba Pablo María, y el otro, María Pablo. Lorenza de Cinq-Cygne, a quien le había sido confiado el secreto de lo que ocurriría, representaba muy bien su papel de mujer: suplicó a sus primos, los tranquilizó, los amparó hasta el momento en que el populacho rodeó el palacio de Cinq-Cygne. Los dos hermanos comprendieron al mismo tiempo el peligro que les amenazaba, y se comunicaron su pensamiento con la mirada. Su resolución fué súbita: armaron a sus dos criados, a los de la condesa de Cinq-Cygne; atrancaron la puerta, se parapetaron detrás de las ventanas,

después de cerrar las persianas, con cinco criados y el abate de Hauteserre, un pariente de los Cinq-Cygne. Los ocho bravos defensores hicieron un fuego terrible contra la multitud. Cada tiro disparado mataba o hería a uno de los asaltantes. Lorenza, en lugar de entregarse a la desesperación, cargaba los fusiles con una sangre fría extraordinaria y proveía de cartuchos y de pólvora a aquellos que lo necesitaban. La condesa de Cinq-Cygne cayó arrodillada a sus pies.

—¿Que hace usted, madre mía?—dijo Lorenza.

—Rezo—respondió ella—por ellos y por vosotros.

Palabras sublimes que pronunció también el Príncipe de la Paz, en España, en circunstancias parecidas. En un momento cayeron en tierra, muertas, once personas, cuyos cuerpos iban a hacer compañía a los de los heridos. Los incidentes de la lucha exaltaban o enfriaban al populacho, que tenía en su obra intermitencias de irritación y de abandono. Los que estaban en primer términos, espantados, retrocedieron; pero la masa informe que iba a matar, a robar y a asesinar, viendo a los muertos, gritaba:

—¡Asesinadlos! ¡Matadlos!

Los más timoratos fueron a buscar al representante de la autoridad. Los dos hermanos, que ya conocían los funestos acontecimientos de la jornada, sospecharon que el convencional trataba de buscar la ruina de su casa, y de la suposición pasaron bien pronto a la certidumbre. Animados por

un espíritu de venganza se situaron detrás de la puerta cochera y armaron sus fusiles para matar a Malin en cuanto éste se presentara.

La condesa había perdido la cabeza; veía ya su casa en escombros y a su hija asesinada, y maldecía a sus parientes por el heroísmo con que la habían defendido, y que fué la comidilla de Francia entera durante ocho días. Lorenza entreabrió la puerta ante la intimación de Malin. Este, confiado en el temor que inspiraba y en la debilidad de aquella niña, entró.

—¿Cómo, señor—respondió a las palabras de aquél, preguntándole la razón de la heroica resistencia del palacio—, queréis dar la libertad a Francia si no protegéis a las gentes que habitan en ella? Quieren derribar nuestro palacio y asesinarnos, y no tenemos el derecho de rechazar la fuerza con la fuerza.

Malin se quedó como petrificado.

—Usted, el nieto de un albañil, colocado por el gran marqués en la construcción de su palacio —le dijo María Pablo—, ¿deja usted que encarcelen a nuestro padre, haciéndose intérprete de una calumnia?

—Será puesto en libertad—dijo Malin, que se consideraba perdido viendo a los dos jóvenes mover convulsivamente su fusil.

—Debe usted la vida a esta promesa—dijo solemnemente María Pablo—. Pero si no la ejecuta usted esta tarde mismo, sabremos encontrarle de nuevo.

—En cuanto a este pueblo que aúlla—dijo Lorenza—, si usted no hace que se retire, el primer tiro será para usted. Ahora, señor Malin, salga usted.

El convencional salió aregando a la multitud y hablando de los derechos sagrados del hogar, del *habeas corpus* y de la inviolabilidad del domicilio inglés. Dijo que la ley y el pueblo eran soberanos, que la ley era el pueblo, que el pueblo no debía moverse sino bajo la ley, y que la fuerza sería de la ley. La ley de la necesidad le hizo elocuente, y logró disolver a los grupos. Pero no olvidó jamás ni la expresión de desprecio de los dos hermanos, ni el "salga usted" de la señorita de Cinq-Cygne. Por eso, cuando se trató de vender como si fueran bienes nacionales las propiedades del conde de Cinq-Cygne, hermano de Lorenza, el reparto se hizo severamente. Los agentes del distrito no dejaron a Lorenza más que el palacio, el parque, los jardines y la granja llamada de Cinq-Cygne. Según las instrucciones de Malin, Lorenza no tenía derecho sino a su legítima, ya que la nación venía a ocupar los derechos de propiedad del emigrado, sobre todo después de haber hecho armas contra la República. La tarde de estos curiosos acontecimientos Lorenza suplicó de tal modo a sus dos primos que partieran, temiendo cualquier traición y las malas artes del representante, que éstos montaron a caballo y ganaron las avanzadas del ejército prusiano. En el momento en que los dos hermanos

llegaban a la selva de Gondreville era cercado el palacio de Cinq-Cygne; el representante del pueblo fué en persona, acompañado de alguna fuerza, a detener a los herederòs de la casa Simeuse. Sin embargo, no se atrevió a arrestar a la condesa de Cinq-Cygne, que se encontraba en aquel momento en cama víctima de una horrible crisis nerviosa, ni a Lorenza, una niña de doce años. Los criados, temiendo la severidad de la República, habían desaparecido. A la mañana siguiente, la noticia de la resistencia de los dos hermanos y su fuga a Prusia, según se decía, se divulgó por los alrededores; delante del palacio de Cinq-Cygne se congregó una multitud de más de tres mil personas. El palacio fué destruído con una rapidez inexplicable. La señora de Cinq-Cygne tuvo que ser transportada al palacio de Simeuse, donde murió a causa de una agravación de su dolencia. Michú no apareció en la escena política hasta después de los sucesos, pues el marqués y la marquesa estuvieron cerca de cinco meses en prisión. Durante este tiempo el representante del Aube tuvo una misión. Pero cuando el señor Marion vendió Gondreville a Malin y toda la comarca hubo olvidado los efectos de efervescencia popular. Michú comprendió a fondo las intenciones de Malin, o creyó comprenderlas cuando menos, pues Malin era, como Fouché, de esos personajes que tienen tanta personalidad en cada fase de su existencia que resultan impenetrables en el momento en que ac-

túan y que uno no puede explicarse sino mucho tiempo después de jugada la partida.

En las circunstancias mejores de su vida, Malin no dejó de consultar jamás a su fiel amigo Grévin, el notario de Arcis, cuyo juicio sobre las cosas y los hombres era a distancia neto, claro y preciso. Tal hábito constituye la prudencia y la fuerza de los hombres mediocres. Sin embargo, en noviembre de 1803 los acontecimientos fueron tan graves para el consejero de Estado, que una simple carta hubiera podido comprometer a los dos amigos. Malin, que debía ser nombrado senador, temía explicarse en París; abandonó su palacio y se trasladó a Gondreville, exponiendo al primer cónsul una de las varias razones que le hacían desear encontrarse allí, y que le daban, a los ojos de Bonaparte, prestigio de hombre celoso en el cumplimiento de su deber, cuando, en lugar de trabajar por el Estado, trabajaba para sí mismo. No obstante, mientras Michú espiaba en el parque, como los salvajes, el momento propicio a su venganza, el político Malin, acostumbrado a apresurar los acontecimientos a su gusto, conducía a su amigo hacia una pradera del jardín inglés, situada en un lugar desierto, a propósito para una conferencia misteriosa. Así, situándose en el centro y hablando en voz baja, los dos amigos se encontraban a una distancia demasiado grande para ser oídos, si alguien se escondía para escucharles, y de este modo podían cambiar de conversación si llegaba algún indiscreto.

—¿Por qué no nos hemos quedado en una habitación del castillo?—dijo Grévin.

—¿Has visto los dos hombres que me envía el prefecto de policía?

Aunque Fouché había sido en la conspiración de Pichegrú, George, Moreau y Polignac el alma del gabinete consular, no desempeñaba el ministerio de Policía, y era entonces simplemente consejero de Estado, como Malin.

—Estos dos hombres son los brazos de Fouché. El uno, el joven petimetre, cuya cara parece una garrafa de limonada, que tiene los labios avinagrados y los ojos pitañosos, y agraz en los ojos, acabó en quince días con la insurrección del Oeste en el año séptimo. El otro es un hijo de Lenoir, el único que conserva las grandes tradiciones de la policía. Yo había pedido un agente sin compromisos, apoyado por un personaje oficial, y me envían estos dos compadres. ¡Ah, Grévin, Fouché quiere adivinar mi juego! Por eso yo he dejado a estos señores comiendo en el palacio; que busquen lo que quieran, no encontrarán a Luis XVIII, ni el menor indicio de él.

—¡Esas tenemos!... ¿Pero cuál es tu juego?—dijo Grévin.

—Un doble juego muy peligroso; pero, por lo que toca a Fouché, se convierte en triple juego, pues tal vez ha husmeado que estoy en los secretos de Borbón.

—¡Tú!

—¡Yo!—replicó Malin.

—¿No te acuerdas de Favras?

Esta palabra impresionó al consejero.

—¿Y desde cuándo?—preguntó Grévin después de una pausa.

—Desde que le nombraron cónsul vitalicio.

—¿Pero hay pruebas?

—¡Nada de eso!—dijo Malin, haciendo sonar la uña de su dedo pulgar con la del meñique.

En pocas palabras, Malin se refería a la crítica situación en que Bonaparte había colocado a Inglaterra, amenazada de muerte por el campamento de Bolonia, y explicaba a Grévin el trascendental alcance de ello, desconocido entonces por Francia y Europa, y conocido, en cambio, de Pitt, y además, la posición crítica en que Inglaterra iba a colocar a Bonaparte. Una coalición imponente de Rusia, Austria y Prusia, auxiliadas por el oro inglés, debía poner sobre las armas setecientos mil hombres.

Al propio tiempo una formidable conspiración extendería su red por el interior y reuniría a los montañeses, los bretones, los realistas y sus príncipes.

—Mientras Luis XVIII vió sucederse en el Poder a tres cónsules, creyó que la anarquía continuaba, y que a favor de un movimiento cualquiera tomaría el desquite del trece vendimiario y del diez y ocho de fructidor—dijo Malin—; pero el Consulado vitalicio ha desenmascarado las intenciones de Bonaparte, que será muy pronto emperador. ¡El antiguo subteniente quiere crear una

dinastía! Pero esta vez le va la vida, y el golpe ha sido tramado más hábilmente aún que el de la calle de Saint-Nicaise. Pichegrú, George, Moreau, el duque d'Enghien, Polignac y Riviére, los dos amigos del conde de Artois, están comprometidos.

—¡Vaya una amalgama!—rezongó Grévin.

—¡Francia está siendo invadida insensiblemente con intención de dar un asalto general, empleando todos los medios! Cien hombres escogidos, mandados por George, deberán atacar a la guardia consular y al cónsul, cuerpo a cuerpo.

—Denúncialos!

—Hace dos meses que el cónsul y el ministro de la policía, el prefecto y Fouché conocen una parte de los hilos de esta inmensa trama, pero no toda su extensión, y en el momento actual dejan en libertad a casi todos los conjurados, con intención de llegar a saberlo todo.

—En cuanto al derecho—dijo el notario—, los Borbones tienen más derecho a concebir, conducir y ejecutar una empresa cualquiera contra Bonaparte, que Bonaparte lo tenía para conspirar el diez y ocho Brumario contra la República, de la cual es hijo; el uno asesina a su madre, y los otros quieren recuperar su dinastía. Yo me explico que, al ver cerrar las listas de emigrados y multiplicar sus radiaciones, restablecer el culto católico y aumentar el encarcelamiento de los contrarrevolucionarios, los príncipes hayan comprendido que su vuelta se hace difícil, por no decir

imposible. Bonaparte es el solo obstáculo para su restauración, y quieren derribar el obstáculo; nada más sencillo. Los conspiradores, vencidos, serán considerados como bandidos; victoriosos, como héroes. Tu perplejidad me parece muy natural.

—Se trata—dijo Malin—de ofrecer por Bonaparte a los Borbones la cabeza del duque de Enghien, como la Convención inmoló a los reyes la cabeza de Luis XVI, con el fin de sumergirlo antes que nosotros en el curso de la revolución, o de derribar al ídolo actual del pueblo francés y a su futuro emperador para asentar el verdadero trono sobre sus ruinas. Me encuentro a merced de los acontecimientos de una bala afortunada o del éxito de una bomba como la de la calle de Saint-Nicaise. Algo se me oculta. Me han propuesto reunir al Consejo de Estado en el momento crítico y dirigir la acción legal para la restauración de los Borbones.

—Espera—respondió el notario.

—¡Imposible! Mi decisión depende del momento actual.

—¿Por qué?

—Los dos Simeuse conspiran, están en el país; por lo tanto, o debo hacerlos seguir, dejar que se comprometan, y desembarazarme de ellos, o protegerlos por bajo cuerda. Yo pedí que me enviaran subalternos, y me envían unos linces escogidos, que han pasado por Troyes para tener a la gendarmería con ellos.

—Gondreville es una cosa que tú tienes, y la conspiración, lo que tendrás—dijo Grévin—. Ni Fouché, ni Talleyrand, tus dos camaradas, toman parte en ella. Juega limpio con ellos. ¿Cómo es posible que todos los que han cortado la cabeza a Luis XVI estén en el Gobierno? Francia está llena de compradores de bienes nacionales, ¿y quieres que vuelvan a mandar los que te exigirán que devuelvas la posesión de Gondreville? Si los Borbones no son unos imbéciles, deberán pasar una esponja sobre todo lo que hemos hecho. Adviérteselo a Bonaparte.

—Un hombre de mi rango no delata a nadie—repuso Malin vivamente.

—¡De tu rango!—dijo Grévin sonriendo.

—¡Me ofrecen la cartera de Justicia!

—Comprendo tu deslumbramiento; pero a mí no me corresponde ver claro en las tinieblas políticas u olfatear la puerta de escape. Ahora bien: es imposible prever los hechos que pueden traer a los Borbones, cuando el general Bonaparte tiene ochenta navíos y cuatrocientos mil hombres. Lo más difícil en la política expectante es saber cuándo un poder, que declina, caerá; pero, amigo mío, el poder de Bonaparte se encuentra en período ascendente. ¿No será que Fouché te ha hecho sondear para conocer el fondo de tu pensamiento y deshacerse de ti?

—No; estoy seguro del embajador. Fouché no me enviaría dos monos semejantes, a los cuales yo conozco demasiado para sospechar de ellos.

—Me dan miedo—dijo Grévin—. Si Fouché no desconfía de ti ni quiere probarte, ¿por qué los ha enviado? Fouché no se entrega a un juego como éste, si no es con su cuenta y razón...

—Esto me decide—exclamó Malin—; no puedo estar tranquilo con estos dos Simeuse; tal vez Fouché, conociendo mi posición, no quiere errar el golpe y aspira a apoderarse de ellos, si es preciso, por medio de los Condé.

—¡Ay, amigo mío! No se molestará lo más mínimo al propietario de Gondreville, estando en el poder Bonaparte.

Al levantar los ojos, Malin percibió entre el follaje de un corpulento tilo el cañón de un fusil.

—No me había equivocado al oír el ruido seco que produce el gatillo de un fusil al ser levantado—dijo Grévin después de parapetarse detrás de un grueso tronco de árbol.

El notario imitó, inquieto, el brusco movimiento de su amigo.

—Es Michú—exclamó Grévin—; veo su barba roja.

—Hagamos como si no tuviéramos miedo—continuó Malin, comenzando a andar lentamente y repitiendo varias veces—: ¿Qué quiere ese hombre de los compradores de esta tierra? No era ciertamente a ti a quien espiaba. Si nos ha oído tendré que encomendarle en mis oraciones. Mejor hubiera sido que hubiésemos hablado en campo abierto. ¡Quién demonios desconfía del aire!

—¡Siempre se aprende algo!—dijo el notario—. Pero estaba muy lejos de nosotros, y además hablábamos en voz baja.

—Voy a decirle dos palabras a Corantin—repuso Malin.

IV

Se descubre Michú.

Algunos instantes después Michú entraba en su casa, pálido y desencajado.

—¿Qué tienes? — le interrogó su mujer asustada.

—¡Nada!—respondió al ver a Violette, cuya presencia fué para él como si un rayo hubiera caído a sus pies.

Michú tomó una silla, se puso delante del fuego tranquilamente y tiró una carta que sacó de un canuto de hoja de lata, como esos que se dan a los soldados para guardar sus papeles. La acción permitió a Marta respirar como si la descargaran de un peso enorme, e intrigó mucho a Violette. El intendente puso su carabina sobre el vasar de la chimenea con una sangre fría admirable. Mariana y la madre de Marta hilaban a la luz de una lámpara.

—Vamos a acostarnos, Francisco—dijo el padre—. ¿Quieres acostarte?

Y tomó brutalmente a su hijo por la cintura, y se lo llevó.

—Baja a la bodega—le dijo al oído cuando se encontraron en la escalera—, llena dos botellas de vino de Maçon, después de haber vaciado una ter-

cera parte de ellas de ese coñac que está en el estante; mezclas una botella de vino blanco con una mitad de aguardiente. Haz esto con mucho cuidado, y coloca las tres botellas sobre el tonel vacío que está a la entrada de la bodega. Cuando yo te abra la ventana, sales de la bodega, ensillas mi caballo, montas en él y vas a esperarme a Poteau-de-Geux.

—A este bribonzuelo le gusta trasnochar—dijo el administrador entrando en la habitación donde estaba Violette—; quiere hacer como las personas mayores: ver, oír y saberlo todo. Usted me estropea al chico, tío Violette.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! —exclamó Violette—. Sí; ¿quién le ha soltado la lengua? Nunca le he visto tan hablador.

—¿Pero cree usted que me dejo espiar sin darme cuenta? Está usted mal situado, mi buen Violette. Si en vez de servir a mis enemigos estuviera conmigo, haría por usted algo más que renovar el contrato de arrendamiento...

—¿Algo más?—dijo el campesino con avidez, abriendo desmesuradamente los ojos.

—Le vendería a usted mis posesiones muy baratas.

—Nada es barato cuando hay que pagarlo—dijo sentenciosamente Violette.

—Quiero abandonar el país, y le daría a usted mi granja del Mousseau, los edificios, las simientes y el ganado por cincuenta mil francos.

—¿De veras?

—¿Le hace a usted?

—¡Caramba! Es cosa de pensarlo.

—Hablemos de ello...; pero quiero arras, una señal.

—¡No tengo dinero!

—Una palabra nada más.

—¿Qué?

—Dígame quién le ha enviado a usted aquí.

—Acabo de regresar del lugar, adonde iba hace un rato, y he querido darle a usted las buenas tardes.

—¿Regresar sin el caballo? ¿Me tomas por un imbécil? ¡Mientes! Te quedarás sin mi granja.

—Pues voy a decirlo: es el señor Grévin quien me ha enviado. Me dijo: "Violette, necesitamos a Michú, ve a buscarle. Si no está, espérale..." Y he comprendido que era preciso quedarme esta tarde aquí...

—¿Los esbirros de París están todavía en el palacio?

—No estoy seguro; pero había mucha gente en el salón.

—Te doy palabra de que mi granja será tuya; pongámonos de acuerdo. Mi mujer irá a buscar el vino para celebrar el contrato. Que traigan del mejor vino del Rosellón, vino del ex marqués... Ya no somos unos chiquillos. Hay dos botellas encima del tonel vacío que se encuentra en la entrada, y una botella del blanco.

—¡Muy bien!—dijo Violette, que no se embriagaba nunca—. ¡Bebamos!

—Usted tiene cincuenta mil francos escondidos debajo de las baldosas de su dormitorio, en un espacio tan grande como el de su cama; me los da usted a los quince días de firmado el contrato en casa de Grévin...

Violette miró fijamente a Michú, y palideció de emoción.

—¡Ah! ¿Vienes a espiar a un jacobino vencido, que tuvo el honor de presidir el club de Arcis, y eres tan inocente que crees que no voy a descubrir tu juego? Tengo ojos y he visto baldosines nuevos colocados hace poco, y he llegado a la conclusión de que no habías quitado los viejos para sembrar trigo. ¡Bebamos!

Violette, turbado, bebió un vaso grande de vino sin fijarse en la calidad. El terror le producía una sensación como de un hierro candente en las entrañas. Y la avaricia pudo más que el alcohol; a cualquier precio hubiera pagado el poder volver a su casa y cambiar el escondite de su tesoro. Las tres mujeres sonrieron.

—¿Le hace a usted eso?—dijo Michú a Violette llenando su vaso.

—¡Ya lo creo!

—Estará usted en su casa, pillastre.

Después de media hora de animada discusión acerca de la fecha en que había de entrar en vigor el contrato, de las minucias con que los campesinos ultiman sus negocios, y de mil aserciones; después de beber mucho, de palabras llenas de promesas, de denegaciones, de exclamaciones como

éstas: "Digo la verdad", "Más verdad que un santo", "Palabra de honor", "Habla usted como yo hablaría", "Me dejo cortar la cabeza si no es verdad", "Que me muera ahora mismo si miento...", Violette dejó caer la cabeza sobre la mesa, no porque estuviera simplemente mareado por el vino, sino porque estaba borracho perdido. Michú, al ver que su vecino tenía la vista cargada, se apresuró a abrir la ventana.

—¿Dónde está el bribón de Gaucher?—preguntó a su mujer.

—En la cama.

—Oye, Mariana—dijo el administrador a su fiel criada—, ponte detrás de la puerta y vigila. Usted, madre—dijo—, quédese abajo y tenga cuidado de este espía. Estad prevenidas y no abráis sino al oír la voz de Francisco. ¡Se trata de defender la vida!—añadió con voz profunda—. Para todos los que viven bajo mi techo, yo no he salido esta noche de casa. ¡Ni en el cadalso diréis nada de esto! Vamos—dijo a su madre y a su mujer—; coged los zapatos, tomad la cofia y ¡larguémonos! ¡Nada de preguntas! ¡Yo te acompaño!

Hacía tres cuartos de hora que el gesto y la mirada de este hombre eran autoritarias, despóticas, irresistibles, de modo cuyo origen se halla en la fuente común y desconocida donde nacen las capacidades extraordinarias, las grandes personalidades, los grandes generales improvisados en el campo de batalla ante el entusias-

mo de las tropas, los grandes oradores que arrastran a la acción a las multitudes y, digámoslo también, los grandes criminales que asombran al mundo por la audacia de sus actos. Parecía como si su cabeza y su palabra irradiaran una influencia invencible y que el gesto injertaba su voluntad en la voluntad ajena. Las tres mujeres conocían que estaban atravesando una crisis horrible; sin ser advertidas, la presentían en la rapidez de los actos del hombre, cuya cara relampagueaba, cuya frente hablaba, cuyos ojos brillaban como dos estrellas; las mujeres veían que el sudor bañaba sus cabellos, y que más de una vez su palabra había vibrado de impaciencia y de rabia. Marta obedecía pasivamente. Michú, armado hasta los dientes, llevando el fusil al hombro, saltó al camino, seguido de su mujer. Bien pronto llegaron a la encrucijada donde Francisco se había escondido entre la maleza.

—El pequeño comprende—dijo Michú al verle.

Fué lo primero que dijeron. Tanto su mujer como él habían llegado hasta allí sin poder pronunciar palabra.

—¡Vuelve al pabellón, escóndete en el árbol más corpulento, observa el campo y el parque! —dijo a su hijo—. ¡Todos nosotros estamos acostados y no abrimos a nadie! ¡Tu abuela está velando, y no se moverá sino al oírte hablar! Acuérdate de todas mis palabras. Se trata de salvar la vida de tu padre y de tu madre. Que

no sepa nunca la justicia que nosotros dos hemos pasado la noche fuera de casa.

Después de estas frases, pronunciadas al oído de su hijo, éste fuése rápidamente, como una anguila dentro de una vasija, bosque adelante. Michú dijo a su mujer:

—¡Monta a caballo y ruega a Dios por nosotros! ¡Tente bien! El animal puede caerse.

Apenas pronunció estas palabras, el caballo, aguijoneado por el pie de Michú, que sentía la presión poderosa de sus rodillas, partió con la celeridad de un caballo de carrera; el animal parecía comprender a su amo, y en un cuarto de hora atravesó la selva. Michú, sin desviarse un momento del camino más corto, llegó a un punto del término desde el cual las cimas del palacio de Cinq-Cygne resplandecían por el claror de los rayos de la Luna. Ató su caballo a un árbol y ganó rápidamente un montículo desde el que se dominaba el valle de Cinq-Cygne.

El palacio, que Marta y Michú contemplaron juntos durante un momento, producía un efecto de gran belleza en el paisaje. Aunque no tuviera importancia alguna por su extensión ni por su arquitectura, no carecía de cierto mérito arqueológico. El antiguo edificio del siglo XV, que se levantaba sobre una eminencia, rodeado de profundos fosos, anchos, llenos de agua todavía, estaba construído con piedra y cal, y sus muros tenían siete pies de anchura. Por la sencillez, evocaba admirablemente la vida ruda y guerrera de los

campos feudales. El castillo, verdaderamente sencillo, tenía dos gruesas torres rojizas, separadas por un cuerpo largo de edificio, sembrado de ventanales, cuyas cruces, toscamente esculpidas, parecían sarmientos de viña. La escalera estaba fuera, en el centro del edificio, bajo una torre pentagonal con puerta gótica. La planta baja había sido modernizada en el interior en la época de Luis XIV, y el segundo piso estaba coronado de inmensas techumbres, abiertas por ventanales de tímpanos con relieves. Delante del castillo había un inmenso terreno cubierto de césped, donde habían sido recientemente arrancados los árboles. A cada lado del puente de entrada había dos casetas, donde habitaban los jardineros, separadas por un tabique endeble, sin carácter, que a primera vista se descubría que había sido construído recientemente. A derecha e izquierda del inmenso césped, dividido en dos partes por una pequeña calzada, se extendían las cuadras, los establos, los graneros, la leñera, el horno, los gallineros y las dependencias, construídas, sin duda, en las dos alas parecidas al castillo actual. Antaño, este castillo debió tener una forma cuadrada y estar fortificado en sus ángulos, y defendido por una enorme torre de porche arqueado, debajo del cual había, en el sitio ocupado por la reja, un puente levadizo. Las dos grandes torres, cuyos techos cilíndricos no habían sido desmantelados, y la pequeña torrecilla central, le daban un carácter de aldea. La vieja iglesia exhibía, unos pasos más allá, su puntiagu-

do campanario, que armonizaba con la masa arquitectónica del castillo. El resplandor de la Luna brillaba sobre las cimas y los conos del edificio. Michú miraba la morada señorial de tal manera, que subvertía las ideas de su mujer, pues su semblante, más tranquilo, tenía una expresión de esperanza y de augurio. Sus ojos abarcaban el horizonte con cierta desconfianza; escuchó el ruido del campo; debían ser las nueve; la Luna lanzaba su resplandor sobre los linderos de la selva, y en el montículo, la luz era muy viva. El lugar pareció peligroso al administrador, y descendió como si temiera ser visto. Sin embargo, ningún ruido sospechoso turbaba la tranquilidad del hermoso valle, rodeado por ese lado por la selva de Nodesme. Marta, agotada, temblorosa, temía un final desastroso. ¿A qué conducía todo aquello? ¿A una buena acción, o a un crimen? En aquel momento Michú se acercó al oído de su mujer.

—Vas a ir a casa de la condesa de Cinq-Cygne, y dirás que deseas hablar con ella; en cuanto la veas, le ruegas que te oiga a solas. Si nadie os oye, la dirás: "Señorita: la vida de sus dos primos está en peligro, y la persona que quiere explicarle la causa de ello la espera a usted." Si ves que tiene miedo, si desconfía, añades: "Están comprometidos en la conspiración contra el Primer Cónsul, y la conspiración ha sido descubierta." No digas quién eres; desconfían mucho de nosotros.

Marta levantó la cabeza, mirando a su marido.

—¿Tú sirves a ellos entonces?

—¿Y qué?—dijo él frunciendo el ceño, creyendo que se trataba de un reproche.

—No me has conmprendido—exclamó Marta—, cogiendo la ancha mano de Michú, arrodillándose a sus pies, besándola y humedeciéndola de lágrimas.

—¡Corre! Ya llorarás después—dijo él abrazándola bruscamente.

Cuando dejó de oír los pasos de su mujer, los ojos de este hombre de hierro se humedecieron. Había desconfiado de Marta a causa de las opiniones de su padre, y le había ocultado los secretos de su vida; pero la bondad, el carácter sencillo de su mujer, se le habían revelado súbitamente, como la grandeza del suyo acababa de aparecer ante ella. Marta pasó de la profunda humillación que causa la degradación del hombre cuyo apellido llevaba a la felicidad que produce su gloria; y pasó de un estado a otro sin transición. ¿No había motivo para desfallecer? Poseída de las más vivas inquietudes fué, como confesó más tarde, haciendo un esfuerzo sobrehumano, hasta el pabellón de Cinq-Cygne, y en un instante se creyó trasladada al cielo, entre los ángeles. El, que no se creía estimado por su mujer, y que tomaba la actitud dolorosa y melancólica de ella por falta de afección, que los separaba, concentrando su ternura en su hijo, comprendió en un momento toda la significación de las lágrimas de su mujer. Marta maldecía el papel que su belleza y la voluntad de su padre la habían forzado a representar; la felicidad

había brillado para ellos con su más hermosa llama en plena tormenta, como un relámpago. ¡Y se comprende que fuera tan fugaz! Los dos pensaban en los diez años de equívocos, y se acusaban a sí propios. Michú continuó de pie, inmóvil, el codo apoyado en la carabina y el mentón sobre la mano, abstraído por un lejano sueño. Un momento así hace aceptar los dolores del pasado más tormentoso.

Marta, agitada por mil pensamientos parecidos a los de su marido, sentía el corazón oprimido por el peligro de los Simeuse, pues lo comprendió todo, hasta la cara de los dos parisienses; pero lo que no podía explicarse era la carabina. Corrió como una corza hasta alcanzar el camino del castillo; le sorprendió oír detrás de ella los pasos de un hombre, y lanzó un grito; la ancha mano de Michú le cerró la boca.

—¡Desde lo alto del montículo he visto brillar a lo lejos los galones de los sombreros! Entra por el portillo que hay entre el pabellón de la señorita y las cuadras; los perros no ladrarán al verte a ti. Entra en el jardín, llama a la condesita por la ventana, haces ensillar su caballo, y díle que la vas a conducir por la zanja, que yo estaré allí y habré ya estudiado el plan que traen los parisienses y encontrado el medio de escapar.

El peligro avanzaba como un alud, y como era necesario prevenirlo, dió alientos a Marta.

V

Lorenza de Cinq-Cygne.

Los Cinq-Cygne y los Chargeboeuf llevaban el nombre común de Duineff. Cinq-Cygne se convirtió en nombre de la rama menor de los Chargeboeuf a raíz de la defensa de un castillo, hecha, en ausencia de su padre, por cinco muchachas de esta casa, extraordinariamente blancas, y de las cuales nadie hubiera esperado semejante conducta. Uno de los primeros condes de Champaña quiso perpetuar con este bello nombre el recuerdo de la acción. Después del singular hecho de armas, las hijas de la familia ganaron en orgullo, pero perdieron en blancura. La más pequeña de ellas, Lorenza, era contrariamente a lo que dispone la ley sálica, heredera del nombre, de las armas y de los pergaminos. El rey había aprobado el título del conde de Champaña, y en virtud de él, en esta familia la maternidad ennoblecía y adquiría derechos de sucesión.

Lorenza era, pues, condesa de Cinq-Cygne, y su marido debía tomar de ella el nombre y el blasón que tenía por divisa la sublime respuesta dada por la mayor de las cinco hermanas ante la intimación de rendir el castillo:

—"¡Morir cantando!"

Digna de esas bellas heroínas, Lorenza poseía una blancura tan rara que semejaba un capricho del azar. Las menores líneas de sus venas azules se transparentaban bajo su fina y tersa epidermis. Su cabellera, de un rubio bonito, armonizaba maravillosamente con sus ojos de azul muy obscuro. Todo en ella era lindo y gracioso. En su frágil cuerpo, a pesar de su fino talle y de su tez blanca como la leche, se albergaba un alma varonil; pero que nadie, ni el más sutil observador, habría adivinado en la fisonomía dulce y en la cara concentrada, cuyo perfil tenía cierta vaga semejanza con una cabeza de oveja. Aquella dulzura excesiva, aunque noble, parecía lindar con la estupidez del cordero. "Tengo el aire de un cordero que sueña"—decía ella a veces sonriendo—. Lorenza hablaba poco y no parecía que tuviera un carácter soñador, sino concentrado. En cuanto surgía una circunstancia que era preciso afrontar con seriedad, la Judith que llevaba dentro se revelaba súbitamente, y entonces su carácter se transformaba en sublime. Desgraciadamente, las circunstancias no le faltaron. A los trece años, después de los acontecimientos relatados, se encontró huérfana, en el mismo lugar donde la víspera se erigía en Troyes una de las casas más interesantes de la arquitectura del siglo XVI, el palacio de Cinq-Cygne. El señor de Hauteserre, pariente suyo y tutor, mandó al campo inmediatamente a la he-

redera. El leal gentilhombre provinciano, aterrorizado por la muerte de su hermano, el abate de Hauteserre, herido mortalmente en el momento en que trataba de salvar a un campesino, no se hallaba en condiciones de defender los intereses de su pupila.

Tenía dos hijos en el ejército de los príncipes, y al menor ruido creía que los guardias de Arcis venían a prenderle. Orgullosa de haber sostenido un asedio y de poseer la blancura legendaria de sus antepasados, Lorenza despreciaba la medrosa prudencia del anciano, resignado ante la adversidad; ella no pensaba más que en hacerse ilustre. Consecuente con sus planes, introdujo audazmente en su pobre salón de Cinq-Cygne un retrato de Carlota Corday, adornado con una corona de ramas de encina. Menospreciando la ley, sostenía correspondencia con los dos gemelos, los hijos de su tutor, por medio de un propio. El mensajero, con riesgo de su vida, traía y llevaba la correspondencia. Lorenza no vivía, después de la catástrofe de Troyes, sino para el triunfo de la causa real. Después de haber juzgado santamente a los esposos Hauteserre, reconociendo la honradez de su carácter poco enérgico, los colocó fuera de su radio de acción. Lorenza tenía demasiado talento y sincera elocuencia para quererles mal a causa de su carácter; buena, amable, afectuosa con ellos, no les confiaba en cambio ni uno solo de sus secretos. Nada forma mejor el alma que el disimulo constante en el seno

de la familia. A su mayor edad, Lorenza continuó confiando la administración de sus bienes al bueno de Hauteserre. Nada le importaba que su yegua favorita tuviera poco o mucho pienso, que su criada Catalina estuviera a gusto, o que su lacayo Gothar vistiera mal. Lorenza dirigía su pensamiento hacia un fin demasiado elevado para descender a ciertas ocupaciones, que en otro tiempo sin duda le hubieran gustado. Nada le importaba tampoco el arreglo de su persona y, además, como sus primos estaban ausentes...

Lorenza tenía un vestido de amazona verde botella para pasearse a caballo, y otro vestido de tela ordinaria con canesú de encajes para pasear a pie; por casa llevaba una bata. Ghotard, su pequeño caballerizo, un valeroso y diestro muchacho de quince años, la escoltaba, pues pasaba casi todo el día cazando en tierras de Gondreville, sin que los colonos de Michú se opusieran a ello. Montaba admirablemente a caballo, y su destreza para la caza era maravillosa. En la comarca se la llamaba siempre señorita aun durante la Revolución.

Cualquiera que haya leído la hermosa novela *Rob-Roy* recordará uno de los raros caracteres de mujer en el cual parece que Walter Scott ha salido, para concebirlo, de su habitual frialdad; esa mujer es Diana Vernon. Tal recuerdo puede servir para hacer comprender a Lorenza, si se añaden a las cualidades de la cazadora escocesa la exaltación continua de Carlota Corday, pero su-

primiendo la vivacidad amable que hace el atractivo de Diana. La joven condesa había visto morir a su madre, caer al abate de Hauteserre, perecer en el cadalso al marqués y la marquesa de Simeuse, morir a su hermano único a causa de sus heridas; de añadidura, sus dos primos, alistados en el ejército de Condé, podían perecer de un momento a otro; y para colmo de males, la fortuna de los Simeuse y de los Cinq-Cygne acababa de ser devorada por la República, sin provecho para ésta. Se concebía, por tanto, la gravedad que había degenerado en un aparente estupor, de su rostro.

Por otra parte, el señor de Hauteserre era el tutor más probo y más competente que darse puede. Bajo su administración, Cinq-Cygne tomó apariencia de granja. El buen hombre parecía un noble esforzado, más que un propietario engreído, y había sacado partido del parque y de los huertos, cuyo terreno tenía una extensión de cerca de doscientos arpentes, que producían pasto para los caballos, alimentaban a la gente que vivía en el parque y daban leña para el hogar. Gracias a la más escrupulosa economía, al llegar a la mayor edad, la condesa había recobrado, por la colocación de rentas en papel del Estado, una fortuna suficiente para vivir. En 1798 la heredera poseía veinte mil francos de renta en papel del Estado; pero en realidad no era así, porque el Gobierno no pagaba, y doce mil francos que rentaba Cinq-Cygne, cuyos arriendos habían sido renovados con no-

tables aumentos. Los esposos Hauteserre se habían retirado al campo con tres mil libras de renta vitalicia; estos restos de su fortuna les obligaban a habitar en Cinq-Cygne; por este motivo, uno de los primeros actos de Lorenza fué concederles por toda la vida el disfrute del pabellón que ocupaban. Los Hauteserre, tan avaros cuando se trataba de su pupila como cuando se trataba de ellos, y que todos los años amasaban sus mil escudos, pensando en sus dos hijos, obligaban a la heredera a una vida miserable. El gasto total de Cinq-Cygne no pasaba de cinco mil francos al año; pero Lorenza no descendía a los detalles, y lo encontraba todo bien. El tutor y su mujer, dominados insensiblemente por la influencia imperceptible que Lorenza ejercía sobre las menores cosas, habían concluído admirando, por un sentimiento asaz raro, a la que habían conocido de niña. Lorenza tenía en las maneras, en su voz gutural, en su mirada imperiosa, un no sé qué, ese poder inexplicable que se impone siempre, aunque no sea más que aparente, pues en los tontos lo hueco parece profundidad. Para el vulgo, la profundidad es incomprensible; de ahí viene, probablemente, la admiración del pueblo por todo lo que no comprende. Los esposos Hauteserre, sugestionados por el silencio habitual de la joven condesa e impresionados por su hosquedad, se hallaban siempre propicios a esperar de ella algo grande. Haciendo el bien con discernimiento y no dejándose engañar, Lorenza obtenía el respeto de los campesinos, a

pesar de ser aristócrata. Su sexo, su nombre, sus desgracias, la originalidad de su vida, contribuían a darle autoridad sobre los habitantes del valle de Cinq-Cygne. A veces se ausentaba uno o dos días, acompañada de Gothard, y jamás a su regreso, ni Hauteserre ni su esposa, la interrogaban acerca de los motivos de su ausencia. Lorenza, obsérvelo el lector, no daba la impresión de nada extraño. El marimacho se escondía bajo la forma más femenina y más débil. Su corazón era de una excesiva sensibilidad, pero albergaba en su cabeza una resolución viril y una firmeza estoica. Sus ojos clarividentes no sabían llorar. Al ver su muñeca blanca y delicada, matizada de venas azules, nadie hubiera imaginado que pudiese desafiar a la del caballero más duro. Su mano, noble y nerviosa, manejaba la pistola y el fusil con la fuerza de un cazador diestro. Fuera de casa no se peinaba nunca, sino como lo hacen las mujeres para montar a caballo, tocándose con un pequeño y gracioso sombrero de castor y un velo verde que llevaba levantado.

Su delicado semblante, su blanco cuello, envuelto en una corbata negra, no habían sufrido nunca en estas andanzas por el campo los rigores del aire. Bajo el Directorio, y en los comienzos del Consulado, Lorenza había logrado conducirse de tal modo que nadie se ocupó de ella; pero en cuanto el Gobierno se organizó, las nuevas autoridades, el prefecto del Aube, los amigos de Malin, y Malin mismo, trataron de desacreditarla.

Lorenza no creía en la caída de Bonaparte, cuya ambición y triunfo había provocado en ella como un sentimiento de rabia, pero de una rabia fría y calculada. Enemiga obscura e ignorada de aquel hombre glorioso, le contemplaba desde el fondo de su valle y de sus bosques con terrible fijeza; a veces le asaltaba la idea de ir a los alrededores de Saint-Cloud o de la Malmaison a matarle. La ejecución de esta idea hubiera explicado ya los hábitos y ejercicios de su vida; pero iniciada, después de malograda la paz de Amiens, en la conspiración de los que intentaban volver al 18 de Brumario, derrotando al primer cónsul, Lorenza subordinó desde entonces su fuerza y su odio a un plan muy vasto y muy bien ejecutado que debía herir a Bonaparte en el exterior, por la vasta coalición de Rusia, de Austria y de Prusia, que el emperador venció en Austerlitz, y en el interior, por la coalición de los hombres más opuestos en ideas, pero unidos por un odio común, varios de los cuales meditaban como Lorenza la muerte de Bonaparte, sin retroceder ante la palabra asesinato. La joven condesa, de apariencia delicada, fuerte para aquel que la conociera bien, era, pues, en aquel momento, el guía fiel y seguro de los gentileshombres venidos de Alemania a tomar parte en esta seria ofensiva. Fouché tomó como pretexto la cooperación de los emigrados del otro lado del Rin, para envolver en el complot al duque de Enghien. La presencia del príncipe en

territorio de Baden, a poca distancia de Estrasburgo, dió fuerza a tales suposiciones. La gran cuestión consistía en saber si el príncipe conocía verdaderamente la empresa, si debía entrar en Francia una vez alcanzado el éxito; tal es uno de los secretos acerca de los cuales, lo mismo que de otros, los príncipes de la casa de Borbón han guardado el más profundo silencio. A medida que transcurra el tiempo, los historiadores imparciales encontrarán, cuando menos, que la conducta del príncipe al acercarse a la frontera en el momento en que debía estallar la inmensa conspiración, fué imprudente. Ciertamente, toda la familia real debía estar en el secreto. La prudencia que Malin había mostrado conferenciando al aire libre con Grévin, la joven condesa la aplicaba a los menores actos de su vida. Recibía a los emisarios, conferenciaba con ellos, ora en los límites de la selva de Nodesme, ora más allá del valle de Cinq-Cygne, entre Sézanne y Brienne. A menudo andaba quince leguas de una sola tirada con Gothard, y regresaba a Cinq-Cygne sin que se adivinara en su rostro fresco la menor traza de fatiga ni de preocupación. Inmediatamente sorprendió en los ojos del pequeño vaquero, que contaba entonces nueve años, la ingenua admiración que tienen los niños por las cosas extraordinarias; hizo de él su palafrenero y le enseñó a cuidar los caballos con la atención y minuciosidad de los ingleses. Lorenza reconoció en él una buena voluntad, inteligencia y ausencia de todo cálculo;

puso a prueba su adhesión, y halló en él no solamente despejo natural, sino nobleza de carácter; el muchacho no concebía la recompensa; Lorenza cultivó esta alma joven, fué buena para él, buena con grandeza; logró que le cobrara afecto, interesándose a su vez en pulir este carácter semisalvaje, sin quitarle su frescor y su sencillez.

En cuanto hubo probado suficientemente su fidelidad casi canina, que ella había sabido inspirar, Gothard se convirtió en su ingenioso e ingenuo cómplice. El pequeño campesino, de quien nadie podía sospechar, iba de Cinq-Cygne a Nancy, y volvía a veces sin que se supiera que había salido de la comarca. Todas las artes empleadas por los espías las ponía él en práctica. La extrema desconfianza que le había inculcado su ama no alteraba en nada su buen natural. Gothard poseía a la vez la malicia de la mujer, el candor del niño, y la atención sostenida del conspirador, y ocultaba esas admirables cualidades bajo la profunda ignorancia y pesadez de los campesinos. El muchacho parecía un bobo, débil e inhábil; pero, puesto a la obra, era ágil como un pez y se escurría como una anguila; adivinaba con la mirada; como los perros, olfateaba el pensamiento. Su gruesa cara de bonachón, redonda y colorada; sus ojos negros, adormecidos; sus cabellos cortados como los llevan los campesinos; su traje, su cuerpo pequeño, retardado en su desarrollo, le daban apariencia de un niño de diez años.

Bajo la protección de su prima, que desde Estrasburgo a Bar-sur-Aube, velaba sobre ellos, los señores de Hauteserre y de Simeuse, acompañados de otros varios emigrados, vinieron por Alsacia y Lorena y Champaña, mientras que otros conspiradores no menos valerosos penetraron en Francia por los acantilados de Normandía. Vestidos de obreros, los de Hauteserre y los Simeuse habían ido de bosque en bosque, guiados desde muy cerca por individuos escogidos tres meses antes en cada provincia por Lorenza entre la gente más adicta a los Borbones y menos sospechosa. Los emigrados dormían durante el día y viajaban por la noche. Cada uno llevaba consigo dos soldados leales, y de ellos, uno iba delante explorando y el otro se quedaba detrás, para proteger la retirada en caso de desgracia. Merced a estas precauciones militares habían alcanzado sin contratiempo la floresta de Nodesme, lugar de reunión. Veintisiete gentileshombres más entraron también por Suiza y atravesaron la Borgoña, en dirección a París y adoptando las mismas precauciones. El de Rivière contaba con quinientos hombres, entre ellos cien jóvenes nobles, oficiales de este batallón sagrado.

Los de Polignac y de Rivière, cuya conducta como jefes fué en extremo notable, guardaron un secreto imposible de penetrar ni por los mismos cómplices, que no se dieron a conocer. Así puede decirse hoy día, de acuerdo con las revelaciones hechas durante la Restauración, que Bonaparte no conoció la extensión del peligro que corrió en-

tonces, como Inglaterra no conocía el peligro en que la ponía el ejército de Boloña. Sin embargo, nunca la policía estuvo más hábil e inteligentemente dirigida.

En el momento en que comienza esta historia, un cobarde de esos que existen siempre en las conspiraciones que no se limitan a un pequeño número de hombres decididos y fuertes; un conjurado, cara a cara a la muerte, reveló algunos datos, afortunadamente insuficientes en cuanto a la extensión, pero bastante precisos acerca del objetivo de la conspiración. La policía dejó, como había dicho Malin a Grévin, en libertad a los conspiradores, pero vigilándolos para descubrir todas las ramificaciones del complot. Sin embargo, el Gobierno, contra su voluntad, tenía en cierto modo la mano puesta sobre Jorge Cadoudal, hombre de acción, que se dejaba llevar de su propia inspiración y no admitía consejo de nadie, y que se hallaba oculto en París en unión de veinticinco chuanes para atacar al Primer Cónsul. El odio y el amor se reunían en el pensamiento de Lorenza; derribar a Bonaparte y restaurar a los Borbones, ¿no era lo mismo que recuperar Gondreville y asegurar el porvenir de sus primos? Los dos sentimientos opuestos bastan, sobre todo a los veintitrés años, para desplegar todas las facultades del alma y toda la fuerza de la vida. Por eso hacía dos meses que Lorenza parecía a los habitantes de Cinq-Cygne más bella que nunca. Sus mejillas estaban sonrosadas, y la espe-

ranza imprimía por momentos a su frente cierto aire orgulloso; pero cuando leía la *Gaceta* de la noche y veía que los actos conservadores del Primer Cónsul se repetían, bajaba los ojos para que nadie se apercibiera de la certidumbre amenazadora que ella tenía de la próxima caída del enemigo de los Borbones.

Nadie dudaba en el castillo que la joven condesa hubiera visto a sus primos la noche última. Los hijos de los Hauteserre habían pasado la noche en las habitaciones de la condesa, bajo el mismo techo de sus padres; pues Lorenza, para no dar lugar a sospechas, una vez acostados los esposos Hauteserre, entre una y dos de la mañana, acudió a reunirse con sus primos, los condujo a lo más escondido de la selva y los ocultó en la choza abandonada de un guardabosque. Segura de volver a verlos, no mostró la menor alegría, ni nada revelaba en ella las emociones propias del que espera; supo borrar las huellas de la alegría que le producía el volver a verlos; permaneció impasible.

La linda Catalina, la hija de su nodriza, y Gothard, que estaban en el secreto, imitaron la conducta de su ama. Catalina tenía diez y nueve años. A esta edad, lo mismo que a la de Gothard, una joven es fanática y se deja cortar la cabeza sin pronunciar palabra. En cuanto a Gothard, el mero hecho de sentir el perfume que exhalaban los cabellos y los vestidos de la condesa, le hubiera hecho soportar los mayores sufrimientos sin proferir la menor queja.

VI

Un interior realista bajo el consulado.

En el momento en que Marta, advertida de la inminencia del peligro, se deslizaba con la rapidez de una sombra por la zanja indicada por Michú, el salón del castillo de Cinq-Cygne ofrecía un aspecto apacible. Sus moradores se hallaban muy lejos de sospechar la tormenta que se cernía sobre ellos, y su tranquilidad hubiera excitado la piedad de cualquiera que hubiese conocido su situación. En la gran chimenea, adornada por un espejo en el que danzaban las figurillas de unos pastores estilo Luis XVI, ardía una hoguera de las que sólo se ven en los castillos situados cerca de un bosque. Junto a la chimenea, echada en un sillón Luis XVI, forrado de seda china verde, la joven condesa se hallaba en una actitud de anonadamiento. Había llegado a las seis de los confines de Brie, después de haber reconocido el campo delante de la tropa, a fin de que los cuatro gentileshombres escondidos llegaran sin contratiempo al lugar donde debían pasar la última etapa de su viaje a París. Había sorprendido a los Hauteserre cuando éstos terminaban de comer; hostigada por el hambre, se sentó a la mesa

sin quitarse el vestido de amazona, salpicado de barro, ni las botas. En vez de desnudarse después de comer, sintiéndose vencida por la fatiga de sus andanzas, había dejado caer su hermosa cabeza desnuda, poblada por mil rizos rubios, sobre el respaldo del gran sillón, y colocado los pies sobre un taburete. El fuego secaba las salpicaduras de su vestido y de sus botas. Los guantes de piel de ante y el sombrerito de castor, el velo verde y el látigo los había puesto sobre una consola. Tan pronto paseaba su mirada por el viejo reloj de Boulle, que se hallaba encima de la jamba de la chimenea, entre dos candelabros de flores, pensando si en aquella hora se habrían acostado ya los cuatro conspiradores, como por la mesa de boston, que se hallaba delante de la chimenea, y que ocupaban el señor de Hauteserre y su mujer, el cura de Cinq-Cygne y la hermana de éste.

Aunque estos personajes no estaban incluidos en este drama, sus cabezas tendrían, a pesar de ello, el mérito de representar una de esas fases que tuvo la aristocracia después de su derrota de 1793. Bajo este aspecto, la descripción del salón de Cinq-Cygne tenía el sabor de la historia vista al desnudo.

El gentilhombre frisaba entonces en los cincuenta y dos años; era alto, seco, sanguíneo, y de una salud robusta; hubiera parecido vigoroso, a no ser porque tenía grandes ojos azul vidrioso, que miraban con extrema sencillez. Tenía en la cara, que terminaba en una barba encorvada, entre la nariz

y la boca, un espacio desmesurado que infringía las leyes de la estética y que le daba un aire de humildad que armonizaba perfectamente con su carácter, como los más pequeños detalles de su fisonomía. La cabellera gris, oprimida por un sombrero de fieltro, que llevaba puesto casi todo el día, formaba como un casquete y dibujaba un contorno periforme. La frente, extremadamente arrugada por la vida de campo y por las continuas inquietudes, era aplastada y carecía de expresión. La nariz aquilina daba un tanto de relieve a su cara; el único indicio de fuerza de su semblante se hallaba en las cejas, muy ásperas, que conservaban su color negro, y en la viva coloración de su tez; tal indicio no engañaba; el gentilhombre, aunque dulce y sencillo, poseía una fe monárquica y católica inquebrantable. El santo varón se hubiera dejado prender sin disparar contra la guardia municipal, y hubiera ido apaciblemente al cadalso. Las tres mil libras de renta vitalicia, su único recurso, le habían impedido emigrar. De hecho obedecía al Gobierno, pero sin dejar de querer a la familia real y desear su restauración; no obstante, él hubiera rehusado comprometerse en cualquier tentativa a favor de los Borbones. Pertenecía a esa especie de realistas que recuerda eternamente que fueron derrotados y robados, y que desde entonces se han transformado en mudos, económicos, rencorosos, irresolutos, pero incapaces de abjurar ni de sacrificarse; dispuestos a saludar a la realeza triunfante, amigos de la re-

ligión y de los sacerdotes, más resueltos a soportar todas las adversidades de la desgracia. No eran tiempos aquellos para tener opinión propia, sino de terquedad. La acción es la esencia de los partidos. Sin talento, pero leal, avaro como un campesino, y, sin embargo, noble en sus maneras, atrevido en sus deseos, pero comedido de palabras y de acciones, sacando partido de todo, y propicio a que le nombrasen alcalde de Cinq-Cygne, el señor de Hauteserre representaba admirablemente a esos honorables gentileshombres, en cuya frente Dios ha escrito la palabra *polilla*, que dejaron pasar sobre sus solares y sus cabezas las borrascas de la Revolución, que resurgieron bajo la Restauración, ricos con sus economías escondidas cuidadosamente, orgullosos de discreta consecuencia política, y que volvieron a sus campos después de 1830. El vestido, expresiva envoltura de su carácter, pintaba al hombre y su tiempo. El señor de Hauteserre llevaba una de esas hopalandas color avellana que el duque de Orleáns había puesto de moda al volver de Inglaterra, y que fueron durante la Revolución como una transacción entre los repugnantes vestidos populares y las elegantes casacas de la aristocracia. El chaleco, de terciopelo, con rayas y dibujos de flores, cuyo estilo recordaba los de Robespierre y de Saint-Just, le tapaba el pecho hasta arriba, dejando al descubierto una chorrera de pequeños pliegues sobre la camisa. Conservaba la moda de los calzones, pero los suyos eran azules, con hebillas de acero

bruñido. Las medias, de filadiz, negras, modelaban sus piernas de ciervo; calzaba unos gruesos zapatos, sostenidos por unos botines negros. Conservaba la moda del cuello de muselina de muchos pliegues, y sujetado por un anillo de oro. El buen hombre no sabía que aquel traje era, políticamente, ecléctico, campesino, revolucionario y aristocrático a la vez: había obedecido inocentemente a las circunstancias.

La señora de Hauteserre, cuarentona, envejecida por las emociones, tenía un semblante fatigado, cuya actitud era la de un modelo ante el pintor; y su gorra, de encaje, adornada de lazos de raso blanco, contribuía singularmente a darle un aire solemne. A pesar de su redecilla blanca, su vestido de seda, pardo y obscuro, de mangas aplastadas, y de su ancha enagua, triste y último traje de la reina María Antonieta, la señora de Hauteserre todavía se empolvaba. Tenía la nariz puntiaguda, el mentón saliente, la cara casi triangular y ojos de haber llorado mucho; pero con una *pizca* de pintura encarnada animaba sus ojos grises. Tomaba rapé, y cada vez que practicaba esa costumbre, adoptaba las lindas precauciones de que tanto abusaban antaño las petimetras; los menores detalles de este acto constituían para ella una ceremonia, que se explicaba en pocas palabras: poseía unas manos bonitas.

Hacía dos años que el antiguo preceptor de los dos Simeuse, amigo del abate de Hauteserre, llamado Goujet, abate de los Mínimos, había toma-

do el curato de Cinq-Cygne como retiro por amistad a los Hauteserre y a la joven condesa. Su hermana, la señorita de Goujet, poseía una renta de setecientos francos, que añadía al modesto sueldo del cura, y cuidaba de la casa de su hermano. A causa de su escaso valor no habían sido vendidas ni la iglesia ni el presbiterio. El abate Goujet se alojaba a dos pasos del castillo, pues la pared del jardín de la casa del cura y la del parque eran medianeras en algunos sitios. Por este motivo el abate Goujet y su hermana comían dos veces por semana en Cinq-Cygne, adonde todas las noches iban además a jugar una partida con los Hauteserre. Lorenza no entendía las cartas. El abate Goujet era un anciano de cabellos blancos y de rostro blanco como el de una vieja, y tenía siempre una sonrisa amable en los labios y una voz dulce e insinuante. Su frente respiraba inteligencia y sus ojos, muy sagaces, rompían la monotonía de su cara redonda, que recordaba la de una muñeca. De estatura media y bien formado, vestía aún el frac negro a la francesa y llevaba hebillas de plata en el pantalón y en los zapatos, medias de seda negra, chaleco negro sobre el cual caía su collarín suelto, lo que le daba un gran aspecto, sin perjudicar en nada a su dignidad. El abate había sido obispo de Troyes durante la Restauración; habituado desde antiguo a conocer a la gente joven, adivinó el gran carácter de Lorenza y lo admiraba en todo su valor; desde un principio había

testimoniado una respetuosa deferencia a la joven, que tanto contribuyó a la independencia de Cinq-Cygne, y a rendir a su voluntad a la austera y vieja dama y al bueno del gentilhombre a los cuales, según el uso, ella debía rendir acatamiento. Hacía seis meses que el abate Goujet observaba a Lorenza con el espíritu particular de los sacerdotes, que son gente muy perspicaz. Sin saber que ella, una joven de veintitrés años, pensaba en derrocar a Bonaparte, en el momento en que sus delicadas manos desenredaban un encaje de su vestido de amazona, la suponía, sin embargo, agitada por una gran idea.

La señorita de Goujet era una de estas solteronas cuyo retrato se hace en dos palabras y que permite a los menos imaginativos representársela: pertenecía al género de las solteronas. Como sabía que era fea, era la primera en reírse de su fealdad, mostrando sus largos dientes amarillos como su tez y sus manos huesudas. Era muy buena y alegre. Llevaba el famoso jubón con faldillas del viejo tiempo, falda muy ancha, cuyos bolsillos estaban siempre repletos de llaves; una gorra de lazos y moño. Había llegado pronto a los cuarenta años, porque se vengaba, según decía ella, habiéndose parado en ellos desde los veinte. Veneraba a la nobleza, y sabía conservar su propia dignidad, rindiendo a las personas nobles todo el respeto y el homenaje debidos.

La señorita de Goujet había llegado muy oportunamente a Cinq-Cygne para la señora de Hau-

teserre, que, al revés de su marido, no tenía ocupaciones rurales que atender, ni, como Lorenza, la tónica de un odio que la sostuviera en una vida solitaria. En cierto modo todo había mejorado después de seis años. El restablecimiento del culto católico permitía cumplir los deberes religiosos, que tienen más influencia en la vida del campo que en parte alguna. Los de Hauteserre, tranquilos por los actos conservadores realizados por el Primer Cónsul, habían podido entablar correspondencia con sus hijos y recibir sus noticias; ya no temblaban por ellos ni tenían que implorar su perdón y su regreso a Francia. El Tesoro había liquidado el pago de rentas y satisfacía regularmente sus compromisos todos los semestres. Los de Hauteserre poseían entonces bastante más que los ocho mil francos de renta vitalicios. El anciano alababa lo juicioso de su previsión, pues había colocado todas sus economías, que ascendían a veinte mil francos, al mismo tiempo que su pupila, antes del 18 de Brumario, que hizo subir, como es sabido, los fondos públicos de doce a diez y ocho francos.

Cinq-Cygne había estado largo tiempo desprovisto de todo, deshabitado y abandonado. Por cálculo, el prudente tutor no había querido, durante las conmociones revolucionarias, cambiar el aspecto de la finca; pero a raíz de la paz de Amiens hizo un viaje a Troyes, trayéndose consigo algunos restos de los dos palacios saqueados, que halló en las prenderías. El salón fué

amueblado bajo su dirección. Hermosos cortinajes de fondos blancos y de flores verdes, procedentes del palacio Simeuse, adornaban las seis ventanas del salón, donde se encontraban entonces estos personajes. La inmensa pieza estaba recubierta de revestimientos de madera divididos en tableros encuadrados en finas molduras esculpidas y decoradas de mascarones en los ángulos, pintados en dos tonos de gris.

El adorno de la parte superior de estas puertas ofrecía unos bajorrelieves de grisalla muy a la moda en la época de Luis XV. El bueno de Hauteserre había encontrado en Troyes consolas doradas, un mueble guarnecido de tela de seda china verde, una lámpara de araña, una mesa de juego, ornada de marquetería, en fin, cuanto podía servir para restaurar a Cinq-Cygne.

En 1792 todo el mobiliario del castillo había sido robado, pues el saqueo de los palacios sólo había sido contrarrestado en el valle. Cada vez que el anciano iba a Troyes volvía con algunas reliquias del antiguo esplendor, ora se trataba de un hermoso tapiz como el que se hallaba extendido sobre el pavimento del salón, ora de una partida de vajilla o de porcelana de Saxe y de Sèvres. Hacía cinco años que se atrevió a desenterrar toda la plata de Cinq-Cygne, que el cocinero había enterrado en una casita suya situada al final de uno de los largos arrabales de Troyes.

El fiel cocinero, llamado Durieu, y su mujer, ha-

bían seguido siempre la suerte de su joven ama. Durieu era el *factotum* del castillo, y su mujer, la que llevaba todo el peso del trabajo doméstico. Durieu tenía como ayudante de cocina a la hermana de Catalina, a la cual había enseñado los secretos de su arte y convertido en una excelente cocinera. Un viejo jardinero, su mujer y su hijo, pagados a jornal, y su hija, que servía de vaquera, completaban el personal del castillo. Hacía seis meses que la Durieu había mandado hacer en secreto una librea con los colores de Cinq-Cygne para el hijo del jardinero y para Gothard; y aunque había sido amonestada cumplidamente, a causa de esta imprudencia, por el gentilhombre, la señorita de Goujet se dió el gusto de verse servida un día del santo de Lorenza casi como en otros tiempos. La penosa y lenta restauración del interior del castillo llenaba de alegría a los señores de Hauteserre y a los Durieu. Lorenza sonreía de lo que ella llamaba niñerías. Pero el bueno de Hauteserre, pensando sólidamente, cuidaba de reparar el edificio, reconstruía los muros y plantaba dondequiera que había lugar para ello un árbol, sin dejar una pulgada de terreno. Tanto es así, que la señorita de Goujet consideraba el valle de Cinq-Cygne como un oráculo de agricultura. El bueno de Hauteserre supo tomar cien arpentes de terreno en litigio y sin vender, y considerado por el común como de su propiedad. Hauteserre había convertido estas tierras en praderas artificiales, que servían de pasto al ganado del castillo,

y que fueron rodeadas de álamos, que en seis años crecieron prodigiosamente. Tenía la intención de rescatar algunas tierras y utilizar todas las construcciones del castillo para una segunda granja, que se proponía dirigir él mismo.

La vida había llegado a ser, desde hacía dos años, casi feliz en el castillo. Al amanecer, el señor de Hauteserre se hallaba ya en el campo vigilando a los obreros, pues empleaba bastante gente en todo tiempo; volvía a casa a la hora de almorzar, montaba después sobre su jaca de campesino, y daba una vuelta a las tierras lo mismo que un guarda; después, de regreso para acostarse, terminaba su jornada jugando una partida de *boston*. Todos los habitantes del castillo tenían sus ocupaciones, y la vida era dentro de él ordenada como en un monasterio. Sólo Lorenza conturbaba aquel reposo con sus súbitos viajes, sus ausencias, que la señora de Hauteserre llamaba las fugas de Lorenza. Sin embargo, existían en Cinq-Cygne dos políticas y dos causas de disensión. En primer lugar, Durieu y su mujer estaban celosos de Gothard y de Catalina porque tenían mayor intimidad que ellos con su joven ama, el ídolo de la casa. Además, los de Hauteserre, apoyados por la señorita de Goujet y por el cura, querían que sus hijos, lo mismo que los dos gemelos de Simeuse, regresaran y participasen de la dicha de esta vida apacible, en lugar de vivir penosamente en el extranjero. Lorenza condenaba esta odiosa transacción, y representaba el realismo puro, mi-

litante e implacable. Aquellos buenos viejos no querían comprometer su existencia dichosa ni aquel rincón conquistado a las aguas furiosas del torrente revolucionario, y trataban de convertir a Lorenza a sus doctrinas, verdaderamente juiciosas, previendo que ella significaba mucho para la resistencia que sus hijos o los dos Simeuse habrían de oponer a su regreso a Francia. El soberbio desdén de su pupila los espantaba, que no se equivocaban adivinando lo que ellos llamaban una temeridad. La disensión estalló cuando la explosión de la máquina infernal de la calle de San Nicasio, primera tentativa realista contra el vencedor de Marengo, después de su negativa a tratar con la casa de Borbón. Los de Hauteserre consideraban una suerte que Bonaparte hubiera escapado del atentado, creyendo que los autores de él eran los republicanos. Lorenza lloró de rabia al ver que el Primer Cónsul se había salvado. Su desesperación la sacó de su habitual disimulo, acusando a Dios de traicionar a los hijos de San Luis.

—Yo—exclamaba—habría logrado matarle. ¿No se tiene—decía dirigiéndose al abate Goujet, y observando la profunda estupefacción producida por sus palabras—el derecho de combatir la usurpación por todos los medios?

—Hija mía—respondía el abate Goujet—, la Iglesia ha sido fuertemente atacada, criticada por los filósofos, por haber sostenido antaño que podía emplearse contra los usurpadores las mismas armas que los usurpadores han empleado para lo-

grar sus fines; pero hoy debe demasiado al Primer Cónsul para no protegerle y ponerle al cubierto de tal máxima, inventada por los propios jesuítas.

—¡De este modo nos abandona la Iglesia!—respondió ella con aire sombrío.

Desde aquel día, siempre que los cuatro ancianos hablaban de someterse a la suerte, la joven condesa abandonaba el salón. Hacía ya algún tiempo que el cura, más hábil que el tutor, en lugar de discutir los principios, gustaba de hacer resaltar las ventajas materiales del gobierno consular, menos para convertir a la condesa que para sorprender en sus ojos aquellas expresiones que pudieran orientarle y arrojar luz sobre sus proyectos. Las ausencias de Gothard, las correrías frecuentes de Lorenza y su preocupación, que en los últimos días se traslucía ya en su cara; una muchedumbre de pequeñas cosas que no podían pasar desapercibidas en modo alguno en la vida silenciosa y tranquila de Cinq-Cygne, sobre todo a los ojos inquietos de los Hauteserre, del abate Goujet y de los Durieu; todo ello había contribuído a despertar ciertos temores en el ánimo de estos realistas sometidos. Pero como no se producía ningún acontecimiento que confirmase sus inquietudes, y una calma perfecta reinaba en las esferas políticas, después de algunos días la vida del bello castillo había recobrado su apacibilidad. Todos concluyeron por atribuir las ausencias de la condesa a su pasión por la caza.

El más profundo silencio reinaba en el parque,

en los patios, fuera del castillo, al sonar las nueve, en el momento en que las cosas y las personas estaban animadas armoniosamente, en que reinaba la paz más profunda, en la que la abundancia renacía y el bueno y sensato gentilhombre esperaba convertir a Lorenza a su sistema de obediencia por la repetición feliz de los ejemplos y los buenos resultados. Los realistas de Cinq-Cygne continuaban rindiendo culto al juego de *boston*, que propagó por toda Francia la idea de independencia, bajo una forma frívola, inventada en honor de los insurgentes de América, y en la que todos sus términos recordaban la lucha valerosa en favor de Luis XVI. Mientras se sucedían las *independencias* o *las miserias* (1), observaban a Lorenza, que, vencida por el sueño, no tardó en dormirse, dibujando una sonrisa de ironía en sus labios; su último pensamiento abrazaba el cuadro de esta mesa, donde dos palabras hubieran bastado para que los Hauteserre supieran que sus hijos habían dormido la última noche bajo su techo, y provocar el más vivo terror. ¿Qué joven de veintitrés años no habría estado, como estaba Lorenza, orgullosa de forjarse el destino, y no hubiera tenido, como ella, un ligero movimiento de compasión por quienes veía tan por debajo?

—Duerme—dijo el abate señalando a Lorenza—, nunca la he visto tan fatigada.

---

(1) Testimonios literales del juego de naipes llamado del *boston*. (N. del T.)

—Durieu me ha dicho que su caballería está como deshecha—replicó la señora de Hauteserre—, y que el fusil estaba sin usar y la cazoleta limpia, lo que indica que no ha cazado.

—¡Ah demonio!—replicó el cura—he aquí una cosa que no me gusta.

—¡Bah! —exclamó la señorita de Goujet—, cuando yo tenía mis veintitres años y no me creía llamada a quedarme soltera, corría por ahí y me cansaba de bien distinto modo que ahora. Comprendo que la condesa se pasee por el campo sin pensar en la caza. Bien pronto va a hacer doce años que no ve a sus primos, a quienes quiere. Pues bien: en su lugar, yo, si fuera joven y bonita como ella, ¡iría de una sola tirada hasta Alemania! ¡Quién sabe si la pobrecilla se siente atraída hacia la frontera!

—Qué lista es usted, señorita Goujet—dijo el cura sonriendo.

—Nada de eso—replicó ella—; le veo a usted inquieto por las idas y venidas de una joven de veintitres años, y se las explico.

—Sus primos volverán, y se encontrará rica, y acabará por calmarse —dijo el bueno de Hauteserre.

—¡Dios lo quiera!—exclamó la vieja dama tomando su tabaquera de oro, que no había vuelto a usar desde el consulado vitalicio.

—¿Qué hay de nuevo por el país?—dijo el bueno de Hauteserre al cura—. Malin se encuentra desde ayer tarde en Gondreville.

—¡Malin!—gritó Lorenza despertando al oír aquel nombre, a pesar de su profundo sueño.

—Sí—prosiguió el cura—, se va esta noche; se hacen muchas conjeturas acerca de este viaje precipitado.

—Ese hombre es de mal agüero para nuestras dos casas.

La joven condesa estaba soñando en aquel momento con sus primos y con los Hauteserre, y los había visto amenazados. Sus bellos ojos se quedaron fijos y se enternecieron pensando en los peligros que acechaban a sus primos en París; se levantó bruscamente, y sin decir nada subió a sus habitaciones. Lorenza habitaba en el dormitorio de honor, cerca del cual se encontraba un saloncito y un oratorio, situados en el torreón que miraba al bosque. En cuanto hubo abandonado el salón los perros ladraron, se oyó rechinar la puerta de la verja pequeña y apareció Durieu, demudado, en el salón, y dijo: —¡Ahí está el alcalde! ¡Algo pasa!

El alcalde, antiguo caballerizo de la casa de Simeuse, venía algunas veces al castillo, y los Hauteserre, por política, le testimoniaban una deferencia a la que él daba la más alta importancia. Se llamaba Goulard, y había casado con una rica tendera de Troyes, cuyas propiedades se encontraban en el término de Cinq-Cygne, y que él había aumentado con las tierras de una rica abadía que adquirió con el producto de sus economías. La vasta abadía de Val-des-Preux, si-

tuada a un cuarto de legua del castillo, resultaba una vivienda casi tan espléndida como Gondreville, donde él y su mujer se encontraban como dos ratas en una catedral.

—¡Goulard, eres un goloso!—le dijo riendo la señorita la primera vez que le vió en Cinq-Cygne.

Aunque muy adicto a la Revolución y aunque la condesa le recibía fríamente, el alcalde no sentía debilitarse el respeto que le inspiraban los Cinq-Cygne y los Simeuse. Por este motivo cerraba los ojos a todo lo que ocurría en el castillo. El alcalde llamaba, en este caso, cerrar los ojos a no ver los retratos de Luis XVI, de María Antonieta, de sus hijos, del hermano del rey, del conde de Artois, de Cazalés, de Carlota Corday, que adornaban los tableros del salón; a no parecerle mal que no se hablara en presencia suya de la ruina de la República, que se burlaran de los cinco directores y de todas las combinaciones de entonces. La situación de este hombre era muy parecida a la de muchos advenedizos que, una vez que han hecho fortuna, ponen todo su afán en ingresar en la vieja nobleza. Tal circunstancia fué aprovechada por los dos personajes, cuya profesión tan pronto adivinó Michú y que habían explorado la comarca antes de llegar a Gondreville.

VII

Visita domiciliaria.

El polizonte, partidario de las grandes tradiciones de la vieja policía, y Corentin, el fénix de los espías, tenían una misión secreta. Malin no se equivocaba al atribuir un doble juego a los dos artistas de las farsas trágicas; tal vez sea necesario, por tanto, antes de verlos actuar, mostrar la cabeza a la cual ellos servían de brazo. Bonaparte, al erigirse primer cónsul, encontró a Fouché dirigiendo la policía general. La revolución había organizado con toda franqueza, y sin que le faltara razón para ello, un ministerio especial de Policía. Pero Bonaparte, al volver de Marengo, creó la Prefectura de Policía, colocó en ella a Dubois y destinó a Fouché al Consejo de Estado, dándole por sucesor en el ministerio al convencional Cochon, que después fué conde de Lapparent. Fouché, que consideraba el ministerio de Policía como el más importante de un Gobierno de altura, que desarrollase una política enérgica, juzgó como una desgracia, o al menos como un signo de desconfianza hacia él, aquel cambio. Habiendo reco-

nocido en el asunto de la bomba y de la conspiración de que aquí se trata la excesiva superioridad de aquel gran hombre de Estado, Napoleón le repuso en el cargo de ministro de la Policía. Pero más tarde, alarmado del talento que Fouché desplegó durante su ausencia, cuando el asunto de Walcheren, el emperador dió aquel ministerio al duque de Robigo, y envió al duque de Otrante, como gobernador, a las provincias de Illiria, un verdadero destierro. El genio singular de Fouché, que produjo en Napoleón una especie de pánico, no se reveló súbitamente. El obscuro convencional, uno de los hombres más extraordinarios y peor juzgados de su tiempo, se formó en las tempestades. Bajo el Directorio se elevó a la altura donde los hombres profundos leen en lo porvenir y juzgan el pasado; pero de pronto, lo mismo que ciertos actores mediocres se convierten en magníficos, iluminados por un súbito fulgor de inspiración, dió pruebas de su valer durante la rápida revolución del 18 de Brumario. El hombre pálido, educado en el disimulo del monasterio, que poseía los secretos del partido de la montaña, al cual pertenecía, y de los realistas, de los cuales acabó por ser correligionario, había estudiado lentamente, silenciosamente, los hombres, las cosas y los intereses de la comedia política, penetrado en los secretos de Bonaparte y dado a éste útiles consejos e informes preciosos. Satisfecho de haber demostrado su capacidad y su mérito, Fouché se guardó muy bien de descubrirse enteramente, pues

quería continuar a la cabeza de la cosa pública de su tiempo; pero las dudas de Napoleón acerca de él le devolvieron su libertad política. La ingratitud, o más bien la desconfianza del emperador, después del asunto de Walcheren, explican a este hombre que, desgraciadamente para él, no era un gran señor, y cuya conducta fué calcada de la del príncipe Talleyrand. Por entonces, ni sus antiguos ni sus modernos colegas eran capaces de sospechar la amplitud de su genio puramente ministerial, esencialmente gubernamental, justo en todas sus previsiones y de una sagacidad increíble. Lo cierto hoy día para todo historiador imparcial es que el excesivo amor propio de Napoleón fué una de las mil causas de su caída, quien, por lo demás, ha pagado largamente sus errores. Fouché encontró en este desconfiado soberano una envidia de su naciente poder, que influía sobre sus actos tanto como su odio secreto contra los hombres de valer, legado precioso de la Revolución, y con los cuales él hubiera podido formar un Gabinete que fuera depositario de su pensamiento. Talleyrand y Fouché no fueron los únicos que le hacían sombra. Ahora bien: la desdicha de los usurpadores es tener por enemigos a aquellos que le han dado la corona y aquellos otros a quienes se la han quitado. Napoleón no convenció nunca de su soberanía a los que había tenido por superiores o por iguales, ni a los que estaban de derecho a sus órdenes; nadie se creía obligado a jurarle obediencia. Malin, hombre mediocre, incapaz de apre-

ciar el tenebroso genio de Fouché, ni de desconfiar de su propio juicio, ardía como una mariposa en la luz, yendo a rogarle confidencialmente el envío de dos agentes a Gondreville, donde, según él, esperaba descubrir la pista de la conspiración. Fouché, sin atemorizar a su amigo con interrogaciones, se preguntaba por qué Malin iba a Gondreville y por qué no daba en París inmediatamente los informes que pudiera tener. El ex presbítero, de naturaleza falsa e hipócrita, y entregado al doble juego practicado por muchos convencionales, se dijo:

—¿Por quién Malin puede saber algo, cuando nosotros apenas si sabemos nada?

Fouché concluyó por creer, pues, en la existencia de una complicidad latente o expectante, y se guardó bien de decir nada al Primer Cónsul. Prefería hacer un instrumento suyo de Malin a perderle. Fouché se reservaba de este modo una gran parte de los secretos que sorprendía, y obtenía de este modo sobre las personas un poder superior al de Bonaparte. Tal duplicidad fué una de las equivocaciones de Napoleón al juzgar a su ministro. Fouché conocía las artimañas a las que Malin debía sus tierras de Gondreville, y que le obligaban a vigilar a los señores de Simeuse. Los Simeuse servían en el ejército de Condé, la señorita de Cinq-Cygne era prima de ellos; en consecuencia, los Simeuse podían hallarse, pues, cerca de allí y participar en la empresa, participación que envolvía en el complot a la casa de Condé, a la que

ellos eran adictos. El señor de Talleyrand y Fouché tendían a aclarar este punto, muy obscuro, de la conspiración de 1803. Estas consideraciones fueron abarcadas por Fouché rápidamente y con lucidez. Pero existían entre Malin, Talleyrand y él lazos que le obligaban a emplear la mayor circunspección y le inspiraban el deseo de conocer perfectamente el interior del castillo de Gondreville. Corentin era adicto sin reserva a Fouché, como el señor de Besnardière al príncipe de Talleyrand, como Gentz al señor de Metternich, como Dundas a Pitt, como Duroc a Napoleón, como Chavigny al cardenal Richelieu. Corentin fué, no el consejero de este ministro, sino su instrumento, el Tristán secreto de ese Luis XI, el del pie pequeño; así fué como Fouché lo conservó sin esfuerzo en el ministerio de la Policía, a fin de tener en él un ojo y un brazo. El muchacho, al decir de algunos, debía estar unido a Fouché por uno de esos lazos de parentesco que no se confiesan, pues le recompensaba largamente cada vez que le ocupaba en algún asunto. Corentin se había hecho amigo de Peyrade, el antiguo discípulo del último teniente de policía. Sin embargo, tenía secretos para Peyrade. Corentin recibió orden de Fouché de explorar el castillo de Gondreville y de guardar el plano en la memoria y averiguar los menores escondrijos.

—Tal vez pronto tendremos necesidad de volver—le dijo el ex ministro, con la misma imperiosidad que Napoleón mandaba a sus oficiales ex-

plorar el campo de batalla de Austerlitz, cuando pensaba retroceder.

Corentin debía observar además la conducta de Malin, darse cuenta de su influencia en la comarca y estudiar los hombres que él empleaba. Fouché consideraba cosa cierta la presencia de los Simeuse en el lugar. Espiando con destreza a los dos oficiales, muy queridos por el príncipe de Condé, Peyrade y Corentin podrían adquirir preciosos datos acerca de las ramificaciones del complot que se tramaba al otro lado del Rin. En todo caso, Corentin tenía el dinero, las órdenes y los agentes necesarios para cercar a Cinq-Cygne y espiar desde la selva de Nodesme hasta París. Fouché recomendó la mayor circunspección y no autorizó la visita domiciliaria de Cinq-Cygne, sino en caso de que hubiera informes positivos suministrados por Malin. Como dato, puso a Corentin al corriente del extraño personaje de Michú, vigilado desde hacía tres años. El pensamiento de Corentin fué el mismo de su jefe:

"¡Malin conoce la conspiración! ¡Pero quién sabe—se dijo—si Fouché no está en ella!"

Corentin partió para Troyes antes que Malin; se puso de acuerdo con el comandante de la gendarmería, escogió los hombres más inteligentes y los puso a las órdenes de un hábil capitán. Corentin indicó como punto de cita el castillo de Gondreville al capitán, diciéndole que enviase por la noche, en dirección a cuatro puntos diferentes del valle de Cinq-Cygne, y a distancias suficientes para

no provocar alarma, cuatro piquetes de doce hombres. Los cuatro piquetes debían describir en su marcha un cuadrado y encerrar en él al castillo de Cinq-Cygne. Dejándole dueño del castillo durante su consulta con Grévin, Malin había permitido a Corentin cumplir una parte de su misión.

Al volver del parque, el consejero de Estado había asegurado de tal modo a Corentin que los Simeuse y los Hauteserre estaban en el lugar que los dos agentes enviaron al capitán, quien, afortunadamente para los gentileshombres, atravesó la selva por la alameda mientras Michú emborrachaba a su espía, Violette. El consejero de Estado había comenzado por explicar a Peyrade y a Corentin la asechanza de que acababa de escapar. Los dos parisienses le contaron entonces el episodio de la carabina y Grévin envió a Violette para obtener algunos informes sobre lo que pasaba en el pabellón. Corentin dijo al notario que enviara, para mayor seguridad, a su amigo el consejero de Estado a dormir a su casa de la pequeña aldea de Arcis. En el momento en que Michú se lanzaba a través de la selva y corría a Cinq-Cygne, Peyrade y Corentin salían, pues, de Gondreville en un mal cabriolé de mimbre, tirado por un caballo de posta, y conducido por el sargento de Arcis, uno de los hombres más arteros de la región, que el comandante de Troyes les había recomendado.

—El mejor medio de saberlo todo es prevenirse—dijo Peyrade a Corentin—. En el momento

en que se hallen poseídos por el miedo y en que quieran salvar los papeles y escaparse, caeremos sobre ellos como el rayo. El cordón de gendarmes estrechándose alrededor del castillo hará el efecto de una redada. Y será imposible que pueda escaparse ninguno.

—Puede usted enviarles al alcalde—dijo el sargento—; es muy complaciente y no les quiere mal, hasta el punto que no desconfían de él.

En el momento en que Goulard iba a acostarse, Corentin, que dejó el cabriolé en un pequeño bosque, vino a decirle confidencialmente que dentro de unos instantes un agente del Gobierno iba a requerirle para cercar el castillo de Cinq-Cygne y prender a los señores de Hauteserre y de Simeuse, y en caso que hubieran desaparecido, habría que cerciorarse de si habían dormido allí la noche última, y registrar los papeles de la señorita de Cinq-Cygne y tal vez detener a los habitantes del castillo y sus dueños.

—La señorita de Cinq-Cygne—dijo Corentin—está sin duda protegida por altos personajes, pues tengo la misión secreta de prevenirla de esta visita y hacer cuanto pueda por salvarla sin comprometerme. Una vez sobre el terreno no sé lo que puede ocurrir y, como no estoy solo, corra usted de prisa al castillo.

La visita del alcalde en aquella hora sorprendió tanto más a los jugadores cuanto que Goulard mostraba una cara atribulada.

—¿Dónde está la condesa?—preguntó.

—En este momento se acuesta—respondió la señora de Hauteserre.

El alcalde, incrédulo, se puso a escuchar el ruido que se oía en el primer piso.

—¿Qué tiene usted hoy, Goulard?—le dijo la señora de Hauteserre.

Goulard se sumió en las profundidades del asombro, observando aquellas caras llenas de un candor indefinible, propio de toda edad. Ante el aspecto tranquilo de aquella inocente partida de *boston* interrumpida, no concebía las sospechas de la policía de París. ¡En aquel momento Lorenza, arrodillada en su oratorio, rezaba con fervor por el éxito de la conspiración! ¡Imploraba de Dios ayuda y socorro para los matadores de Bonaparte! ¡Rogaba a Dios con amor el aniquilamiento de este hombre fatal! El fanatismo de los Harmodius, de los Judith, de los Jacobo Clemente, de los Ankastroem, de los Carlota Corday, de los Limoëlan, animaba esta bella alma, virgen y pura. Catalina preparaba la cama, Gothard cerraba los postigos de las ventanas, de suerte que Marta Michú, que acababa de llegar bajo las ventanas de Lorenza y lanzaba guijarros contra éstas, podía ser vista.

—Señorita, ocurre algo—dijo Gothard viendo a la desconocida.

—¡Silencio!—dijo Marta en voz baja—. Hábleme de cerca.

Gothard se encontró en el jardín en menos tiempo que un pájaro desciende de un árbol.

—Dentro de un instante el castillo será cercado por la gendarmería. Tú—dijo ella a Gothard—, ensilla sin hacer ruido el caballo de la señorita y hazla bajar por la zanja que hay entre la torre y los establos.

Marta temblaba viendo a dos pasos de ella a Lorenza, que había seguido a Gothard.

—¿Qué hay?—dijo Lorenza sencillamente, sin que pareciera emocionada.

—La conspiración contra el Primer Cónsul, descubierta—respondió Marta al oído de la joven condesa—; mi marido, que sueña con salvar a los dos primos de usted, me envía para decirle que vaya usted a hablar con él.

Lorenza retrocedió tres pasos y miró a Marta:

—¿Quién es usted?—dijo ella.

—Marta Michú.

—No sé qué es lo que me quiere—replicó fríamente la señorita de Cinq-Cygne.

—Vámonos; usted va a ser causa de su muerte si no. ¡Sígame en nombre de los Simeuse!—dijo Marta cayendo de rodillas y tendiendo sus manos a Lorenza—. ¿No hay ningún papel aquí, nada que pueda comprometerla? Desde lo alto de la selva mi marido acaba de ver brillar los sombreros bordados y los fusiles de los gendarmes.

Gothard había subido al granero, desde donde

columbró el uniforme de los gendarmes y oyó, en el profundo silencio del campo, el ruido de sus caballos; se precipitó a la cuadra, ensilló el caballo de su ama, a las patas del cual, a una palabra suya, Catalina lió pedazos de trapo con objeto de que no hiciera ruido al andar.

—¿Adónde debo ir?—dijo Lorenza, impresionada por el acento de inconfundible sinceridad y por la mirada de Marta.

—¡Por el portillo!—dijo ella conduciendo a Lorenza—. Mi noble marido está allí; va usted a ver lo que vale un Judas!

Catalina entró rápidamente en el salón, tomó el látigo, los guantes, el sombrero y el velo de su ama, y salió. Tan brusca aparición y la acción de Catalina eran la respuesta natural, por decirlo así, a las palabras del alcalde; la señora de Hauteserre y el abate Goujet cambiaron una mirada de inteligencia que quería decir: "¡Adiós nuestra felicidad! Lorenza conspira y ha perdido a sus primos y a los dos Hauteserre."

—¿Qué quiere usted decir?—preguntó el señor de Hauteserre a Goulard.

—El castillo está cercado, la policía va a venir. Si sus hijos están aquí, procure que se pongan en salvo, y lo mismo los señores de Simeuse.

—¡Mis hijos!—exclamó la señora de Hauteserre asombrada.

—No hemos visto a nadie—dijo el señor de Hauteserre.

—¡Mejor que mejor!—dijo Goulard—. Quiero

demasiado a la familia de Cinq-Cygne y a la de Simeuse para verlas desgraciadas. Escúcheme bien: si tiene usted papeles comprometedores...

—¿Papeles?...—repitió el gentilhombre.

—Sí; si tiene usted algunos, quémelos—prosiguió el alcalde—; voy a distraer a los agentes.

Goulard, que quería estar a bien con los realistas y con los republicanos a la vez, contemporizando con todos, salió de la estancia. Los perros ladraron entonces con violencia.

—Ya no tiene usted tiempo, ya están aquí—dijo el cura—. ¿Quién advertirá a la condesa? ¿Dónde está?

—No creo que Catalina haya venido a coger su látigo, sus guantes y su sombrero para conservarlos como reliquias—dijo la señorita Goujet.

Goulard trató de entretener durante unos minutos a los dos agentes, comunicándoles que los habitantes de Cinq-Cygne se hallaban en perfecta ignorancia de lo que sucedía.

—No conoce usted a esas gentes—dijo Peyrade riendo en las barbas de Goulard.

Los dos hombres, que eran de una dulzura pegajosa y siniestra, entraron entonces en el castillo seguidos del sargento de Arcis y de un gendarme. Su aspecto produjo como un escalofrío a los cuatro pacíficos jugadores de *boston*, que permanecieron inmóviles en sus asientos, asustados de aquel despliegue de fuerzas. En el jardín se oía el ruido producido por una docena de gendarmes y el piafar de sus caballos.

—No falta más que la señorita—dijo Corentin.

—Está durmiendo, sin duda, en su habitación—respondió Hauteserre.

—Vengan ustedes conmigo, señoras mías—dijo Corentin, lanzándose a la antecámara y subiendo a la escalera, seguido de la señorita Goujet y de la señora de Hauteserre.

—Cuente usted conmigo—prosiguió Corentin hablando al oído de la vieja dama—; soy de los vuestros; yo les he mandado por delante al alcalde. ¡Desconfíe usted de mi colega, y confíe en mí; yo salvaré a todos!

—¿De qué se trata?—preguntó la señorita Goujet.

—¡De una cuestión de vida o muerte! ¿No lo sabía usted?—respondió Corentin.

La señora de Hauteserre se desvaneció. Con gran asombro de la señorita Goujet y disgusto de Corentin, la habitación de Lorenza estaba vacía. Seguro de que nadie podía escapar ni del parque ni del castillo dentro del valle, y de que todas las salidas estaban guardadas, Corentin mandó subir a un gendarme a cada pieza, ordenó registrar el edificio, las cuadras, y descendió al salón, donde se hallaban Durieu, su mujer y los demás actores de esta escena, sumidos en la mayor consternación. Peyrade observaba con sus ojillos azules todas las fisonomías y conservaba su frialdad y su calma en medio del desorden. Cuando Corentin reapareció solo, pues la señorita Goujet se hallaba cuidando a la señora de Hauteserre, se oyó un rui-

do de caballos, mezclado con el lloro de un niño. Los caballos entraron por la puerta pequeña de la verja. En medio de la general ansiedad apareció un sargento conduciendo a Gothard, maniatado, y a Catalina, a quienes condujo delante de los agentes.

—Aquí traigo prisioneros—dijo—. Este bribón se escapaba a caballo.

—¡Imbécil!—dijo Corentin al oído del sargento asombrado—. ¿Por qué no dejarle escapar? Hubiéramos sabido algo siguiéndole.

Gothard había optado por deshacerse en lágrimas como un idiota. Catalina estaba en una actitud de inocencia y de ingenuidad, que hizo reflexionar al viejo policía. El discípulo de Lenoir, después de comparar entre sí a los dos jóvenes, y de haber examinado el aire inocente del anciano gentilhombre, a quien creía hipócrita; al espiritual sacerdote, que jugaba con las fichas, causando la estupefacción de todos, se acercó a Corentin y le dijo al oído:

—¡Nos las habemos con gente de vista!

Corentin respondió primero con una mirada, mostrando la mesa de juego, y después añadió:

—¡Juegan al *boston!* ¡Estaban haciendo la cama del ama de la casa, que se ha escapado! ¡Han sido sorprendidos! ¡Vamos a ponerles en un aprieto!

VIII

Un rincón del bosque.

Un portillo tiene siempre su causa y su utilidad. He aquí cómo y por qué el que existía entre la torre llamada de la señorita y las cuadras había sido abierto. Desde su instalación en Cinq-Cygne, el bueno de Hauteserre mandó abrir una larga barranca, por donde las aguas de la selva caían en la zanja, formando un camino que separaba dos grandes extensiones de terreno que pertenecían a la *reserva* del castillo, sólo para plantar un centenar de nogales que encontró en una almáciga. En once años los nogales se hicieron bastante frondosos y cubrían casi por entero este camino, limitado ya por una orilla de seis pies de altura, que conducía a un pequeño bosque de treinta arpentes, comprado recientemente. Cuando volvieron los habitantes del castillo, a éstos les gustaba más pasar por la zanja para tomar el camino que seguía a lo largo de los muros del parque y conducía a la granja, que dar la vuelta por la verja. De tanto pasar, sin querer, ensancharon la brecha por los dos lados, con tanta mayor despreocupación cuanto que en el siglo XIX las zanjas son per-

fectamente inútiles, y el tutor hablaba a menudo de sacar partido de ella. Esta constante demolición producía cascote y piedras, que acabaron por llenar el fondo de la zanja. El agua, contenida por esta especie de calzada, no cubría la zanja más que en tiempo de grandes lluvias. Sin embargo, a pesar de los constantes desprendimientos a que todos, incluso la condesa, habían contribuído, el portillo era lo bastante abrupto para dificultar el descenso por él de un caballo, y sobre todo para hacerle subir al camino vecinal; pero parece como si en el peligro los caballos participaran del pensamiento de sus amos. Mientras la joven condesa dudaba si seguir a Marta y le pedía explicaciones, Michú, desde lo alto del montículo, había seguido las evoluciones de los gendarmes y comprendido el plan de los espías. Al no ver venir a nadie, desesperaba del éxito. Un piquete de gendarmes seguía a lo largo de la tapia del parque, espaciándose como si fueran centinelas y dejando entre cada hombre la distancia suficiente para que la mirada y la voz pudiera ser percibida por ellos, para escuchar y vigilar el más ligero ruido y la cosa más pequeña. Michú, estirado en tierra y con el oído pegado al suelo, contaba como los indios, guiado por el sonido, el tiempo.

—¡He llegado demasiado tarde!—se decía a sí mismo—. ¡Violette me las pagará! ¡Ha tardado mucho en emborracharse! ¿Qué hacer?

Michú oía bajar de la selva al piquete por el camino y pasar por delante de la verja, e ir, por una maniobra parecida a la del piquete que venía por el camino vecinal, al encuentro del primero.

—¡Cinco minutos todavía!—se dijo.

En aquel momento llegó la condesa; Michú la cogió con mano vigorosa y la llevó al camino escondido.

—¡Vaya usted derechamente delante de nosotros! Llévala—dijo a su mujer—, a donde está mi caballo, y piensa que los gendarmes tienen oídos.

Viendo a Catalina traer el látigo, los guantes y el sombrero, y sobre todo viendo la yegua y a Gothard, aquel hombre de rápidas decisiones en el peligro, resolvió engañar a los gendarmes con el mismo éxito que acababa de engañar a Viotette. Gothard había obligado a la yegua, por arte de magia, a escalar la zanja.

—¿Trapos en las patas del caballo?... ¡Dame un abrazo!—dijo el intendente, estrechando a Gothard en sus brazos.

Michu dejó a la yegua cerca de su dueña y tomó los guantes, el sombrero y el látigo.

—Tienes talento, y vas a comprender lo que voy a decirte—repuso—. Obliga a tu caballo a subir también al camino, móntale a pelo, procura hacerte seguir por los gendarmes, escapando a todo correr a campo traviesa; te diriges hacia la granja y procuras reunirlos en grupo—añadió

acabando su pensamiento e indicando con un gesto el camino que había de seguir—, Tú, hija mía—dijo a Catalina—, como vienen otros gendarmes por el camino de Cinq-Cygne a Gondreville, lánzate en dirección contraria a la que va seguir Gothard y procura atraerlos por el castillo, hacia la selva. Conducíos de manera que nosotros no tengamos nada que temer en el camino de cruce.

Catalina y la admirable criatura, que debía dar en este asunto tantas pruebas de inteligencia, ejecutaron su maniobra de manera que cada una de las líneas de gendarmes creyeran que se les escapaba la caza. El fulgor engañoso de la Luna no permitía distinguir ni la estatura, ni los vestidos, ni el sexo de los perseguidos. Se corría tras de ellos en virtud de este famoso axioma: "¡Hay que detener a todo el que escapa!", cuya inutilidad en la alta policía venía a ser enérgicamente demostrada por Corentin al sargento. Michú había contado con el instinto de los gendarmes y pudo alcanzar la selva algunos minutos después que la joven condesa, a quien Marta había guiado hasta el lugar indicado.

—Corre al pabellón—dijo a Marta—. La selva debe estar guardada por los parisienses y es peligroso quedarse aquí. Tendremos necesidad, indudablemente, de toda nuestra libertad.

Michú desató las riendas de su caballo y rogó a la condesa que le siguiera.

—Yo no iré más lejos—dijo Lorenza—sin que

me dé una prueba del interés que a usted le guía, pues al fin usted es Michú.

—Señorita—respondió él dulcemente—, mi papel en este asunto se lo voy a explicar en dos palabras. Yo soy, cerca de los señores de Simeuse, el guardián de su fortuna. Yo he recibido acerca de esto instrucciones de su difunto padre y de su difunta madre, mi protectora. Por eso he representado el papel de jacobino rabioso, para ser útil a mis jóvenes amos; desgraciadamente, he comenzado mi papel demasiado tarde y no he podido salvar a mis antiguos amos.

Al llegar aquí, la voz de Michú se alteró.

—Después de la fuga de los jóvenes, yo he mandado a éstos las sumas necesarias para vivir decorosamente.

—¿Por la casa de Breintmayer, de Estrasburgo?—dijo ella.

—Sí, señorita; los corresponsales del señor Girel de Troyes, realista que, por suerte suya, se ha hecho jacobino, como yo. El papel que el colono de usted recogió una tarde del suelo, a la salida de Troyes, se relacionaba con este asunto, y podía comprometernos. Mi vida no me pertenece; es suya; ¿comprende usted? Yo no he podido hacerme dueño de Gondreville. En la posición que ocupo me hubieran cortado la cabeza preguntándome dónde había yo encontrado tanto dinero. He preferido rescatar la tierra un poco más tarde; pero ese bandido de Marion es hechura del otro bandido, de Malin. A pesar de todo, Gondreville

tornará a manos de sus verdaderos dueños. Eso es cosa mía. Cuatro horas hace tenía a Malin a dos dedos de mi fusil. ¡Oh, estaba perdido! ¡Vaya! Una vez muerto, se venderá en pública subasta la propiedad de Gondreville, y usted podrá comprarla. En caso que yo muera, mi mujer le remitirá a usted una carta que le proporcionará medios para ello. Pero ese canalla, decía a su compinche Grévin, otro canalla como él, que los señores de Simeuse conspiraban contra el Primer Cónsul, que se encuentran en el lugar, y que valía más delatarlos y desembarazarse de ellos, para estar tranquilo en Gondreville. Ahora bien: como yo he visto llegar a dos espías peligrosos, he descargado mi carabina, y me he dado prisa a venir aquí, pensando que usted debe saber cómo y cuándo prevenir a los jóvenes. Esto es todo.

—Es usted digno de ser noble—dijo Lorenza, tendiendo su mano a Michú, que quería arrodillarse a sus pies para besársela.

Lorenza vió su intención, y, previniéndola, le dijo:

—¡De pie, Michú!—con un sonido de voz y una mirada que lo hicieron dichoso un momento, después de haber sido desgraciado durante tantos años.

—Usted me recompensa como si ya hubiera hecho todo lo que me falta que hacer—dijo—. ¿Oye usted a los húsares de la guillotina? Vamos a otra parte a hablar.

Michú tomó la rienda de la yegua, colocándose

del lado en que la condesa presentaba la espalda, y le dijo:

—No se ocupe usted de otra cosa que de tenerse bien, de espolear a su caballo y cuidar que las ramas de los árboles no le den en la cara.

Y condujo durante media hora a la joven al galope, dando mil vueltas, andando o desandando el camino a través de los sitios claros para borrar las huellas, hasta llegar a un sitio donde se detuvo.

—Ya no sé donde estoy, y conozco la selva tan bien como usted—dijo la condesa mirando alrededor suyo.

—Estamos en el centro—respondió él—. Tenemos dos gendarmes detrás de nosotros, pero estamos salvados.

El pintoresco lugar adonde el administrador había llevado a Lorenza debía ser fatal a los principales personajes de este drama y al mismo Michú; el deber del historiador es describirlo. El paisaje alcanzó, como se verá, celebridad en los fastos judiciales del Imperio.

La selva de Nodesme pertenecía a un monasterio llamado de Nuestra Señora. El monasterio había sido tomado, saqueado, destruído y desaparecieran enteramente monjes y bienes. La selva, objeto de codicia, pasó al dominio de los condes de Champaña, que más tarde la empeñaron y la vendieron. En seis siglos, la Naturaleza cubrió las ruinas con su rico y poderoso manto verde, y las borró de tal modo, que la existencia de uno de

los más bellos conventos de Francia, sólo se conocía por una débil prominencia sobre el terreno, a la que daban sombra unos hermosos árboles rodeados por espesos e impenetrables matorrales que, desde 1794, Michú se había complacido en hacer más densos plantando acacias espinosas en los intervalos desnudos de arbustos. Al pie de esta eminencia había una charca muerta que atestiguaba la existencia de un manantial perdido, que antaño había determinado, sin duda, la posición del monasterio. El poseedor de los títulos de la selva de Nodesme sólo había podido reconocer la etimología de esta palabra, que databa de ocho siglos, y descubrir que antes había existido un convento en el centro del bosque. Al oír los primeros truenos precursores de la Revolución, el marqués de Simeuse, a quien un pleito había obligado a revisar sus títulos, conocedor de esta particularidad por un azar, se puso a rebuscar, por una reserva mental bien fácil de comprender, el sitio donde estuvo el monasterio. El guarda, que conocía muy bien la selva, ayudó, como es natural, a su amo en este trabajo, y su sagacidad de hombre habituado al campo le llevó a descubrir el emplazamiento del monasterio. Observando el trazado de los cinco principales caminos de la selva, varios de ellos borrados ya, vió que todos terminaban en el montículo o en la charca por donde antes debía estar el camino de Troyes, el del valle del Arcis, el de Cinq-Cygne y el de Bar-su-Aube. El marqués quería explorar

el montículo, pero no podía tomar, para realizar la operación, sino a gentes forasteras. Apremiado por las circunstancias, abandonó sus investigaciones, dejando impresa en el espíritu de Michú la idea de que el monasterio escondía o algún tesoro o los cimientos de la abadía. Michú continuó la obra arqueológica, descubrió que existía un sitio que sonaba a hueco, al nivel del estanque, entre dos árboles, al pie del solo punto escarpado de la eminencia. Una hermosa noche se fué a las ruinas del convento, armado de un azadón, y descubrió la puerta de un subterráneo al que se descendía por unos peldaños de piedra. El lago, que tenía una profundidad máxima de tres pies, formaba una bolsa cuya manga parecía salir del montículo, y hacía creer que de entre aquellos peñascos ficticios brotaba una fuente perdida, por infiltración de las aguas, dentro de la vasta selva. Aquel charco cenagoso, rodeado de árboles acuáticos, de abedules, de sauces, de fresnos, era el punto de reunión de los senderos, resto de antiguas carreteras, caminos forestales, hoy día desiertos. El agua viva, que parecía dormir, cubierta de plantas de anchas hojas y de berros, presentaba una sabana completamente verde, apenas perceptible desde sus bordes, donde crecía una hierba fina y tupida. La hierba se hallaba demasiado lejos de paraje habitado para que ningún animal, excepto el venado, se aprovechara de ella. Convencidos de que nada había debajo de aquellas aguas encharcadas, aprisionadas en los bordes inaccesibles

del montículo, los guardas particulares y los cazadores no habían visitado, explorado ni rebuscado nunca aquel rincón, que pertenecía a lo más viejo del bosque, y que Michú reservaba para una plantación de árboles, cuando le llegara el turno de ser explotado. Al final de la cueva se encontraba una pieza abovedada, limpia y en buen estado, de piedra labrada; era un llamado *in pace*, calabozo del convento. La salubridad de la cueva, el estado de aquel resto de escalera y de aquella parte del edificio se explicaba por el manantial, que había sido respetado por los destructores, y porque existía una muralla de un gran espesor, de ladrillos y de cemento, como las de los romanos, que contenía las aguas de arriba. Michú tapó con gruesas piedras la entrada de este escondrijo; y luego, para apropiarse el secreto y para que nadie pudiera descubrirlo, se impuso la obligación de remontar el montículo de arbustos y descender a la cueva por el sitio escarpado en lugar de abordarla por la charca. En el momento en que los dos fugitivos llegaban allí, la Luna lanzaba su hermoso resplandor de plata sobre las cimas de los árboles centenarios de la eminencia, y brillaba juguetona en los magníficos y espesos manojos de matorrales que formaban como lenguas del bosque, cortadas diversamente por los caminos que desembocaban allí; unas eran redondas, otras puntiagudas; aquélla terminaba en un solo árbol, la de más allá en un bosquecillo.

Desde allí los ojos se perdían irresistiblemente

en fugitivas perspectivas, contemplando ya las revueltas de un sendero, ya el aspecto sublime de una larga alameda de la selva, ya una muralla de césped verdinegro. La luz, que se filtraba a través de los ramajes de la encrucijada, hacía brillar, entre los claros del berro y de los nenúfares, los diamantes de aquella agua tranquila e ignorada. El canto de las ranas turbaba el profundo silencio del bello rincón de la selva, cuyo perfume salvaje despertaba en el alma ideas de libertad.

—¿Estamos completamente en salvo?—dijo la condesa a Michú.

—Sí, señorita. Pero cada uno de los dos tiene su tarea. Vaya usted a atar los caballos a un árbol, en lo alto de aquella pequeña colina, y anúdeles en la boca un pañuelo—dijo dándole su látigo—; el mío y el suyo son inteligentes y sabrán callarse. Cuando haya terminado, descienda usted rectamente por ese declive; tenga usted cuidado de no engancharse la amazona; me encontrará usted abajo.

Mientras la condesa escondía los caballos, los ataba y los tapaba la boca, Michú quitó las piedras que embarazaban la entrada de la cueva. La condesa, que creía conocer muy bien su selva, se sorprendió extraordinariamente al verse bajo una bóveda de la cueva. Michú volvió a colocar las piedras en forma de arco sobre la entrada de la cueva, con una habilidad de albañil. Cuando hubo acabado, el ruido de los caballos y la voz de

los gendarmes repercutió en el silencio de la noche; pero no por ello dejó de continuar tranquilamente su trabajo; prendió fuego a una rama de pino y llevó a la condesa dentro del *in pace*, donde se encontraba todavía un cabo de vela que le había servido para reconocer la cueva. La puerta de hierro, de varios centímetros de espesor, pero agujereada en algunos sitios por la herrumbre, había sido puesta en buen estado por el guarda, y se cerraba por fuera con unas barras que se adaptaban por los lados, dentro de unos agujeros. La condesa, muerta de fatiga, se sentó en un banco de piedra, que tenía encima todavía una argolla empotrada en el muro.

—Tenemos un salón para hablar—dijo Michú—. Ahora los gendarmes pueden dar las vueltas que quieran; lo peor que puede suceder es que nos cojan los caballos.

—¡Llevarnos los caballos!—dijo Lorenza—, sería tanto como matar a mis primos y a los señores de Hauteserre. Cuénteme lo que sepa.

Michú le contó lo poco que había sorprendido de la conversación entre Malin y Grévin.

—Están camino de París y llegarán hoy por la mañana—dijo la condesa cuando él hubo terminado.

—¡Están perdidos!—exclamó Michú—. Los que entren y salgan de París serán vigilados en las puertas. Malin tiene gran interés en que mis amos se comprometan, para matarlos.

—¡Y yo que no sé nada del plan de este asun-

to!—exclamó Lorenza—. ¿Cómo prevenir a Jorge, Rivière y Moreau? ¿Dónde están? En fin, no pensemos sino en mis primos y en los de Hauteserre; deles usted alcance, cueste lo que cueste.

—El telégrafo marcha más de prisa que el mejor caballo—dijo Michú—; y de todos los nobles comprometidos en esta conspiración, sus primos serán los más perseguidos; si logro encontrarlos será necesario alojarlos aquí, donde los esconderemos hasta el final del asunto; ¡su pobre padre tenía tal vez una visión profética poniéndome sobre la pista de este escondite! ¡Presentía que sería la salvación de sus hijos!

—Mi yegua procede de las cuadras del conde de Artois; ha nacido del más hermoso de sus caballos ingleses, pero ha hecho ya treinta y seis leguas, y moriría antes de llegar a su destino —dijo ella.

—La mía es buena, y si usted ha hecho treinta y seis leguas, a mí me quedan diez y ocho todavía.

—¡Veintitrés—dijo ella—, pues desde las cinco está andando! Los encontrará usted más allá de Lagny, en Coupvrai, de donde deben salir de madrugada disfrazados de marineros para entrar en París embarcados. He aquí—prosiguió, quitándose del dedo medio anillo de su madre—la sola cosa que servirá para que ellos le crean; ellos tienen la otra mitad. El guarda de Coupvrai, padre de uno de sus soldados, los oculta esta noche en una barraca abandonada por los carboneros en medio del bosque. Son ocho entre todos. Los

acompañan los señores de Hauteserre y cuatro hombres más.

—Señorita, no se debe correr detrás de los soldados; no nos ocupemos más que de los señores de Simeuse, y dejemos que los otros se salven como les plazca. ¿No es bastante advertirles el riesgo que corren?

—¿Abandonar a los de Hauteserre? ¡Jamás!—dijo ella—. ¡Deben perecer o salvarse todos a la vez!

—¿Jóvenes gentileshombres?—repuso Michú.

—¡No son más que caballeros! —respondió ella—, ya lo sé; pero son aliados de los Cinq-Cygne y de los Simeuse. Traiga usted, pues, a mis primos y a los de Hauteserre, poniéndose de acuerdo con ellos para ver el medio mejor de ganar el bosque.

—¡Los gendarmes están ahí! ¿Los oye usted? Hablan.

—¡La suerte le ha favorecido dos voces esta noche! ¡Vaya usted y tráigalos! ¡Ocúltelos en esta cueva, donde estarán al abrigo de toda pesquisa! Yo no puedo ayudarle en nada—dijo ella rabiosamente—; sería un faro que iluminaría al enemigo. La policía no imaginará nunca que mis parientes puedan volver a la selva, al verme tranquila. Así, pues, la cuestión está en encontrar cinco buenos caballos para ir en seis horas de Lagny a nuestra selva; cinco caballos que será necesario dejar muertos en cualquier sitio.

—¿Y dinero?—respondió Michú, que reflexio-

naba profundamente escuchando a la joven condesa.

—He dado cien luises esta noche a mis primos.

—Yo respondo de ellos—exclamó Michú—; una vez ocultos debe usted privarse de verlos; mi mujer o mi pequeño les llevarán de comer dos veces por semana. Pero como yo no respondo de mí, sepa usted, en caso de desgracia, señorita, que la viga maestra de mi pabellón ha sido atravesada con un taladro. En el agujero, que se halla tapado con una gruesa clavija, está guardado el plano de un rincón de la selva. Los árboles que vea usted señalados por un punto rojo en el plano tienen una marca negra al pie en el terreno. Cada uno de los árboles es una indicación. La tercera encina vieja que se encuentra a la izquierda de cada árbol guarda, a dos pies más allá del tronco, unos rollos de hoja de lata enterrados a siete pies de profundidad. Cada uno contiene cien mil francos en oro. Los once árboles, pues no hay más que once, son toda la fortuna de los Simeuse, ahora que les han quitado Gondreville.

—¡La nobleza tardará cien años en reponerse de los golpes que le han asestado!—dijo lentamente la señorita de Cinq-Cygne.

—¿Hay alguna contraseña?—preguntó Michu.

—“Francia y Carlos”, para los soldados; “Lorenza y Luis”, para los señores de Hauteserre y los Simeuse. ¡Dios mío! Haberlos visto ayer por primera vez después de once años y saber que están a esta hora en peligro de muerte, ¡y

de qué muerte, Michú!—dijo ella melancólicamente—. Sea usted tan prudente durante estos quince días como ha sido usted grande y leal durante estos doce años. Si les sucede una desgracia a mis sobrinos, yo muero. ¡No!—dijo—. Viviré bastante para matar a Bonaparte. Seremos dos para eso el día en que todo se haya perdido.

Lorenza tomó la ruda mano de Michú y la estrechó vivamente, a la inglesa. Michú sacó su reloj; era media noche.

—Salgamos, cueste lo que cueste—dijo él—. ¡Ay del gendarme que me corte el paso! Y usted, sin miedo alguno, señora condesa, vuelva a rienda suelta a Cinq-Cygne. Están allí; diviértalos.

Una vez libre el agujero, Michú no oyó nada; se tendió en el suelo, escuchó con el oído pegado en tierra y se levantó precipitadamente.

—¡Están en el límite de Troyes!—dijo—. ¡Ya verán, ya verán!

Ayudó a salir a la condesa y volvió a poner en su sitio el montón de piedras. Cuando hubo terminado oyó la dulce voz de Lorenza que le llamaba. Quería ver el caballo antes de montar en el suyo. Aquel hombre rudo tenía los ojos humedecidos de lágrimas; cambió una última mirada con su joven ama que, al contrario de él, tenía los ojos secos.

—¡Divertámoslos, tiene razón—dijo ella cuando dejó de oír el último ruido.

Y se lanzó hacia Cinq-Cygne a galope tendido.

IX

Penas de la policía.

Al saber que sus hijos estaban en peligro de muerte, la señora de Hauteserre, que no creía terminada la revolución y que conocía la sumarísima justicia de aquel tiempo, volvió en sí y recobró sus fuerzas por la violencia misma del dolor que se las había hecho perder. Atraída por una horrible curiosidad descendió al salón, cuyo aspecto ofrecía en aquel momento un cuadro digno de un pintor de historia. Sin dejar su asiento, el cura jugaba maquinalmente con las fichas, observando de reojo a Peyrade y a Corentin, que de pie, a un lado de la chimenea, hablaban en voz baja. Varias veces la mirada sagaz de Corentin se cruzó con la mirada no menos sagaz del cura; pero, como dos adversarios igualmente fuertes que caen en guardia después de haber cruzado el acero, uno y otro apartaban los ojos. El bueno de Hauteserre, sostenido por sus dos piernas como una garza real, estaba a un lado del grueso, gordo, grande y avaro Goulard, en la misma actitud en que le había dejado la estupe-

facción. Aunque iba vestido de burgués, el alcalde tenía siempre el aspecto de un criado. Los dos miraban con una expresión estúpida a los gendarmes, entre los cuales estaba Gothard llorando, cuyas manos, fuertemente maniatadas, estaban infladas y violáceas. Catalina no había abandonado su actitud, llena de sencillez y de ingenuidad, pero impenetrable. El sargento, que según Corentin acababa de cometer la tontería de detener aquella gente insignificante, no sabía si partir o quedarse. Se hallaba en medio del salón, pensativo, la mano apoyada en su sable, sin quitar ojo a los dos parisienses. Los Durieu, atónitos, y los demás habitantes del castillo, formaban un grupo admirable de inquietud. Sin los lloros convulsivos de Gothard se hubiera oído en el salón el vuelo de una mosca.

Cuando la madre, sobrecogida y pálida, abrió la puerta y apareció arrastrada casi por la señorita Goujet, que tenía los ojos encarnados de haber llorado, todas las caras se volvieron hacia las dos mujeres. Los dos agentes esperaban con tanto interés la llegada de Lorenza como temor produjo en los habitantes del castillo su presencia. El movimiento espontáneo de los criados y de los amos parecía producido por uno de esos mecanismos que imprimen a ciertos muñecos de madera un solo y único gesto o un guiño de ojos.

La señora de Hauteserre avanzó hacia Corentin, dando tres pasos precipitados, y con voz entrecortada, pero violenta, le dijo:

—Por piedad, señor: ¿de qué se acusa a mis hijos? ¿Cree usted que están aquí?

El cura, que parecía decirse al ver a la vieja dama: "¡Va a hacer alguna tontería!" bajó los ojos.

—Mis deberes y la misión que yo cumplo me prohiben decírselo a usted—respondió Corentin con un aire que era a la vez amable y burlón.

La negativa, que la lamentable cortesía del pisaverde hacía todavía más dura, dejó petrificada a la anciana madre, que se desplomó sobre un sillón, cerca del abate Goujet, juntando las manos y poniéndose a orar.

—¿Dónde han detenido ustedes a este llorón?—preguntó Corentin al sargento, señalando al pequeño lacayo de Lorenza.

—En el camino de la granja, a lo largo de los muros del parque; el pícaro quería escaparse por el bosque de Closeaux.

—¿Y esa joven?

—¿Esa? Es Olivier quien la ha cogido.

—¿Adónde iba?

—Hacia Gondreville.

—¿Iban en dirección contraria?—dijo Corentin.

—Sí—respondió el gendarme.

—¿No son el criadito y la doncella de la ciudadana de Cinq-Cygne?—dijo Corentin al alcalde.

—Sí—respondió Goulard.

Después de haber cambiado dos palabras en secreto con Corentin, Peyrade salió inmediatamente de la estancia llevando consigo al sargento.

En aquel momento entró el sargento de Arcis, se dirigió a Corentin y le dijo en voz baja:

—Yo conozco bien la localidad; he registrado todo el común, y a menos que los jóvenes estén enterrados, no hay nadie. Hemos golpeado con la culata de nuestros fusiles los suelos y las murallas.

Peyrade, que acababa de entrar, hizo seña a Corentin de que quería hablarle; lo llevó a ver la brecha de la zanja, y señalando el camino de la hondonada que correspondía con la zanja, le dijo:

—Hemos adivinado la maniobra.

—¡Y yo voy a explicársela a usted!—replicó Corentin—. El bribón del muchacho y la criadita se la han dado a esos imbéciles de gendarmes, y han asegurado la evasión de la caza.

—No sabremos la verdad hasta el amanecer—repuso Peyrade—. El camino está húmedo; acabo de hacerlo cerrar por dos gendarmes; cuando sea de día reconoceremos con la huella de los pies quiénes son los que han pasado por allí.

—Mire usted las huellas de una herradura de caballo—dijo Corentin—. Vamos a las cuadras.

—¿Cuántos caballos hay aquí—preguntó Peyrade al señor de Hauteserre y a Gothard, entrando de nuevo en el salón acompañado de Corentin.

—Vamos, señor alcalde, usted lo sabe; responda usted—exclamó Corentin viendo que el funcionario dudaba en contestar.

—Pues hay la yegua de la condesa, el caballo de Gothard y el del señor de Hauteserre.

—No hemos visto más que uno en la cuadra—dijo Peyrade.

—La señorita está de paseo—dijo Durieu.

—¿Se pasea también de noche su pupila?—dijo el libertino Peyrade al señor de Hauteserre.

—Muy a menudo—respondió sencillamente el buen hombre—; el señor alcalde puede decírselo a usted.

—Todo el mundo sabe que tiene sus excentricidades—respondió Catalina—. Como ella contempla el cielo antes de acostarse, tengo la seguridad que ha salido, intrigada al ver brillar a lo lejos las bayonetas. Quería saber—me ha dicho al salir—si se trataba de una revolución.

—¿Cuándo ha salido?—preguntó Peyrade.

—En cuanto ha visto los fusiles.

—¿Por dónde se ha marchado?

—No lo sé.

—Y el otro caballo?—preguntó Corentin.

—¡Los... os... geee... 'n... daaarmes... me... me... lo han cooogido!—dijo Gothard.

—¿Y tú adónde ibas?—le dijo uno de los gendarmes.

—Yo seeguí... a... a... mi a... ma a la granja.

El gendarme miró a Corentin, esperando órdenes; pero aquel lenguaje era falso y verdadero a la vez, profundamente inocente y astuto, y los dos parisienses se miraron como repitiéndose la palabra de Peyrade: "¡No son tontos!".

El gentilhombre no parecía tener bastante ingenio para impugnar un epigrama. El alcalde era

estúpido. La madre, imbécil de nacimiento; hacía preguntas a los agentes de una inocencia tonta. Toda esa gente había sido realmente sorprendida durmiendo. De los pequeños acontecimientos, juzgando esos diversos caracteres, Corentin comprendió en seguida que el único adversario que tenía era la señorita de Cinq-Cygne. Por mucha que sea su destreza, la policía tiene que luchar con innumerables desventajas. No solamente está obligada a conocer todo lo que sabe el conspirador, sino que tiene que suponer mil cosas antes de llegar a una sola que sea verdad. El conspirador piensa sin cesar en su seguridad, mientras que la policía no despierta sino a sus horas. Si no existieran las traiciones, no habría nada más fácil que conspirar. Un conspirador tiene más talento él solo que la policía con sus inmensos medios de acción. Al sentirse detenidos moralmente, como si lo hubiesen sido físicamente por el obstáculo de una puerta que encontrasen cerrada creyéndola hallar abierta, forzada por ellos, y detrás de la cual unos hombres empujaran, Corentin y Peyrade se veían descubiertos y burlados sin saber por quién.

—Yo afirmo—vino a decirle al oído el sargento de Arcis—que si los señores de Simeuse y de Hauteserre han pasado aquí la noche, se han acostado en las camas del padre, de la madre, de la señorita de Cinq-Cygne, de la criada, de los criados; o se han estado paseando por el parque, pues no se advierte la menor traza de su paso.—¿Quién

ha podido prevenirles?—dijo Corentin a Peyrade—. Fuera del Primer Cónsul, Fouché, los ministros, el prefecto de policía y Malin nadie sabe nada todavía.

—Dejaremos un confidente antes de abandonar la comarca—dijo Peyrade al oído de Corentin.

—Sería mucho mejor, puesto que ellos estarán en Champaña—replicó el cura, que no pudo reprimir una sonrisa, y que lo comprendió todo con solo haber oído la palabra confidente.

"¡Dios mío!—pensó Corentin, contestando al cura con otra sonrisa—. No hay mas que un hombre de ingenio aquí; yo solo puedo entenderme con él. Voy a sondearle."

—Señores...—dijo el alcalde, que quería dar, sin embargo, una prueba de adhesión al Primer Cónsul, dirigiéndose a los agentes.

—Ciudadanos, la República existe todavía—replicó Corentin, mirando al cura burlonamente.

—Ciudadanos—prosiguió el alcalde—, en el momento en que yo entraba en este salón, y antes de que hubiese abierto la boca, Catalina se ha precipitado a coger el látigo, los guantes y el sombrero de su ama.

Un sombrío murmullo de horror salió de lo más profundo de todos los pechos, exceptuando el de Gothard. Todos los ojos, menos los de los gendarmes y los agentes, amenazaban a Goulard, el delator, lanzándole miradas iracundas.

—Bien, ciudadano alcalde—le dijo Peyrade—. Comenzamos a ver claro. La ciudadana de Cinq-

Cygne ha sido prevenida a tiempo—añadió mirando a Corentin con ostensible desconfianza.

—Sargento, ate usted al muchacho—dijo Corentin al gendarme—y condúzcalo a una habitación aparte. Encierre también a esta joven—añadió designando a Catalina—. Tú vas a presidir la pesquisa de los papeles—prosiguió dirigiéndose a Peyrade y hablándole al oído—. Registra todo, sin dejar nada. Señor abate—dijo confidencialmente al cura—, tengo importantes cosas que comunicarle. Y se lo llevó al jardín.

—Escuche, señor abate. Me parece que usted tiene el talento de un obispo y—nadie puede oirnos—usted me comprenderá; no tengo más que una esperanza, y esa esperanza es usted, para salvar a dos familias que, por una tontería, van a rodar al abismo, de donde nada vuelve. Los señores de Simeuse y de Hauteserre han sido traicionados por uno de esos infames espías que los gobiernos deslizan en todas las conspiraciones para conocer el fin de ellas, los medios y las personas con que cuentan. No me confunda usted con ese miserable que me acompaña, que es de la policía; yo estoy agregado de un modo muy honorable al Gabinete consular y conozco el secreto de todo. No se desea en modo alguno la pérdida de los señores de Simeuse, pues aunque Malin los quisiera ver fusilados, el Primer Cónsul, si es que están aquí y no tienen malas intenciones, desea detenerlos al borde del precipicio, pues quiere a los buenos militares. El agente que me acompaña dispo-

ne de amplios poderes; yo no soy nada en apariencia, pero sé dónde está el complot. El agente tiene la palabra de Malin, quien sin duda le ha ofrecido su protección, un empleo o tal vez dinero, si encuentra a los dos Simeuse y se los entrega. El Primer Cónsul es un verdadero gran hombre, y no favorece en modo alguno los pensamientos concupiscentes. Yo no quiero saber si los dos jóvenes están aquí—dijo apercibiendo un gesto en el cura—; pero no pueden salvarse más que de una manera. Usted conoce la ley del 6 Floreal, año X, que amnistía a los emigrados que se encuentran todavía en el extranjero, a condición de entrar antes del primero de Vendimiario del año XI, es decir, en septiembre del año último; pero lo señores de Simeuse, habiendo ejercido, lo mismo que los señores de Hauteserre, de comandantes del ejército de Condé, se hallan en el caso previsto por esta ley; su presencia en Francia es, pues, un crimen, y basta, en las circunstancias en que estamos, para hacerlos cómplices de un horrible complot. El Primer Cónsul ha visto el defecto de esta excepción, que crea a su Gobierno enemigos irreconciliables, y quisiera hacer saber a los señores de Simeuse que ninguna persecución se intentará contra ellos si le dirigen una solicitud haciendo constar que vuelven a Francia con intención de someterse a las leyes y prometiendo jurar la Constitución. Comprenderá usted que ese documento debe estar en sus manos antes de ser detenidos y con fecha de hace algu-

nos días; yo puedo ser portador de él. Yo no le pido a usted que me diga dónde están los jóvenes—dijo viendo que el cura hacía un nuevo gesto denegatorio—; desgraciadamente estamos seguros de encontrarlos; la selva está guardada, las puertas de París están vigiladas y la frontera también. Escúcheme usted bien: si esos señores se hallan en el territorio comprendido entre la selva y París, serán cogidos, y si están en París, los encontrarán; si retroceden, los desgraciados serán detenidos. El Primer Cónsul quiere a los nobles y no puede sufrir a los republicanos, y esto es muy sencillo; él, si quiere obtener un trono, debe ahogar la Libertad. Que el secreto quede entre nosotros. ¡Para que vea usted! Yo esperaré hasta mañana; yo no veo, pero desconfíe usted del agente; ese maldito provenzal sirve al diablo; tiene la confianza de Fouché lo mismo que yo la del Primer Cónsul.

—Si los señores de Simeuse estuvieran aquí—dijo el cura—, yo daría mi sangre y un brazo por salvarlos; pero si, en efecto, la señorita de Cinq-Cygne es su confidente, es lo cierto que no ha cometido, lo juro por mi eterna salvación, la menor indiscreción y no me ha hecho el honor de consultarme. Ahora yo estoy muy satisfecho de su discreción, si es que hay discreción en esto. Ayer noche hemos jugado, como todos los días, al *boston*, en el más profundo silencio, hasta las diez y media, y no hemos oído ni visto nada. No pasa ni un ser viviente por este valle solitario sin que todo el mundo lo vea y lo sepa, y desde

hace quince días no ha venido un forastero. Con mayor motivo los señores de Simeuse y de Hauteserre, que son cuatro. El buen hombre y su mujer están sometidos al Gobierno y han hecho todos los esfuerzos imaginables para que sus hijos volvieran a su lado; ayer mismo les escribieron aún. Así ha sido necesaria a mi alma y mi conciencia la presencia de usted aquí para hacer vacilar en mí la firme creencia de que están en Alemania. Entre nosotros no se encuentra más que la joven condesa, quien no hace justicia a las eminentes cualidades del Primer Cónsul.

"¡Ladino!"—pensó Corentin—. ¡Si esos jóvenes son fusilados es que así lo habrán querido ellos!—respondió en alta voz—. Ahora yo me lavo las manos.

Había conducido al abate Goujet a un lugar intensamente iluminado por la Luna, y le miró fijamente al pronunciar esas fatídicas palabras. El sacerdote estaba verdaderamente afligido, pero como si lo que le decían lo ignorase completamente y le sorprendiese.

—¡Comprenda, pues, señor abate—prosiguió Corentin—, que sus derechos sobre la tierra de Gondreville los hacen doblemente criminales a los ojos de las gentes inferiores! En fin, lo que yo quiero es que se las tengan que haber con Dios y no con los santos.

—¿Existe, pues, el complot?—preguntó ingenuamente el cura.

—Innoble, odioso, cobarde y tan contrario al

generoso espíritu de la nación, que será cubierto de oprobio por todo el mundo.

—¡La señorita de Cinq-Cygne es incapaz de cobardía!—exclamó el cura.

—Señor abate—repuso Corentin—, existen para nosotros pruebas evidentes—esto de usted para mí—de su complicidad; pero son insuficientes todavía para la justicia. Ella ha huído al acercarnos nosotros..., y, sin embargo, yo había enviado aquí al señor alcalde.

—Sí; pero si trataba usted de salvarlos, seguía usted demasiado de cerca al señor alcalde.

Los dos hombres se miraron y se adivinaron con los ojos: pertenecían tanto el uno y el otro a ese género de profundos anatomistas del pensamiento a los que basta una simple inflexión de voz, una mirada, una palabra para leer en un alma, lo mismo que el salvaje adivina a sus enemigos por indicios invisibles para un europeo.

"Yo creía obtener algo de él, y me he descubierto"—pensó Corentin.

"¡Ah, el bribón!"—se dijo el cura.

Daba media noche en el viejo reloj de la iglesia cuando el cura y Corentin entraban en el salón. Se oía abrir y cerrar las puertas de las habitaciones y de los armarios. Los gendarmes deshacían las camas; Peyrade, con la rapidez de un espía, lo registraba y lo sondeaba todo. Este saqueo excitaba a la vez el terror y la indignación de los fieles servidores de la casa, inmóviles y de pie. El señor de Hauteserre cambió algunas mi-

radas de compasión con su mujer y la señorita Goujet. Una horrible curiosidad tenía a todo el mundo en vela. Peyrade descendió al salón llevando en la mano un cofrecito de madera de sándalo, esculpida, que debió haber traído hacía mucho tiempo de China el almirante Simeuse. La hermosa caja era de plata y tenía la dimensión de un volumen en cuarto.

Peyrade hizo un signo a Corentin, llevándoselo junto a la ventana:

—¡Ya di con ello!—dijo—. Ese Michú, que podía comprar Gondreville a Marion en ochocientos mil francos en oro, y que hace un rato quería matar a Malin, debe ser el hombre de los Simeuse; el interés que le ha llevado a amenazar a Marion debe ser el mismo que le ha conducido a apuntar con el fusil a Malin. Me parece capaz de tener ideas y no ha tenido más que una: conocedor de lo que pasa se ha apresurado a advertirlos.

—Malin habrá hablado de la conspiración con su amigo el notario—dijo Corentin—, continuando las inducciones de su colega, y Michú, que se encontraba en acecho, lo habrá oído, sin duda, hablar de los Simeuse. Y, en efecto, si ha desechado la ocasión que se le presentaba de disparar su carabina, ha sido para prevenir un mal que considera mayor que la pérdida de Gondreville.

—El ha conocido en seguida lo que éramos—dijo Peyrade—. En lo que a esto se refiere, la in-

teligencia de este campesino me ha parecido prodigiosa.

—¡Ah, es una prueba de que estaba prevenido!—dijo Corentin—. Pero, después de todo, amigo mío, no nos desalentemos: la traición hiede y las gentes sencillas la perciben a lo lejos.

—A pesar de ello, nosotros somos los más fuertes—dijo el provenzal.

—Llamad al sargento de Arcis—gritó Corentin a los gendarmes—. Que vayan a su pabellón—dijo a Peyrade.

—Violette, que lo oye todo, está allí—dijo el provenzal.

—Nos hemos ido sin saber noticias—dijo Corentin—. Debíamos haber traído con nosotros a Sabatier. No somos bastantes nosotros dos. Sargento—dijo al ver entrar al gendarme y haciendo que se colocara en medio de los dos—, no vaya usted a dejar que se rían en sus propias barbas, como el sargento de Troyes hace un rato. Nos parece que Michú está metido en el asunto; vaya a su pabellón, fíjese bien en todo y cuéntenos después lo que haya visto.

—Uno de mis hombres ha oído ruido de caballos en el bosque en el momento en que fueron detenidos los jóvenes criados, y tengo cuatro mocetones para dar caza a los que quieran esconderse—respondió el gendarme.

Y salió de la estancia. El ruido producido por el galope de su caballo resonó en el césped y se extinguió lentamente.

—¡Vamos, van hacia París o retrocederán en dirección a Alemania!—se dijo Corentin—. Se sentó, sacó del bolsillo de su chaqueta un "carnet", escribió dos órdenes con lápiz, cerró los sobres, e hizo una seña a uno de los gendarmes de que se acercase.

—A todo galope a Troyes; despierte usted al prefecto y dígale que aproveche la madrugada para hacer funcionar el telégrafo.

El gendarme partió a gran galope. El sentido de esa acción y la intención de Corentin eran tan claros, que todos los habitantes del castillo tenían el corazón en un puño; la nueva inquietud fué en cierto modo un nuevo golpe de su martirio, pues en aquellos momentos tenían puestos los ojos en el precioso cofrecito. Al propio tiempo que hablaban, los dos agentes espiaban el lenguaje de aquellas miradas furibundas. Y una especie de rabia fría agitaba el corazón insensible de aquellos dos seres que saboreaban el terror de los moradores del castillo. El policía tiene todas las emociones del cazador; pero desplazando las fuerzas del cuerpo y de la inteligencia, allí donde el uno cree matar una liebre, una perdiz o un corzo, el otro trata de salvar al Estado o al príncipe y ganar una magnífica recompensa. Así, la caza del hombre es superior a la otra caza, por la distancia que existe entre los hombres y los animales. Por otra parte, el espía tiene necesidad de elevar su papel a la grandeza y a la importancia de los intereses que sirve. Sin ha-

ber practicado el oficio, cada cual puede concebir por qué el alma pone en él tanta pasión como el cazador en perseguir su pieza. Por tanto, cuanto más se acercaban a la posesión del secreto del asunto, más se enardecían estos dos hombres; pero su actitud y su mirada eran frías y tranquilas, lo mismo que sus ideas, que su plan y sus sospechas impenetrables. ¡Mas quien hubiera seguido los efectos del olfato moral de esos dos sabuesos en la pista de los hechos desconocidos y ocultos; quien hubiera comprendido los movimientos de agilidad canina que los llevaban a descubrir la verdad por el rápido examen de probabilidades, hubiera temblado! ¿Cómo y por qué esos dos hombres se hallaban tan bajo pudiendo estar en las alturas? ¿Ser policía es como ser pensador, escritor, hombre de Estado, pintor, general, a condición de no saber más que espiar, como aquellos hablan, escriben, administran, pintan o se baten? Los habitantes del castillo tenían en el corazón la misma esperanza: ¿no caerá el rayo sobre estos infames? Todos tenían sed de venganza. Sin la presencia de los gendarmes las cosas no hubieran transcurrido tranquilamente.

—¿No tiene nadie la llave del cofrecillo?— preguntó el cínico Peyrade, interrogando al auditorio, tanto por el movimiento de su gruesa nariz encarnada como por su palabra.

El provenzal observó, no sin temor, que no había un solo gendarme. Corentin y él se encontra-

ban solos. Corentin sacó de su bolsillo un pequeño puñal y trató de hundirlo en la abertura del cofrecillo. En aquel momento se oyó, primero en el camino y después sobre las chinas que formaban en el césped un pequeño paseo, el ruido horrible de un galope desesperado; pero lo que causó mayor emoción fué la caída y el resoplido de un caballo que se desplomaba al pie de la torrecilla central. Una conmoción semejante a la que produce una exhalación conmovió a todos cuando vieron a Lorenza, cuya proximidad anunciaba el crujido de su amazona; todos se pusieron en fila para dejarla pasar. A pesar de la rapidez con que había llegado al castillo, tuvo la sensación dolorosa de que la conspiración había sido descubierta: ¡todas sus esperanzas por tierra! Había galopado en balde, pensando en la necesidad de someterse al Gobierno consular. A no ser por el peligro que corrían los cuatro gentileshombres, motivo que la forzaba a dominar su fatiga y su desesperanza, hubiese caído dormida. Había casi matado a su yegua para venir a interponerse entre la muerte y sus primos.

Al apercibir a la heroica joven en el dintel de la puerta, pálida, las facciones contraídas, su velo caído, su látigo en la mano, abarcando con su mirada ardiente toda la escena, todos comprendieron por un movimiento de ánimo imperceptible, que alteró la faz agria y turbia de Corentin, que los dos verdaderos adversarios estaban frente a frente. Un terrible duelo iba a comenzar.

X

Lorenza y Corentin.

Viendo el cofrecillo en manos de Corentin, la joven condesa levantó su látigo y se lanzó sobre el policía vivamente, dándole un golpe tan violento en las manos, que el cofrecillo cayó al suelo; Lorenza lo cogió y lo tiró al fuego, colocándose delante de la chimenea en actitud amenazadora, antes que los dos agentes se repusieran de su sorpresa. El desprecio brillaba en los ojos de Lorenza; su frente pálida y sus labios desdeñosos insultaban a aquellos hombres todavía más que el gesto autocrático con que había tratado a Corentin, como a un animal venenoso. El bueno de Hauteserre, sintiéndose caballero, tenía en el rostro toda su sangre, y lamentaba no poseer una espada. Los criados se estremecieron de gozo. La venganza tan anhelada venía a confundir a uno de aquellos hombres. Pero su alegría retrocedió ante un horrible temor: oían el ruido de los gendarmes yendo y viniendo por los desvanes. El *espía*, enérgico substantivo bajo el cual se confunden todos los matices que distinguen a los policías, pues el

público jamás ha querido especificar en el idioma los diversos caracteres de aquellos que se entremezclan en esta profesión necesaria a los gobiernos, el espía tiene de magnífico y de curioso que no se engaña jamás; posee la humildad cristiana de los sacerdotes, los ojos acostumbrados al desprecio, y se coloca, como una barrera, ante la muchedumbre de ingenuos que no le comprenden; tiene la frente de bronce para las injurias y persigue su fin como un animal cuyo sólido carapacho no puede ser alcanzado sino por el cañón; pero también, como el animal, es tanto más furioso cuanto es alcanzado en lo que cree su coraza impenetrable. El golpe de látigo en su mano fué para Corentin, dolor aparte, la bala de cañón que agujerea el carapacho. En lo que se refiere a la sublime y noble joven, aquella acción repugnante la humillaba, no solamente a los ojos de este reducido círculo de gentes, sino a los propios. Peyrade, el provenzal, se lanzó sobre el fuego y recibió un puntapié de Lorenza; pero él le cogió el pie, lo levantó y la obligó, por pudor, a echarse en la butaca donde dormía poco antes. Fué lo burlesco en medio del terror, contraste frecuente en las cosas humanas. Peyrade se chamuscó la mano por apoderarse del cofrecito; lo cogió, lo puso en el suelo y se sentó encima. La escena se desarrolló rápidamente, sin palabras. Corentin, repuesto del dolor que le había causado el latigazo, sujetó por las manos a la señorita de Cinq-Cygne.

—No me obligue usted, *bella ciudadana,* a emplear la fuerza contra usted—dijo con cortesía ultrajante.

La acción de Peyrade tuvo por resultado apagar el fuego por una compresión del aire.

—¡Gendarmes, a nosotros!—gritó, conservando su extravagante postura.

—¿Nos promete usted ser buena?—dijo insolentemente Corentin a Lorenza, recogiendo su puñal y sin cometer la falta de amenazarla.

—Los secretos de este cofrecillo no conciernen al Gobierno—dijo ella con una mezcla de melancolía en su aspecto y en su acento—. Cuando usted haya leído las cartas que contiene, a pesar de su infamia, sentirá vergüenza de haberlas leído, si es que todavía es usted capaz de sentir vergüenza de algo—prosiguió después de una pausa.

El cura dirigió una mirada a Lorenza, como diciéndole: "¡Por Dios, cálmese usted!"

Peyrade se levantó. La parte posterior del cofrecillo, en contacto con las brasas y casi quemado enteramente, dejó una marca chamuscada en la alfombra. La tapa superior estaba ya carbonizada; los lados se abrieron. El grotesco Scévola, que acababa de ofrendar al dios de la policía, al Miedo, puso sus posaderas sobre la caja y la abrió por los dos lados, como si se tratara de un libro, e hizo deslizar sobre el tapete de la mesa de juego tres cartas y dos mechones de cabellos. Iba a sonreír mirando a Corentin, cuando se apercibió de

que los cabellos eran de color blanco y de diferente matiz. Corentin dejó a la señorita de Cinq-Cygne para leer la carta de donde habían caído los mechones.

Lorenza se levantó también, se colocó al lado de los dos espías:

—¡Oh, lean en voz alta, ése será su castigo!

Como los policías leyesen sólo con la vista, ella misma leyó la siguiente carta:

"Querida Lorenza: Hemos sabido la hermosa conducta de usted en la triste jornada de nuestra detención, mi marido y yo. Sabemos cuánto ama usted a nuestros hijos gemelos, tan queridos por nosotros; por esta carta depositamos en usted un bien tan precioso para nosotros, en circunstancias muy tristes para todos. El "señor verdugo" acaba de cortarnos los cabellos, pues vamos a morir dentro de unos instantes, y nos ha prometido hacer llegar a usted los dos solos recuerdos que nos es posible legar a nuestros huérfanos amados. Guarde, pues, estos restos nuestros, que los entregará usted cuando lleguen mejores tiempos. Estas reliquias guardan nuestro último beso para ellos, acompañado de nuestra bendición. ¡Nuestro último pensamiento será en el momento de la muerte: primero, para nuestros hijos; después, para usted, y, por último, para Dios! Quiérales usted mucho.—*Berta de Cinq-Cygne.—Juan de Simeuse.*"

La lectura de esta carta empañó los ojos de lágrimas a todos los oyentes.

Lorenza dijo a los dos policías con voz firme, lanzándoles una mirada anonadadora:

—¡Tienen ustedes menos compasión que el "señor verdugo".

Corentin envolvió tranquilamente los cabellos en la carta y colocó ésta a un lado de la mesa, poniendo encima de ella el cesto de damasco, para que el viento no se la llevara. Tanta sangre fría ante la emoción de todos era espantosa. Peyrade abrió las otras dos cartas.

—¡Oh, estas dos cartas—repuso Lorenza—son poco más o menos como las otras! Ya han oído ustedes el testamento; ahora viene el cumplimiento de él. Desde ahora mi corazón no tendrá secretos para nadie: esto es todo.

"1794. Andernach, antes del combate.

"Mi querida Lorenza: Yo la amaré toda mi vida, y quiero que usted lo sepa; pero, por si acaso yo muero, sepa usted que mi hermano Pablo María la ama tanto como yo. Mi solo consuelo al morir será la certeza de que usted pueda ser algún día la esposa de mi querido hermano, sin que los celos me hagan sufrir, como ocurriría de seguro si, viviendo los dos, usted le prefiriera. Después de todo, esta preferencia me parecería muy natural, pues tal vez él vale más que yo, etc...

"María Pablo."

—He aquí la otra—prosiguió Lorenza, deliciosamente ruborizada:

"Andernach, antes del combate.

"Mi buena Lorenza: Tengo mi alma entristecida; en cambio, María Pablo tiene un carácter tan alegre, que es imposible que no le guste usted más él que yo. Llegará el día en que será necesario escoger entre los dos; pues bien: aunque yo la amo con una pasión..."

—Tiene usted correspondencia con los emigrados—dijo Peyrade interrumpiendo a Lorenza y mirando las cartas al trasluz para cerciorarse de que no estaba escrita entre líneas con tinta *simpática.*

—Sí—dijo Lorenza doblando las preciosas cartas, cuyo papel estaba amarillento—. Pero ¿en virtud de qué viola usted mi casa, mi libertad personal y todos los derechos de domicilio?

—¡Ah, de eso se trata!—dijo Peyrade—. ¿De qué derecho? Es necesario decírselo a usted, hermosa aristócrata—prosiguió sacando de su pecho una orden del ministro de Justicia, refrendada por el ministro del Interior—. Vea, ciudadana: a los ministros se les ha metido esto en la cabeza...

—¿Podríamos preguntarle—le dijo Corentin al oído—con qué derecho aloja usted en su casa a los asesinos del Primer Cónsul? Me ha dado usted un latigazo en la mano que me autoriza para dar cualquier día un golpe de mano que acabe

con sus señores primos. ¡A mí que venía a salvarlos!

Por el solo movimiento de sus labios, y por la mirada que Lorenza lanzó a Corentin, el cura comprendió el alcance de las palabras de ese gran artista desconocido, e hizo seña a la condesa de que desconfiara, sin ser visto por Goulard. Peyrade dió aún unos ligeros golpes sobre la cajita para persuadirse de que no tenía ningún compartimiento secreto.

—¡Ay Dios mío!—dijo ella a Peyrade arrancándole la tapa—. ¡No la rompa usted! Mire.

Lorenza tomó un alfiler, apretó la cabeza de una figurilla, y las dos tapas, separadas por un resorte, se abrieron, y del compartimiento oculto salieron dos miniaturas de los señores de Simeuse vistiendo el uniforme del ejército de Condé, y dos retratos de marfil hechos en Alemania. Corentin, que se hallaba frente a frente de un adversario digno de su cólera, se llevó a Peyrade a un rincón y conferenció secretamente con él.

—¡Tiraba usted eso al fuego!—dijo el abate Goujet a Lorenza, mostrándole con la mirada la carta de la marquesa y los cabellos.

La joven, por toda respuesta, se encogió significativamente de hombros. El cura comprendió que ella lo sacrificaba todo para entretener a los espías y ganar tiempo, y alzó los ojos al cielo con un gesto de admiración.

—¿Dónde han detenido a Gothard, a quien oigo llorar?—dijo bastante alto para ser oída.

—No lo sé—respondió el cura.

—¿Iba a la granja?

—¡La granja! — dijo Peyrade a Corentin—. Mandemos alguien allí.

—No—repuso Corentin—, esta joven no habrá confiado la salvación de sus primos a un campesino. Con sus cosas nos divierte. Haga usted lo que le digo, de modo que, después de haber cometido la falta de venir aquí, al menos nos llevemos algunos datos ciertos.

Corentin se colocó delante de la chimenea y levantó los faldones puntiagudos de su vestido para calentarse, y adoptó el tono de un hombre que está de visita.

—Señoras, pueden ustedes acostarse, lo mismo que sus criados. Señor alcalde, sus servicios no son necesarios ahora. La severidad de nuestras órdenes no nos permite conducirnos de otra manera; pero cuando las paredes, que al parecer son muy espesas, sean examinadas, partiremos.

El alcalde saludó a todos y salió. Ni el cura ni la señorita de Goujet se movieron. Los demás estaban demasiado inquietos para no seguir la suerte de su joven ama. La señora de Hauteserre, que desde la llegada de Lorenza la estudiaba con la curiosidad de una madre que se encuentra en la desesperación, se levantó, la tomó por un brazo, la llevó a un rincón y le dijo en voz baja:

—¿Los has visto?

—¿Cómo es posible que yo haya consentido

que sus hijos estuvieran bajo nuestro techo sin usted saberlo?—respondió Lorenza.

—Durieu—dijo ella—, vea usted si es posible salvar a mi pobre *Stella*, que respira aún.

—Ha andado mucho—dijo Corentin.

—Quince leguas en tres horas—respondió ella al cura, que la contemplaba asombrado—. Ha salido a las nueve y media y ha vuelto pasado una hora larga.

Miró al reloj, que marcaba las dos y media.

—¿De modo—repuso Corentin—que no niega usted haber hecho una carrera de quince leguas?

—No—dijo ella—. Confieso que mis primos, los señores de Simeuse, cuya inocencia es absoluta, contando no ser excluídos de la amnistía, volvían a Cinq-Cygne. Y cuando yo he visto que el señor Malin quería envolverlos en una traición, he ido a prevenirles para que retornaran a Alemania, donde se encontrarán antes que el telégrafo de Troyes haya avisado su paso por la frontera. Si he cometido un crimen, se me castigará.

Tal respuesta, profundamente meditada por Lorenza, y probable en todas sus partes, debilitó las convicciones de Corentin, a quien la joven condesa observaba a hurtadillas. En este instante decisivo, cuando en cierto modo todos los ánimos se hallaban suspensos de aquellas dos caras; cuando todas las miradas iban de Corentin a Lorenza y de Lorenza a Corentin, el ruido de un caballo que venía al galope de la selva resonó en el cés-

ped. Una horrible ansiedad se pintó en todos los semblantes.

Peyrade entró. Sus ojos brillaban de alegría. Se dirigió apresuradamente a su colega y le dijo bastante alto para que lo oyese la condesa:

—¡Hemos cogido a Michú!

Lorenza, a quien la angustia, la fatiga y la tensión constante de su mente daba un tinte rosáceo a sus mejillas, recobró su palidez y cayó casi desmayada, de un modo fulminante, sobre una butaca. La Durieu, la señorita Goùjet y la señora de Hauteserre corrieron en su auxilio. Lorenza hizo un gesto indicando que le cortasen los encajes de su amazona.

—Ha caído en la trampa; marchan a París— dijo Corentin a Peyrade—; cambiemos las órdenes.

Los policías salieron del salón, dejando un gendarme a la puerta. La destreza diabólica de aquellos dos hombres acababa de obtener una ventaja horrible en aquel duelo, atrayendo a Lorenza a una de sus estratagemas habituales.

A las seis de la mañana los dos agentes volvieron. Después de haber explorado el camino hondo se cercioraron de que los caballos habían pasado por allí para ir a la selva. Esperaban los informes del capitán de gendarmes, encargado de explorar los alrededores. Dejando cercado el castillo, bajo la vigilancia de un sargento, fueron a comer a casa de un tabernero de Cinq-Cygne; pero dando, sin embargo, orden de libertad en fa-

vor de Gothard, quien no había dejado de responder un instante, vertiendo torrentes de lágrimas, a todas las preguntas, y de Catalina, que continuaba en su silenciosa inmovilidad. Catalina y Gothard fueron al salón y besaron las manos de Lorenza, que yacía tendida en la butaca. Durieu fué a anunciar que *Stella*, la yegua, no moriría, pero que exigía muchos cuidados.

El alcalde, inquieto y curioso, se encontró con Peyrade y Corentin en la aldea. El no quería sufrir que dos funcionarios superiores comiesen en una mala taberna, y los llevó a su casa. La abadía estaba a un cuarto de legua. En el camino, Peyrade notó que el sargento de Arcis no había mandado ninguna noticia de Michú ni de Violette.

—Tenemos que habérnoslas con gentes de calidad—dijo Corentin—; son más fuertes que nosotros. Por algo está ahí el sacerdote.

En el momento en que la señora de Goulard hacía entrar a los dos policías en un vasto comedor sin fuego, llegó el teniente; su aspecto era despavorido.

—Hemos encontrado el caballo del sargento de Arcis en la selva, sin su dueño—dijo a Peyrade.

—Teniente—exclamó Corentin—, vaya usted corriendo al pabellón de Michú y averigüe qué es lo que pasa allí. ¡Han matado al sargento!

La noticia malogró la comida del alcalde. Los parisienses devoraban con una rapidez de cazadores, que aprovechan un descanso para comer,

y volvieron al castillo en su cabriolé, tirado por caballo de posta, con objeto de poder ser conducidos rápidamente a todos los puntos donde su presencia fuera necesaria. Cuando los dos policías reaparecieron en el salón, donde habían sembrado la turbación, el pánico, el dolor y la ansiedad más cruel, encontraron a Lorenza en traje de casa, al gentilhombre y a su mujer, al abate Goujet y a su hermana agrupados alrededor del fuego, y, en apariencia, tranquilos.

"Si hubieran cogido a Michú—se dijo Lorenza—lo hubiesen conducido aquí. Siento no haber sido dueña de mí misma y haber aclarado un tanto las sospechas de esos infames; pero todo puede repararse."

—¿Estaremos prisioneros mucho tiempo de ustedes?—preguntó a los dos agentes, burlonamente y con desenvoltura.

"¿Cómo puede saber nada de nuestra preocupación por Michú? Nadie de fuera ha entrado en el castillo; se ha burlado de nosotros—se dijeron con la mirada los dos espías."

—No les importunaremos mucho—respondió Corentin—; dentro de tres horas les pediremos mil perdones por haber turbado su tranquilidad.

Nadie respondió. Aquel silencio de desprecio redobló la rabia interior de Corentin, que ya sabía a qué atenerse respecto a Lorenza y al cura, las dos inteligencias de aquel pequeño círculo. Gothard y Catalina prepararon la mesa cerca del fuego, para la comida. El cura y su hermana es-

taban entre los comensales. Ni los amos ni los criados prestaron atención alguna a los dos espías, que se paseaban ya por el jardín, ya por el patio, ya por el camino, entrando de vez en cuando en el salón.

A las dos y media volvió el teniente.

—He encontrado al sargento—dijo a Corentin—tendido en el camino que conduce al pabellón llamado de Cinq-Cygne y a la granja de Bellache, sin más herida que una horrible contusión en la cabeza, probablemente producida por la caída. Ha sido, según diçe él, lanzado por encima de su caballo rápidamente y echado violentamente hacia atrás, y no se explica cómo le ha sucedido eso; gracias a que ha podido sacar los pies de los estribos, pues si no hubiera muerto, y su caballo, espantado, le habría arrastrado campo a traviesa; lo hemos confiado a Michú y a Violette.

—¡Cómo! ¿Michú estaba en el pabellón?—dijo Corentin mirando a Lorenza.

La condesa sonrió sagazmente, como mujer que toma su desquite.

—Estaba a punto de cerrar un trato con Violette, que habían comenzado ayer tarde—repuso el teniente—. Me ha parecido que Violette y Michú se hallaban borrachos; lo que no tiene nada de asombroso, si se piensa que han estado bebiendo toda la noche, sin haberse puesto de acuerdo todavía.

—¿Violette le ha dicho a usted eso?—exclamó Corentin.

—Sí—dijo el teniente.

—¡Ah, tendrá uno que hacérselo todo!—prorrumpió Peyrade, que miraba a Corentin, que desconfiaba, como Peyrade, de la inteligencia del teniente.

El joven respondió al viejo haciendo un signo de cabeza.

—¿A qué hora ha llegado usted al pabellón de Michú?—dijo Corentin, fijándose en que la señorita de Cinq-Cygne había mirado el reloj de la chimenea.

—Cerca de las dos—respondió el teniente.

Lorenza envolvió en una misma mirada a los De Hauteserre, al abate Goujet y su hermana, que se creyeron bajo un manto de azul celeste; la alegría del triunfo ardía en sus ojos; se puso encarnada y los párpados se le arrasaron de lágrimas. Fuerte ante las mayores desgracias, no podía llorar sino de placer. En aquel momento estuvo sublime, sobre todo para el cura, quien, casi apenado de la virilidad de carácter de Lorenza, percibió entonces la excesiva ternura de la mujer; pero esta sensibilidad yacía muy hondo de ella, como un tesoro escondido en una profundidad infinita bajo un pedazo de granito. En aquel momento entró un gendarme preguntando si se podía dejar pasar al hijo de Michú, que venía de casa de su padre para hablar a los señores de París. Corentin respondió haciendo un signo afirmativo. Francisco Michú, cachorro astuto, cazador de raza, se encontraba en el patio donde Gothard, ya en li-

bertad, pudo hablar con él un instante en presencia del gendarme. El pequeño Michú cumplió cierto encargo, deslizando una cosa en la mano de Gothard, sin que el gendarme se apercibiera. Gothard se deslizó detrás de Francisco, y llegó hasta la señorita de Cinq-Cygne, para devolverle, inocentemente, su anillo, que ella besó con ardor, comprendiendo lo que Michú le quería decir, y creyendo, por tanto, que los cuatro gentileshombres se encontraban en salvo.

—Mi papá me manda preguntar dónde hay que meter al sargento, que no va del todo bien.

—¿De qué se queja?—dijo Peyrade.

—De la cabeza; se ha caído, y no precisamente en sitio blando. Para un gendarme que sabe montar a caballo, ya es mala suerte; pero ¡ha escapado de buena! ¡Tiene un agujero, grande como un huevo, detrás de la cabeza! ¡Parece que ha tenido la desgracia de dar contra un pedrusco! ¡Pobre hombre! ¡Aunque es gendarme, sufre como los demás! ¡Da lástima verle!

El capitán de la gendarmería de Troyes entró en el patio, se apeó, hizo una seña a Corentin, quien, al reconocerle, corrió a la ventana y abrió para no perder tiempo.

—¿Qué hay?

—¡Hemos sido engañados como holandeses! Se han encontrado cinco caballos muertos de fatiga, bañados de sudor, en medio de la gran alameda de la selva; los he hecho custodiar para saber de dónde proceden y quién los ha traído. La selva

está cercada, y los que se encuentran dentro no podrán salir.

—¿A qué hora cree usted que esos caballeros habrân entrado en el bosque?

—A las doce y media.

—Que no salga bicho viviente de la selva, sin que lo sepamos—le dijo Corentin al oído—. Dejo aquí a Peyrade, y me voy a ver al pobre sargento. Quédate en casa del alcalde, que ya te enviaré un hombre diestro para relevarte—dijo por lo bajo al provenzal.—Tendremos que valernos de gentes del país; examina todas las caras que veas.

Y volviéndose hacia los presentes:

—¡Hasta la vista!—dijo en un tono sombrío.

Nadie saludó a los agentes, que salieron.

—¿Qué dirá Fouché de una visita domiciliaria sin resultado?—exclamó Peyrade, ayudando a Corentin a subir al cabriolé.

—¡Ah, todavía no hemos terminado!—dijo Corentin al oído de Peyrade—; los gentileshombres deben estar en la selva.—Y señaló a Lorenza, que los miraba a través de los cristales de las grandes ventanas del salón. —¡He reventado a una que vale la pena y que me había hecho tragar mucha bilis! Si vuelve a caer en mis manos me pagará el latigazo que me ha dado.

—Es una muchacha—dijo Peyrade—, y se encuentra en una posición...

—¿Qué más da?—dijo Corentin, haciendo una seña al gendarme que llevaba de postillón de que hostigase con el látigo el caballo de posta.

Diez minutos después el castillo de Cinq-Cygne había sido evacuado enteramente.

—¿Cómo se han librado del sargento?—dijo Lorenza a Francisco Michú, a quien había hecho sentar y a quien daba de comer.

—Mi padre y mi madre me han dicho que se trataba de un asunto de vida o muerte, y que nadie debía entrar en casa. Así, pues, yo he creído, al oír el ruido de los caballos dentro del bosque, que me las había con esos perros de gendarmes, y he querido impedirles la entrada en nuestra casa. He tomado unas gruesas cuerdas que teníamos en el granero, las he atado a uno de los árboles que se encuentran en la desembocadura de los caminos. Entonces he tirado de la cuerda a la altura del pecho del jinete y la he atado a uno de los árboles de enfrente, en el camino donde oía el galope del caballo. El camino estaba limpio de obstáculos. El golpe no ha fallado. La Luna se había obscurecido, y mi sargento ha rodado por tierra, pero sin matarse. ¿Qué le vamos a hacer? ¡Los gendarmes tienen mucha vida! En fin, se hace lo que se puede.

—¡Tú nos has salvado!—dijo Lorenza abrazando a Francisco Michú y acompañándole hasta la puerta de la verja—. Una vez allí, no viendo a nadie, le dijo al oído—: ¿Tienen víveres?

—Acabo de llevarles un pan de doce libras y cuatro botellas de vino. Con eso podrán sostenerse seis días.

Al volver al salón la joven fué objeto de las

mudas interrogaciones del señor y de la señora de Hauteserre, de la señorita y del abate Goujet, que la miraban con admiración y ansiedad.

—¿Pero los has visto?—exclamó la señora de Hauteserre.

La condesita se llevó un dedo a los labios sonriendo, y subió a su habitación para acostarse, pues una vez obtenido el triunfo, la fatiga la rendía.

———

XI

Revancha de la justicia.

El camino más corto para ir de Cinq-Cygne al pabellón de Michú era el que conducía de la aldea a la granja de Bellache y que terminaba en el punto central del parque, donde los espías se habían presentado a Michú la víspera. El gendarme que conducía a Corentin seguía la ruta que había tomado el sargento de Arcis. Andando, andando, el agente trataba de descubrir por qué medios el sargento había podido ser derribado del caballo. El se reprochaba de no haber enviado más que un solo hombre a un punto tan importante, y deducía de tal falta un axioma para el código de policía que él tenía para su uso particular. "Si se han desembarazado del gendarme—pensaba él—, habrán hecho lo mismo de Violette. Los cinco caballos muertos han conducido desde los alrededores de París a la selva a los cuatro conspiradores y a Michú." —¿Tiene Michú caballo? —preguntó al gendarme, quien había formado parte de las parejas de Arcis.

—¡Ah, un admirable jaco!—respondió el gendarme—; un caballo de caza que procede de las

cuadras del aristócrata marqués de Simeuse. El que tenga quince años, le impide que sea mejor; Michú le hace andar veinte leguas; el animal tiene la piel seca como mi sombrero. ¡Lo cuida muy bien y ha rehusado mucho dinero por él!

—¿Cómo es su caballo?

—Castaño, tirando a negro, con manchas blancas encima de los cascos, delgado, nervioso, como un caballo árabe.

—¿Has visto tú caballos árabes?

—Hace un año que he venido de Egipto y he montado caballos de mameluco. He servido once años en la caballería, he estado en el Rin a las órdenes del general Steingel; de allí fuí a Italia, y he seguido al Primer Cónsul a Egipto. Aspiro a ascender a sargento.

—Cuando yo esté en el pabellón de Michú vas a la cuadra, y si has vivido once años entre caballos, debes saber reconocer cuándo un caballo ha corrido.

—Mire usted, allí es donde nuestro sargento ha sido desmontado—dijo el gendarme mostrándole el lugar del camino que desemboca en el centro del parque y que forma una plaza circular.

—Le dices al capitán que venga a recogerme al pabellón, que nos iremos juntos a Troyes.

Corentin echó pie a tierra, y durante unos instantes estuvo observando el terreno. Examinó los dos olmos que se encuentran, uno adosado al muro del parque; otro, sobre el declive del redondel del parque que corta el camino vecinal; después vió

lo que nadie había visto: un botón de uniforme sobre el polvo del camino. Se lo guardó. Entrando en el pabellón apercibió a Violette y a Michú sentados junto a una mesa, en la cocina, disputando todavía. Violette se levantó, saludó a Corentin y le ofreció de beber.

—Gracias; quisiera ver al sargento—dijo el joven, que, a la primera mirada, adivinó que Violette estaba borracho desde hacía más de doce horas.

—Mi mujer está arriba cuidándole — dijo Michú.

—Muy bien; sargento, ¿cómo está usted?—dijo Corentin, que se lanzó a la escalera y encontró al gendarme con la cabeza envuelta en una compresa y acostado en la cama de la señora de Michú.

El sombrero, el sable y el correaje estaban sobre una silla. Marta, fiel a sus sentimientos de mujer, y no conociendo además la proeza de su hijo, velaba al sargento, con su madre.

—Estamos esperando al señor Varlet, el médico de Arcis—dijo la señora de Michú—; Gaucher ha ido a buscarle.

—Déjenos usted un momento—dijo Corentin, bastante sorprendido ante el espectáculo que revelaba la inocencia de las dos mujeres—. ¿Dónde ha sido usted herido?—preguntó, mirando el uniforme.

—En el pecho—respondió el sargento.

—Vamos a ver su correaje.

Sobre la banda amarilla bordada de galones blancos que una ley reciente, llamada *nacional*, había prescrito a la guardia, reglamentando los menores detalles de su uniforme, había una chapa bastante parecida a la de los guardas campestres, donde la ley había mandado grabar estas singulares palabras: *¡Respeto a las personas y a la propiedad!* La cuerda había alcanzado necesariamente al correaje, señalando fuertemente su huella. Corentin tomó el uniforme y miró el sitio donde faltaba el botón, que había encontrado en el camino.

—¿A qué hora le han recogido a usted del camino—preguntó Corentin.

—Pues de madrugada.

—¿Le han subido a cuestas aquí inmediatamente?—continuó Corentin, observando que la cama no había sido deshecha.

—Sí.

—¿Quién le ha subido?

—Las dos mujeres y el pequeño Michú, que ha sido quien me ha encontrado en el camino sin conocimiento.

"¡Bueno! No se han acostado"—se dijo Corentin—. El sargento no ha recibido ni un tiro ni un palo, pues su adversario, para pegarle, debería haber estado a la altura de él y encontrarse a caballo; no ha podido, pues, ser derribado sino por un obstáculo colocado a su paso. ¿Un madero? No puede ser. ¿Una cadena de hierro? No; hubiera dejado huella. ¿Qué es lo

que ha sentido usted?—dijo muy alto al sargento al acabar de examinarle.

—He sido derribado bruscamente...

—Tiene usted la piel de la barbilla desollada.

—Me parece—respondió el sargento—que mi cara ha sido rozada fuertemente por una cuerda.

—Ya he dado en ello—dijo Corentin—. Han atado una cuerda de un árbol para cerrar el paso.

—Podría ser—dijo el sargento.

Corentin descendió y entró en la sala.

—Bueno; viejo bribón, acaba ya — decía Michú a Violette mirando al espía—. Ciento veinte mil francos por todo, y eres el amo de mis tierras. Yo me haré rentista.

—No tengo más. Juro que no tengo más que sesenta mil, como hay Dios.

—¿No te concedo plazos para el pago del resto? Sin embargo, aquí estamos desde ayer sin cerrar trato... Las tierras son de primera calidad.

—Las tierras son buenas—respondió Violette.

—¡Trae vino, mujer!—gritó Michú.

—¿No habéis bebido bastante? — exclamó la madre de Marta—. Esta es la botella catorce desde ayer a las nueve.

—¿Estáis ahí desde ayer a las nueve de la mañana?—dijo Corentin a Violette.

—No. Desde ayer tarde, que no me he movido de este sitio, sin ganar nada; cuanto más me hace beber, más caro me hace pagar las tierras.

—En los tratos quien empina el codo sube el precio—dijo Corentin.

Una docena de botellas vacías colocadas en ringlera al borde de la mesa atestiguaban las palabras de la anciana. En aquel momento el gendarme hizo seña a Corentin y le dijo al oído, en el umbral de la puerta:

—No hay ningún caballo en la cuadra.

—¿Ha mandado usted su hijo a caballo a la ciudad? —dijo Corentin entrando nuevamente—; no podrá tardar en volver en ese caso.

—No, señor—dijo Marta—; ha ido a pie.

—Entonces, ¿qué han hecho ustedes del caballo?

—Lo he prestado—respondió Michú secamente.

—Venga usted acá, abogado de pobres—dijo Corentin al administrador—; tengo que deslizarle dos palabras al oído.

Corentin y Michú salieron.

—La carabina que usted cargaba ayer a las cuatro debía servirle para matar al consejero de Estado. Grévin el notario le ha visto a usted; pero no se le puede coger a usted por ahí: hay mucha intención y pocos testigos. Usted, no sé cómo, ha entretenido a Violette, y usted y su mujer y su chico han pasado la noche fuera para advertir a la señorita Cinq-Cygne de nuestra llegada y hacer que se salvasen sus primos, que usted ha conducido aquí, no sé aún adónde. Su hijo o su mujer han derribado al gendarme con bastante talento. Para terminar: usted nos ha

vencido. Es usted un famoso guapo; pero todavía no ha terminado esto; todavía hay mucho que hablar. ¿Quiere usted transigir? Sus amos ganarán con ello.

—Venga usted por aquí y podremos hablar sin ser oídos por nadie—dijo Michú, conduciendo al espía hacia el estanque.

Cuando Corentin vió el estanque, miró fijamente a Michú, que contaba sin duda con su extraordinaria fuerza para zambullir a una profundidad de siete pies de lodo y tres de agua al policía. Michú respondió con una mirada fija como la del policía, lo mismo que si una endeble serpiente boa hubiese desafiado a uno de esos rojos y fieros jaguares del Brasil.

—No tengo sed—respondió el pisaverde que estaba en el borde del césped metiendo la mano en su bolsillo para sacar su pequeño puñal.

—Nosotros no podemos entendernos—dijo Michú fríamente.

—Sea usted sensato, querido; la justicia no le perdería de vista.

—Si la justicia no ve mejor que usted, el riesgo es para todo el mundo.

—¿Rehusa usted?—dijo Corentin en tono expresivo.

—Preferiría antes que me cortaran cien veces la cabeza, si cien veces se pudiera cortar la cabeza a un hombre, que estar en inteligencia con un bellaco como usted.

Corentin montó vivamente al cochecito después

de haber mirado de arriba abajo a Michú, al pabellón y a *Couraut*, que ladraba detrás de él. Al pasar por Troyes dió algunas órdenes y regresó a París. Los puestos de gendarmes recibieron una consigna e instrucciones secretas.

Durante los meses de diciembre, enero y febrero, las pesquisas fueron activas e interesantes, incluso en los rincones de aldea más insignificante. En todas las tabernas había espías. Corentin supo tres cosas importantes: que un caballo parecido al de Michú había sido hallado muerto en los alrededores de Lagny. Los cinco caballos enterrados en la selva de Nodesme habían sido vendidos en quinientos francos cada uno por los campesinos y los molineros a un hombre que, según todas las señas, debía ser Michú. Cuando la ley George, sobre espías y cómplices fué promulgada, Corentin estrechó su vigilancia de la selva de Nodesme. Después, cuando Moreau, los realistas y Pichegrú fueron detenidos, no se volvieron a ver personas extrañas en el país. Michú perdió su empleo; el notario de Arcis le llevó la carta donde el consejero de Estado, elegido senador, rogaba a Grévin que recibiera las cuentas del administrador y le despidiera. En tres días Michú se hizo dar un remate de cuentas y en buena forma, y quedó libre de todo compromiso. Con gran asombro de todos se fué a vivir a Cinq-Cygne, donde Lorenza le tomó como colono de todas las reservas del castillo. El día de su insta-

lación coincidió fatalmente con la ejecución del duque de Enghien. En Francia se supo al mismo tiempo la prisión, el juicio, la condena y la muerte del príncipe, represalias terribles que precedieron al proceso de Polignac, Rivière y Moreau.

FIN DEL TOMO I



INDICE DEL TOMO I

Págs.